

Las Cien mejores poesias
liricas peruanas



LAS CIEN MEJORES POESIAS LIRICAS PERUANAS

COLECCIONADAS POR

MANUEL BELTROY



EDITORIAL EVFORION

LIMA 1921 PERÚ

Para el apreciado amigo y compañero Walberto Pérez, con toda simpatía.

Manuel Beltroy

Mont. 8 de Fbro de 1926.

LAS CIEN MEJORES POESIAS LIRICAS PERVANAS

LIBROS DEL AVTOR

EDITADOS

I—LOS INCAS DEL PERV, por Sir Clements R. Markham (Tradvcción) — 1920, Sanmartí y Cía.

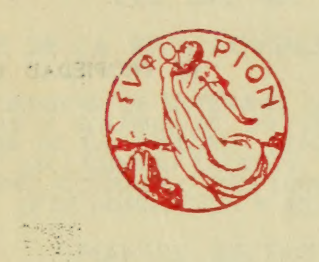
II—LAS CIEN MEJORES POESIAS (LIRICAS) PERVANAS, SIGLO XVI A XX—1921, Editorial Evforión.

EN PREPARACION

III—LA GVERRA ENTRE EL PERV Y CHILE, 1879 a 1882, por Sir Clements R. Markham, (Tradvcción).

IV—LA ISLA DE THVLE (Versos).

LAS CIEN MEJORES POESIAS [LIRICAS] PERVANAS - COLECCIONADAS POR MANVEL BELTROY



CIVDAD DE LOS REYES DEL PERV
EDITORIAL EVFORION
MCMXXI

DEDICATORIA

AL SR. D.

JOSE DE LA RIVA AGÜERO Y OSMA,

HISTORIADOR DE NVESTRAS LETRAS REPV-BLICANAS Y COLONIALES, FVTVRO CONSTRVC-TOR DE LA HISTORIA GENERAL DEL PERV, ESCLARECIDO TALENTO Y CORAZON NOBILISIMO, CONSAGRO ESTE LIBRO, EN HOMENA-JE DE ADMIRACION Y AFECTO.

MANVEL BELTROY

INDICE

LAS CIEN MEJORES POESIAS PERVANAS

LOS NVEVOS

PREFACIO

La colección de poesías que va a leerse, abarca cuatro centurias de historia literaria peruana, a partir de Miguel Cabello Balboa, narrador y testigo del establecimiento del Virreinato, hasta llegar a los poetas novicios de hoy, testigos de los albores del siglo americano. Compendia así las dos grandes épocas del Perú indoespañol y la sucesión de todas las escuelas literarias que las animaron, desde el conceptismo gongórico del 1500 hasta el decadentismo del 1900, constituyendo, por consiguiente, una antología completa de la poesía peruana de lengua española, ya que es lícito considerar también como poesía peruana a la copia de cantares, apólogos, himnos, narraciones épicas trasegadas a la ruda prosa de los Cronistas y, sobre todo, a las escenas dramáticas auténticas del *Ollantay*, que nos legaron las extintas civilizaciones del Perú antiguo. No obstante, como dicha poesía fué vaciada en lengua quechua, no nos toca considerarla en nuestra selección castellana, por mucho que el idioma quechua sea el de las tres cuartas partes de los habitantes del Perú y el espíritu de la citada poesía el que imprime carácter a

lo genuinamente peruano. Por otra parte, las pretensas versiones de las piezas quechuas son en su mayoría mixtificaciones y parodias cuando nó literales traslados, desnudos de la gala de sus imágenes, y de la armonía de su lengua nativa. Por tales razones, y, entre ellas, sobre todo, por ser nuestra literatura una rama desgajada de la española, excluímos de esta colección a la poesía quechua, a la que, en compensación, reservamos digno lugar en libro aparte.

Así, pues, nuestra antología comprende composiciones líricas escritas por peruanos en lengua castellana, ya sea dentro o fuera del país, y por españoles (durante la época colonial, particularmente en los primeros siglos del Virreinato) avecindados en el Perú o de inspiración netamente peruana, durante las dos épocas de la Colonia y la República.

Al adoptar ese criterio antológico, no pocos han sido los reparos que hemos tenido que vencer. Desde luego, la cuestión nacionalidad, que desde el siglo XIX deja de serlo, constituye hasta ese siglo motivo de dudas e indecisiones. La peruanidad se confunde con la españolidad, dado que la raza que imprime carácter a la Colonia dentro del mestizaje, es la española y que la constitución social de la nación plasma los elementos indígenas dentro de los moldes hispánicos. En el mundo literario, la españolidad campea casi absoluta. ¿Qué representa la anónima y popular lírica quechua compuesta en quechua o castellano, junto a la trasplantada frondosidad gongórica que desde los albores de la Conquista invade y señorea todo el país? ¿Y no es acaso

prueba plena del españolismo absorbente el caso del *Lunarejo*, indio cuzqueño, que escribe su *Apologético de Góngora* en gongórico y versifica en latín como un bachiller de Salamanca? La propia dramática incaica, muy discutible como tal, vertida al romance de Tirso y Lope, casi reniega (salvo en los nombres, en el lugar y en el asunto) de su origen indio. Y en el mismo *Ollantay* se leen escenas que parecen reminiscencias de *La Verdad Sospechosa*. Es, pues, evidente que el españolismo lo absorbió todo y que, por lo común, el espíritu de la literatura colonial fué tan castellano como su forma. Sociológicamente, el Perú virreinal aparece como producto del cruce de españoles e indios; pero si ese cruce se manifiesta en otros fenómenos, casi no alcanza al literario. No es discutible que el mestizo participa de las características psicológicas de sus progenitores, que al combinarse en su tipo le prestan psiquis suigéneris; mas esa psiquis, literariamente, se revela española, ligeramente matizada por el espíritu indígena. Díganlo *Los Comentarios Reales*, clásico fruto de mestiza cepa, libro de asunto peruano, mas de inspiración y forma genuinamente españolas. En suma, para nosotros, la literatura colonial no es sino una planta española, trasladada a suelo indígena, suelo roturado por reja ibérica y abonado con sales de Castilla.

Fuera, pues, de la indecisión política que durante la Colonia confundía a peninsulares y colonos, la españolidad de las letras coloniales es palmaria y casi autorizaría a incluírlas en un capítulo de la Historia de la Literatura

Española, correspondiente a las letras provinciales, tal como lo hacen ciertos modernos autores.

Mas el Perú, como nación mestiza, existe desde el Virreinato, con organización social y política peculiar y distinta de la Madre Patria, aunque desprendida de la de ésta, y su historia se desarrolla individual si bien dependiente de la de España. Justo es, entonces, que a la individualidad social y política acompañe la intelectual y que nuestro país al lado de su historia política escriba su historia literaria, independiente de la española de la que procede. Por eso, esta colección abarca como peruana toda la poesía colonial correspondiente a los tres siglos del Virreinato, apesar de su ostensible fisonomía hispánica.

No hemos de criticar aquí la poesía colonial ni a quienes la escribieron, cuyas mejores composiciones insertamos, pues tal crítica, sobre estar ya metódicamente hecha en el libro del Sr. Luis Alberto Sánchez, rebasa el marco de una mera advertencia como ésta; pero sí diremos breves palabras acerca de algunos puntos a ella pertinentes, que requieren comentario.

Desde luego, se presta a censura la inclusión de autores de indudable nacionalidad española, tales como Miguel Cabello Balboa, Diego Mejía de Fernangil y el Conde de la Granja, cuando se excluye al Padre Diego de Hojeda, al Virrey Príncipe de Esquilache y a Terralla y Landa. El criterio que nos ha llevado a esto es el que sobrepone a la nacionalidad de origen la adoptiva o naturalización, que se basa en la residencia en el país ajeno o

en el ánimo de pertenecer al mismo. Estas condiciones de la voluntad y de la residencia fueron desde antiguo índice de positiva nacionalidad y hoy puede decirse que son fuente principal de ésta. Ni el espíritu de las obras del Padre Hojeda y del Príncipe de Esquilache ni la estadía de ambos en el Perú autorizan a reputarlos peruanos. Así *La Cristiada* como las poesías líricas y la *Nápoles Recuperada* se escribieron en Lima por acaso y nada tienen que ver con el Perú ni por su asunto ni por su espíritu. Ambas corresponden por derecho pleno a la Literatura Peninsular. Y en cuanto a la residencia de sus autores en el país y a su inclinación a él, sabido es que ni la una fué larga, ni la otra profunda. No tienen, por consiguiente, título para figurar en una galería de autores peruanos, siquiera sea de adopción. Otra cosa ocurre con Terralla. Si bien residió en Lima mucho tiempo e hizo vida de limeño, su antiperuanismo queda manifiesto en su poema satírico *Lima por dentro y fuera*, desvergonzado libelo contra la sociedad limense, procaz y muy exagerado, aunque exacto a ratos y escrito en buen romance, fácil, airoso y saladísimo. Por lo demás, no hubiera cabido en esta antología, dado el carácter satírico de sus poesías.

Cabello Balboa, Diego Mejía y el Conde de la Granja ostentan, en cambio, notas de verdadera peruanidad. El primero gastó buena parte de su vida en el Perú, desempeñando diversos cargos en servicio de su orden agustiniana, evangelizó a los Chunchos de Apolobamba y murió en tierra peruana ejerciendo el curato de Camata. Las obras que de él se

conocen por referencias, pues todas se perdieron, incluso parte de la *Miscelánea Antártica*, versan sobre asuntos de historia peruana y respiran aliento peruano. Mejía de Fernangil, sevillano de origen, si bien pasó su vida en andanzas entre ambos continentes empujado por su humor andariego, tuvo al Perú por hogar, como lo demuestra el hecho de haber sido considerado en su época poeta peruano. Bien lo dicen estos versos del anónimo *Discurso en loor de la Poesía* que precede a su *Parnaso Antártico:*

Tú en el Perú, tú en el austrino polo
Eres el "Delio", el Sol, el Febo santo. . . . .

y la circunstancia de formar parte de la *Academia Antártica* de Antonio Falcón, con el pseudónimo de Delio, como lo insinúa el Sr. Sánchez en su libro. Verdad es que en lo mejor de su obra poética, que está encerrado en la *Primera Parte* de su *Parnaso Antártico* y que se compone de versiones de *Las Heroidas* de Ovidio, en nada toca al Perú y bien pudo haberlo escrito en España o en Italia; pero, en cambio, en la segunda, descubierta en París por D. José de la Riva Agüero y estudiada en muy notable monografía por el mismo autor, se encuentra una *Epístola*, en tercetos endecasílabos, en que el poeta rememora largamente la historia peruana hasta sus días, con sentimientos de verdadero peruano e inspiración encumbrada.

En cuanto a Granja, su peruanidad está fuera de disputa. Sabido es que el Conde se avecindó en Lima desde madura edad y de-

sempeñó elevados cargos en la milicia y administración del Virreinato. Casó con dama limeña de alta alcurnia y sus hijos fueron limeños. Fué contertulio de la Academia Palatina del Marqués de Castell-dos-Rius, a cuyas veladas contribuyó con apreciables piezas líricas y una comedia y, rodeado de la admiración y el afecto de los poetas de Lima, que lo consideraban paisano suyo, y de la sociedad toda, falleció en dicha capital, frisando ya en los ochenta años. Pero su verdadero título a un lugar en el Parnaso Peruano confiéreselo su poema heroico en celebración de la típica santa limeña Rosa, que con el título de *Vida de Santa Rosa*, publicó en los albores del siglo XVIII. Es este poema obra de inspiración genuinamente peruana, no tan sólo por el essonaje que canta sino principalmente por el espíritu hondamente peruano que lo anima. La vida de la Santa es un pretexto para cantar la social, política, religiosa del Virreinato, en la época de su apogeo y en el más dramático y agitado de todos sus momentos: las incursiones de los filibusteros. A la sazón, los intrépidos marinos ingleses Drake, Hawkins y Cavendish amenazaban el litoral del Pacífico y sobresaltaban con sus audaces desembarcos a los Colonos. Granja pinta con animada y a ratos heroica pluma las campañas emprendidas por los Virreyes contra los corsarios y los pintorescos episodios que acaecieron con tal motivo. Constituye esta época uno de los más bellos cantos del Poema, por el encendido estro que lo exalta y la galana versificación de su forma. El *Canto Frimero* es el que más atestigua el carácter peruano

del poema y de su autor. Describe la Ciudad de los Reyes y sus aledaños con minuciosidad complacida, desde el aspecto físico hasta el carácter de sus habitantes y las costumbres de su sociedad y celebra con entusiasmo rayano en exageración las bellezas y glorias de la Capital. Por eso lo insertamos aquí, prefiriéndolo a otros pasajes no menos hermosos.

Queda así explicada la inclusión de los tres autores españoles citados en nuestra antología y la exclusión de los restantes.

En la lista de poesías coloniales figuran tres completamente inéditas, a saber: un soneto del vate festivo Juan del Valle y Caviedes, una décima y una seguidilla del P. Pedro González y un soneto de un poeta hasta hace poco desconocido, D. Toribio Bravo de Lagunas, todas tres de carácter religioso. De los escritores mencionados, el segundo, vulgarmente apellidado el *Poeta de la Ribera*, es harto conocido por su musa festiva y picaresca que recuerda las sales de Quevedo. Los otros dos eran ignorados. Sacólos a luz y estudió detenidamente a Bravo de Lagunas, en sus *Poetas de la Colonia*, el Sr. Luis Alberto Sánchez, varias veces citado en esta nota y a quien debemos su valiosa inserción. Dichas composiciones manifiestan marcado sabor teresiano y podrían figurar sin desmedro en una colección de poesía religiosa castellana del siglo XVII.

La Colonia, no obstante el dilatado período histórico que abrazó, está representada en nuestra Colección apenas por diez nombres y se reduce a setenta páginas. Sin embargo, antes creemos haber pecado de pródigos que

de avaros. De los diez autores escogidos no merecen el título de poetas más de la mitad; el resto se compone de rimadores que acaso tenían más tratos con el Arte Métrica que con las Piérides. Y de fijo pertenecen más a la Erudición que a la Poesía.

Las letras de la Colonia son bien elocuente reflejo de la endeblez intelectual virreinaticia. Como el país costeño en que se dieron, son vastos páramos, secos y amarillos, de tarde en tarde atravesados por riachuelos de borbollantes y espumosas aguas que alfombran con verdor intermitente la desnuda extensión del arenal. Esos riachuelos que interrumpen la aridez y dan oasis al viajero se llaman Mejía de Fernangil, Amarilis, Fray Adriano de Alecio, Juan de Caviedes, Oviedo y Herrera, y si no producen altas palmeras ni robustos pinos, bordan al menos sobre el suelo estéril la lujuriante frondosidad gongórica.

Con todo, de tal literatura no podrá menos de decirse siempre lo que escribió, en definitivo juicio, D. José de la Riva Agüero en su *Literatura del Perú Independiente:* "literatura vacía y ceremoniosa, hinchada y áulica, literatura chinesca y bizantina, a la vez caduca e infantil con todos los defectos de la niñez y de la decrepitud, interesante para el bibliófilo y el historiador, pero inútil y repulsiva para el artista y el poeta".

La República, al par que ve despejarse el ambiente político, ve alborear una nueva era literaria. La generación del *Mercurio Peruano* trae frescas corrientes ideológicas que renuevan el país. Con Olmedo y Melgar se inicia brillantemente la libertad.

Mucho se ha discutido la nacionalidad de Olmedo entre peruanos y ecuatorianos, movidos unos y otros por el afán de atribuírse la gloria de haber producido a uno de los más grandes poetas del Continente. Con arreglo a nuestro criterio más arriba enunciado y para nuestro especial propósito literario, no hemos vacilado en colocar al cantor de Junín entre los poetas peruanos que inauguran el siglo XIX. Por su residencia en el Perú, por los cargos públicos que aquí desempeñó, por la representación peruana que invistió y, sobre todo, por su declarado y voluntario peruanismo y el espíritu peruano de sus escritos, Olmedo nos pertenece durante la primera mitad de su vida. Oigamos la opinión siempre autorizada de D. José de la Riva Agüero: "Pertenece Olmedo a la literatura del Perú, no sólo porque cuando nació, Guayaquil formaba parte de nuestro territorio sino porque se educó en nuestros claustros (los de San Marcos de Lima) y porque peruano siguió siendo por más de la mitad de su vida hasta que la despótica voluntad de Bolívar nos arrebató su ciudad natal. En el Congreso de Lima del año 23 figuró Olmedo como diputado peruano; en calidad de tal fué en el mismo año con Sánchez Carrión a invitar a Bolívar para que pasara al Perú". Tras bosquejar a grandes rasgos la vida pública y literaria del poeta, concluye el crítico sentando su peruanidad indiscutible en la primera parte de su vida, anterior a la segregación del Ecuador del Perú para agregarlo a Colombia. Basados en tan decisivas probanzas consideramos a

Olmedo incorporado al Parnaso peruano y lo incluímos en nuestra Antología.

Entre los primeros poetas del "Ochocientos" figura uno, desconocido hasta hace poco, D. José Pérez de Vargas, poeta nacido en las postrimerías del siglo XVIII y autor de composiciones bucólicas de índole horaciana y estilo fácil, muy semejantes a las del español Meléndez Valdez. De él insertamos dos poesías que debemos a la amabilidad de nuestro amigo el Sr. Raúl Porras, quien con ésta y otras contribuciones a la Antología ha obligado nuestro reconocimiento.

Pardo y Segura, por su índole satírica, casi no cabrían en estas páginas; no obstante, escribieron algunas poesías líricas, de que escojemos las mejores.

La generación romántica, que bautizó D. Ricardo Palma con el nombre de *Bohemia* y que presidió, está dignamente representada aquí hasta por sus miembros menos descollantes. Si no figuran todos, cúlpese a la insuficiencia poética de los mismos o a la índole no lírica de sus versos.

Vienen luego los poetas de transición entre el romanticismo y el modernismo, tales como González Prada, que acabó por ser un exquisito parnasiano, Rossel y Amézaga.

Con Chocano ingresamos en el modernismo; pero con el poeta de *Alma América*, nó con el de *Iras Santas*, *Azahares* y *En la Aldea*. En estos libros (obras de mocedad) todavía es Chocano satélite del Romanticismo. Allí aspira a ser un Víctor Hugo trágico y tronante contra los tiranos, el de *Los Castigos;* un Brizeux bucólico e ingenuo; un Núñez

de Arce legendario. En el *Poema Finisecular* ya asoma las garras de león de las selvas y empieza a caminar a saltos épicos por los vastos campos del siglo XIX: es un poema de transición en el que canta con inspiración huguesca en versos modernos. Pero antes de la aparición de *Alma América* había fundado *La Neblina*, revista literaria nueva, capilla modernista en la que oficiaron todos los sacerdotes del novísimo culto. Allí vemos a Fiansón, a Renato Morales, a López Albújar, a Martínez Luján, a Beingolea. Desde entonces, el modernismo se infiltra en las letras peruanas. Aquella generación comienza a laborar en 1895 y su influencia es omnímoda hasta 1910, en que afluye una oleada que viene de Lutecia, impregnada de aromas decadentes.

El grupo de Chocano ocupa puesto de honor en nuestro Parnaso: el *pontifex maximus* de la poesía peruana se alza sobre el anda de su verso sonoro y grandilocuente que conducen sus cófrades. Y cada uno exhibe sus pulidas ánforas o sus labrados cálices.

Cisneros, Yerovi, Gálvez, Carrillo son secuaces de aquel coro y continuadores de su tendencia. En Cisneros todavía suenan los últimos ecos del romanticismo fenecido. Gálvez aspira, por una parte, a emular al Chocano huguesco y, por otra, a acompañar la plegaria lírica de Jimenez en jardines cerrados bajo la luna. Yerovi se manifiesta vástago de la genuina cepa festiva del criollismo peruano en sus sainetes y letrillas, hermano de Caviedes y Segura a través de los años, y canta como el gorrión parlero en la enramada. A Carrillo le inquietan las elegancias y sutilezas líricas

de Francia y las vierte en primorosos vasos castellanos. Espinosa Saldaña, que también pertenece a esta generación, es un espíritu hermano de Carrillo: sueña con ser marqués de empolvada peluca y casaca bordada y vivir en un reino encantado de cortesanía y arte, cuyas escenas traslada a faustuosos gobelinos. Ventura García Calderón, el delicioso *croniqueur* y arielesco crítico, avecindado en Lutecia con el fingido nombre de Jaime Landa, hace versos gongóricos entre una y otra crónica, con nostalgias del apolíneo idioma que bien pudo ser suyo.

Tras de éstos, aparece la aristocrática pléyade de Eguren, los *colónidas*, que erigen torres de marfil lejos de la vía pública o salen de ellas lanza en ristre a desafiar al burgués. Eguren, simbolista de ultramar, nacido como González Prada, por un acaso del Destino, en pleno arenal peruano, prefiere intrincarse en países medioevales, reinos de gesta, con orioles, olifantes, torres oraculares, reyes bermejos, infantas azules, playas ossiánicas. Pinta sus versos y versifica sus cuadros (pues a la par es simbolista con el pincel y la pluma) en la soledad campestre de Barranco, cabe las franciscanas torres de la iglesia pueblerina, mientras Valdelomar escandaliza a los intonsos con sus *poses* de Oscar Wilde mestizo, y Bustamante y Ballivián modela pulcras madonas romanas con el cincel danunciano. Ureta es un egoísta a su manera, un sentimental que mira dentro de su espíritu, y del mundo exterior no percibe la orgía plástica de formas y colores sino el tenue rumor de las almas. Gibson, arequipeño de nacimiento e inglés de ra-

za, ofrece un mestizaje espiritual peculiarísimo. Si la tierra del Misti le ha dado fogosidad, lozanía y frescura rurales, sentido panteísta del mundo y agresividad, a Albión debe la hondura de su lirismo, sus tendencias filosóficos y su humorismo, ese *humour* que mezclado con la cáustica sátira criolla serpea en sus libelos como arroyo de aguas nitrosas entre florecidos campos. César Rodríguez, el poeta que cierra la Antología, presenta en su arte un mosaico de escuelas y tendencias. Ya es parnasiano como Leconte en *Antigua:* ya baudeleriano como en *El Gato*; ya recuerda a Herrera Reissig en tal cual soneto litúrgico; ya macabro con Rollinat, o, como en el bello *Angel del Silencio*, que escogemos, rossetiano. Con esta pléyade, verdaderamente artística, comienza la renovación estética en el Perú y la incubación de una poesía fuerte y rica, a base de honda ideología. Entre *Los Nuevos* que figuran fuera de Antología, en razón de su aún no definida personalidad poética, se advierten las nuevas orientaciones que prometen una futura poesía sabia en la forma y de substancia trascendente.

Tal es, a grandes rasgos, el cuadro de las últimas generaciones poéticas del Perú, a partir de las reformas modernistas de Chocano y su grupo, hasta hoy. Hemos apuntado acerca de ellos las ligeras notas que preceden, a fin de caracterizarlas, siquiera sea superficialmente, y porque hasta ahora nada o casi nada se ha dicho de ellas en razón de su reciente advenimiento. Ni Ventura García Calderón ni Riva Agüero alcanzan en su Antología y en su Historia a ocuparse en las mis-

mas; apenas si mencionan a uno que otro de sus representantes. Sin embargo, el primero de ambos críticos en su *Romanticismo al Modernismo* y en su *Literatura Peruana* juzga a los literatos del grupo chocanesco y del que sigue a éste, aunque no siempre con justicia. En cambio, los dos escritores citados tratan magistralmente de las escuelas anteriores al Modernismo que florecieron en nuestra vida independiente y aún durante la Colonia y el Sr. Luis A. Sánchez en su reciente *Poetas de la Colonia* se ocupa extensamente en ésta última época, por lo que remitimos al lector que se interese en esta materia a dichos libros.

Diremos ahora unas palabras acerca del criterio numeral y estético-histórico y del carácter lírico de esta Antología. En lo que hace al primero, salta a la vista su arbitrariedad: ¿por qué *cien* en vez de *doscientas* o *quinientas?* Cuanto más se limita el campo, de menos libertad se disfruta y la escogitación habiendo de optar entre menor copia, tiene menos probabilidades de acierto; pero, en cambio, el criterio de selección es más estricto, la materia escogida más acrisolada. La cifra de *cien* no es muy corta ni muy amplia: es a la vez suficientemente vasta para abarcar una regular copia de composiciones y lo bastante sintética para no fatigar la atención del lector y ofrecerle un compendio reducido de la producción poética de su país. Si tesoros poéticos tan ricos y abundantes como los de otras naciones americanas y europeas quedan perfectamente representados en colecciones de la índole de ésta, lógico es que nuestro

pequeño caudal poético quepa holgadamente en su marco. Por lo demás, el uso universal ha consagrado el criterio de la *centena* para las antologías poéticas, hasta el punto de de que hoy casi no hay nación culta que no tenga su producción poética acrisolada en el recipiente de *Las Cien Mejores Poesías*. En América Latina, el Perú era una de las pocas que carecía de tal colección. Acercándose la fecha de nuestra secular independencia, creímos que el mejor tributo que podía hacerse a la Patria era ofrendarle un aromoso ramo de su plantel lírico en que se acopiasen las flores que desde hace cuatro siglos perfuman el ambiente de su solar y matizan sus campos. Y he aquí tan preciada ofrenda.

Al ordenar esta Antología hemos obedecido a un doble principio que ofrece unidad superior, principio que llamaremos estético-histórico. Desde luego, buscábamos el sustancial valor estético de la composición; enseguida, su representación histórica. Así hemos logrado también un doble resultado: organizar a la vez que un conjunto poético de alto valor poético, un cuadro de las escuelas poéticas y de la evolución de la poesía en el Perú. Tal vez el principio histórico no ha llevado a veces algo lejos del cercado lírico, mas no tánto que lo hayamos perdido de vista. En todo caso, hemos procurado armonizar ambos principios y creemos sinceramente haberlo logrado.

Con respecto al carácter lírico de la colección, poco diremos. Dada la índole lírica y subjetiva de la poesía moderna y el uso común de tal criterio en estas colecciones, he-

mos obedecido a tales razones. Si aquí incluímos ciertas composiciones no líricas es o bien porque en cierto modo puede considerárselas líricas, supuesta la arbitraria separación entre lo lírico y lo épico, o porque no teniendo sus autores otras producciones descollantes o que representen su momento histórico, fué forzoso escoger aquéllas. Así, comprendemos el *Canto Primero* del poema del Conde de la Granja, épico por el tema, pero galanamente lírico por la entonación y la forma; la *Epístola a Próspero* de Pando, por la segunda de las razones enunciadas y el *Rejonero Imperial* de Espinosa Saldaña porque, aunque objetiva, es del más precioso parnasianismo. En cambio, hemos debido prescindir de las composiciones de Chocano más representativas de su genio literario, por su índole meramente objetiva, sin que por ello creamos haber dejado lo más valioso y definitivo de su poesía, si menos aclamado por las muchedumbres.

Antes de cerrar estas líneas queremos dar público testimonio de nuestra gratitud a los autores de cuyas obras nos hemos valido para componer esta colección y a las personas que nos han auxiliado en la labor de búsqueda y acopio de materiales. Entre los primeros figuran en primer lugar los Sres. José de la Riva Agüero, Ventura García Calderón y Luis Alberto Sánchez. *El Carácter de la Literatura del Perú Independiente*, la antología *Del Romanticismo al Modernismo* y el tratado de historia literaria *Los Poetas de la Colonia*, han sido nuestras fuentes primarias de consulta. En ellas nos hemos informado respecto de épocas, escuelas, autores y obras, y sus jui-

cios nos han servido muy amenudo de norma selectiva. La admirable justeza crítica de la primera, la amplitud de criterio de la segunda y la copiosa erudición de la última nos han conducido seguramente a través del dédalo de autores y escuelas, en nuestro peregrinaje de cuatro centurias por el país literario del Perú. Reciban por ello sus autores nuestro profundo agradecimiento.

De las personas que nos han ayudado en nuestra tarea de rebuscadores de libros y papeles, recordamos los nombres de D. Carlos A. Romero y D. Salvador Romero Sotomayor, Subdirector y Conservador de la Biblioteca Nacional de Lima respectivamente, el ya citado D. Raúl Porras y D. Ricardo Vegas García, todos los cuales, con generosa amabilidad nos han proporcionado originales, datos, libros, en suma, materiales para el presente esquema.

Y ahora, al entregar al público este libro, vasto en sus proporciones y sus miras pero modesto en sus resultados, queremos protestar de nuestra buena fe, sinceridad y amplitud de espíritu, en la labor de selección. Ningún prejuicio nos ha ofuscado, ni nos ha maniatado ninguna antipatía. A todos hemos ido con los brazos abiertos y hemos acogido en nuestro cercado a todo viandante, siempre que llevase una lira en la mano y un corazón dentro del pecho, vibrante al toque de Nuestra Madre la Belleza. A los solitarios y eremitas hémosles ido a buscar en soledades y grutas; a los luchadores, en la urbe trepidante; a los soñadores, en la ojiva de sus torres y a los que se despojaron de la túnica terrestre en

las frescas praderas del Elíseo, bajo sombrosas frondas, cabe irisadas aguas, entre asfodelos balsámicos. Aquí están casi todos los poetas de habla hispana del Perú, los de ayer y los de hoy, los de allende el mar y los que viven en el país, los que empiezan y los que ya declinan. Decimos casi todos, porque humanamente no es posible realizar cabalmente el ideal. A no dudarlo, faltarán algunos, pero a nuestro juicio, muy pocos. No hemos omitido esfuerzo para buscarlos dondequiera podían hallarse. Los no encontrados y buscados son casi todos de ayer; en cuanto a los omisos de hoy, el veredicto público fallará definitivamente sobre su omisión.

Lima, 15 de Junio de 1921.

MANUEL BELTROY.

MIGUEL CABELLO BALBOA

(SIGLO XVI)

SONETO

A. D. DIEGO DE AGUILAR DE CORDOBA

LA casta abeja en la florida vega
Con susurro suave y bullicioso
Para su laberinto artificioso
De varias flores el manjar congrega.

No menos a la adelfa el gusto allega
Que al romero y al cárdamo oloroso,
Porque todo lo vuelve provechoso
Después que a su sutil boca se apega.

Igual te juzgo, cordobés ilustre,
Después que renació de tu memoria
El Marañón, de sangre y muerte lleno;

Que de su obscuridad sacaste lustre,
Y de su vituperio tánta gloria,
Que en bálsamo convierte su veneno.

DIEGO MEJIA DE FERNANGIL

(1560?—1620?)

2 SONETO

TODAS las veces que por mí deshecho,
dulce Jesús, en esa cruz os miro,
parece me decís con un sospiro:
Diego ¿por qué me matas? ¿qué te he hecho?

Tus pecados me han puesto en este estrecho;
tú me tienes en cruz y en ella expiro;
cada culpa mortal es mortal tiro
que me azota, me enclava y me abre el pecho.

¿Por qué me azotas? ¿Porque te he criado?
¿Por qué me enclavas? ¿Porque te sustento?
¿Por qué me afrentas? ¿Porque te redimo?

Hijo, no más rigor, no más pecado;
mi cruz adora, siente lo que siento;
mi muerte estima, pues tu vida estimo.

DIEGO MEJIA DE FERNANGIL

3 EPISTOLA DE ENONE A PARIS

DE OVIDIO

¿LEES? ¿O la esposa nueva lo prohibe?
Lee que no es de Micenas enviada,
ni es carta que enemigo te la escribe.

Yo Enone, hermosa Ninfa, celebrada
en las selvas de Frigia, me lamento
de tí, que fuiste mío, y soy burlada.

¿Que Dios se opuso a nuestro casamiento?
¿Qué culpa hice porque desmerezca
de ser tuya y tener tu ayuntamiento?

Bien es que con paciencia se padezca
el mal que por la culpa propia viene,
mas do no hay culpa, duele que acaezca.

El valor no tenía, que ahora tiene,
tu persona, en el tiempo que por mio
te escogí: y vales más porque más pene.

DIEO MEJIA DE FERNANGIL

Yo era de Janto, caudaloso río,
Ninfa, y mi rostro con deidad cubierto,
de grave majestad y señorío.

Y aunque hayas sido agora descubierto
por hijo del Rey Frigio, entonces eras
siervo y nó infante, y cuando infante, incierto.

Y siendo siervo, quise tan deveras,
que te hice mi esposo y nos gozamos,
como si por tu igual me conocieras.

Muchas veces los hatos repastamos,
y entre ellos, con los árboles hojosos
cubiertos, del cansancio descansamos.

Y estando allí a la sombra calurosos,
la tierra, grama, flores y mi pecho
te eran cama en tus gustos amorosos,

Muchas veces, durmiendo en nuesrro lecho,
el heno por colchón, cayó la helada
y oprimió de la choza el débil techo.

¿Quién te mostraba el puesto, la parada,
(aunque la selva más espesa fuera)
para esperar la caza deseada?

¿Quién te era guía y dulce compañera,
mostrándote las grutas, do escondía
sus hijuelos pequeños cualquier fiera?

Muchas veces, ¡ay mísera!, tendía
las redes, y a los perros con mi grito
incitaba, animaba y persuadía.

Guardan mi nombre en todo este distrito
las hayas, con las letras, que parecen
decir Enon, y léome en tu escrito.

Y cuanto más aquellos troncos crecen,
tanto mis nombres más crecen con ellos,
y siempre en sus cortezas permanecen.

Creced hayas, subid, árboles bellos,
en honor de mi nombre, y de mi estado,
títulos que me ilustra el poseellos.

Acuérdome de un álamo plantado
en la orilla del Janto caudaloso,
do están memorias de mi bien pasado:

Alamo, vive tú, que estás frondoso
junto a las aguas, tú, que en tu corteza
contienes este verso mentiroso.

Cuando olvidada Enone y su belleza,
Paris vivir pudiere, aqueste río
atrás volverá el curso con presteza.

Janto, vuélvete atrás, volved con brío,
vosotras aguas, pués que Paris vive,
a su Enone olvidando, como impío.

Aquel infausto día, aquel que escribe
mi desventura en mí por tiempo eterno
le trajo al alma el mal que ahora recibe.

Desde aquel día comenzó el invierno
de tu mudado amor, y fué perdida
mi dulce gloria y se ordenó mi infierno.

Digo aquel día, cuando allá en el Ida,
llegó Venus y Juno a tu presencia,
aquélla y ésta de beldad vestida.

También Minerva allí por más decencia,
con armas vino, aunque desnuda, ¡ay triste!,
de su beldad pidiéndote sentencia.

Cobró miedo (según que me dijiste)
tu pecho en aquel punto, y un helado
temor dentro en tus huesos concebiste.

Y yo, que ya un pavor me había ocupado,
consulté hechiceras y hechiceros,
de la sentencia que a las tres has dado.

Salieron tristes todos los agüeros,
sangre anunciaron, muerte arrebatada,
maldad nefaria, fines lastimeros.

Cortóse la madera, fué la armada
en astillero puesta, y sin contraste
fué en el inmenso mar depositada.

Lloraste Paris (digo que lloraste)
al partirte de mí, no niegues esto,
o a lo menos concede que me amaste.

No te avergüences del amor honesto
que me tuviste, que harto más afrenta
tu nuevo amor lascivo y deshonesto.

Lloraste, y viste no quedar exenta
mi vista del aljófar que manaba,
temiendo de tu ausencia la tormenta.

Con la tristeza, cada cual mostraba
de nosotros sus lágrimas piadosas,
viendo que un cuerpo de otro se apartaba.

Y no así al olmo se asen las hermosas
vides, como a mi cuello así se asieron
tus brazos y tus manos poderosas.

¡Ay, cómo y cuántas veces se rieron
los tuyos, cuando echabas culpa al viento
de la tardanza con que al mar se dieron!

¡Cuántas veces, dejándome en tormento,
volviste a darme besos reiterados,
según que estabas de mi amor sediento!

¡Con qué dificultad, con qué turbados
espíritus me dió tu lengua el vale,
él queda con los Dioses consagrados!

Embarcástete al fin. y luego sale
un viento fresco, que en las velas dando,
fuerza a tu armada por el mar resbale.

Las claras ondas se escarnecen cuando
de los remeros la copiosa lista
las iban con los remos azotando.

Yo siguiendo cuitada con la vista
lo más que pude el fugitivo paño.
dejé la arena con el llanto mista.

Por tí he rogado, oh padre del engaño,
a las Ninfas del mar embravecido,
porque vinieses presto y en mi daño.

DIEGO MEJIA DE FERNANGIL

Ya por mis ruegos, Paris, has venido,
no para Enon veniste, para Elena,
para tu dama yo piadosa he sido.

Hay un monte, una cumbre inmensa, llena
de fragosa aspereza, cuya altura
mira al profundo, donde el mar resuena.

En cuya falda impenetrable y dura
Neptuno hierve, y ella resistiendo,
convierte en blanca espuma la agua pura,

Aqui yo, pues, (¡ay misera!), subiendo,
fué quien primero descubrió tu nave,
sus velas, como amante, conociendo.

Dióme deseo de volar como ave,
ímpetus de ir a ti nadando tuve,
que quien bien ama cuanto quiere sabe.

Mientras perpleja en esto me detuve,
en la alta proa vi resplandecía
púrpura; entonces más atenta estuve.

Gran recelo me dió,porque bien vía
que no te era decente estar cubierto
de lo que sólo a damas envolvía.

Llegó la nave a tierra, tomó puerto,
vi dentro de mujer la faz hermosa;
quedó a miedo y dolor mi pecho abierto.

Y no sólo vide esto mas (furiosa
¿por qué me puse a verlo?) que abrazada
contigo vi a tu amiga ignominiosa.

Aqui lloré mi muerte desdichada,
di mil suspiros, aunque en vano, al viento
y mi madeja de oro fué arrancada.

Rasgué mi rostro con furia violenta,
que las uñas abrieron con fiereza
un sulco y otro, y cada cual sangriento.

Al sacro monte de Ida y su aspereza
henchí de aullidos hórridos, feroces,
contando a los peñascos tu dureza.

Permita el justo cielo no la goces
y que ella brame ausente de su esposo,
y, cual me fuerza a dar, dé al aire voces,

Agora que estás rico y poderoso
mil damas tienes, y éstas con aquéllas
que a ti te siguen por el mar ondoso.

Contigo vienen estas damas bellas,
dejando sus legitimos maridos,
¡oh aleve amante y más aleves ellas!

Cuando eras pobre, cuando en el ejido
pastoreabas con pobreza tánta
ninguna sino Enon tu esposa ha sido.

No me admira tu oro, ni levanta
verte en pompa real, ni en monarquía,
ni ser nuera de Príamo me espanta.

Que muy bien sé que no rehusaría
de ser mi suegro Príamo, ni afrenta
de ser su nuera, a Hécuba vernia.

Que digna soy, y el mérito me alienta,
de ser mujer de un Príncipe y matrona,
y hasta lo ser no me veré contenta.

Cabeza y manos tiene mi persona
digna (pues ser yo Ninfa me bastaba)
de empuñar cetro y sustentar corona.

No me desprecies porque me acostaba
contigo en suelo agreste, pues soy dina
de regia cama, y nó de la que usaba.

Mi amor seguro, en fin, no te encamina
guerra, ni trae por mar copiosa armada
para vengar tu fuerza adulterina.

Aquesa fugitiva es demandada
con armas, y ella ufana y desenvuelta,
con esta dote viene a tu morada.

La cual si a gente griega ha de ser vuelta,
a Héctor, a Deifobo y Polidamas
lo di, y pregunta el fin de esta revuelta.

Consulta el parecer, pues que los amas,
de Antenor y de Priamo, tu padre,
que por su larga edad sabrán de tramas,

Torpeza es grande, indigna que te cuadre
que una esclava antepongas impaciente
al amor de la patria, nuestra madre.

Tu causa es vergonzosa, y justamente
su agraviado marido por habella
te mueve guerra: junta y llama gente.

DIEGO MEJIA DE FERNANGIL

No te prometas, nó, lealtad de aquella
que en tus abrazos se entregó en una hora
y que te fué tan fácil gozar de ella.

Que si el menor Atrida grita agora
las leyes rotas del violado lecho,
y de amor forastero opreso llora,

Tú también gritarás, y sin provecho,
Que si una vez se pierde la vergüenza
todo bien, todo honor queda deshecho.

En tu amor arde y a te amar comienza,
también a Menelao amó esta dama,
mas es frágil su amor, más que una trenza.

Agora el triste arrepentido brama,
que a Elena dando y a su amor creencia.
viudo yace en la desierta cama.

Oh Andrómaca felice, tu advertencia
alabo, pues te diste por esposa
de un constante varón de gran prudencia.

¡Ay Paris, que yo fuera venturosa
si casara con otro cual tu hermano,
mas vedólo mi estrella rigurosa!

Eres más inconstante, más liviano
que secas hojas que arrebata el viento
y van volando por el aire vano.

Hay menos peso en tí, menos cimiento
que en leve espiga, insólida y vacía
seca del sol y de su ardor violento.

Esto es lo que tu hermana me decía,
digo que dijo (agora se me acuerda),
suelto el cabello, aquella profecía:

"Di, ¿qué haces Enone? Si estás cuerda,
¿cómo en la arena siembras? Ten mancilla
de ti, no siembres donde se te pierda.

Aras del mar horrífico la orilla
con bueyes, sin provecho; no conviene
que pierdas el trabajo y la semilla.

¡Hola, una griega ternerilla viene,
destruición tuya, de tu casa y tierra!
Hola, estórbalo tú, ¿qué te detiene?

La griega ternerilla viene, ¡guerra,
guerra agora, que hay tiempo, y al navío
hundid, que abominable carga encierra!.

Frigios, no imaginéis viene vacío,
de sangre frigia y de minante fuego
viene relleno aquel bajel impío."

Dijera más si sus sirvientas luego
no la llevaran por estar furiosa,
dejándome en mortal desasosiego.

Erizóse el cabello. ¡Oh grave cosa!
(que es en ser largo y rubio incomparable)
quedé admirada y aun quedé medrosa.

¡Ay Casandra fatídica, admirable,
cómo tu adivinar me satisface,
cuán cierto ha sido a este miserable!

DIEGO MEJIA DE FERNANGIL

Mira la vaca griega cómo pace
mi dehesa, usurpando mi ventura,
y de mis pastos a su gusto hace.

Insigne puede ser su hermosura,
pero adúltera es, pues desampara
su esposo y dioses, con desenvoltura,

Ella robada ha sido, cosa es clara,
otra vez, de un Teseo, si en el nombre
no me ha engañado la memoria avara.

No sé quién él se sea, en fin, un hombre,
dicho Teseo, por su austicia bella,
robándola ganó fama y renombre.

¿Creeremos, pues, agora, oh Paris, de ella
que de poder de un mozo amante suyo
se quedó virgen y volvió doncella?

¿Preguntarás que todo cuanto arguyo
de quién lo deprendí? De Amor, que esfuerza
mi lengua ruda, con que te concluyo.

Y aunque su robo se atribuya a fuerza
y lo disfraces con tal nombre, es cierto
no haber habido quien su gusto tuerza.

Quien tántas veces tan al descubierto
robar se deja, y al ladrón se ofrece,
ella da el orden, ella da el concierto.

Mas la constante Enone permanece
casta, siendo alevoso su marido,
viviendo ella más casta que él merece.

DIEGO MEJIA DE FERNANGIL

De sátiros la turba con ruido
y veloz planta en Ida me buscaba,
mas yo me entraba al bosque más tejido.

El cornígero Fauno me acosaba,
de agudo pino ornada su cabeza,
por los altos collados donde andaba.

Bien que el que a Troya puso pieza a pieza
su fuerte muro (y siendo ardiente y rojo,
desde el Oriente su camino empieza),

De mi virginidad llevó el despojo,
mas llevólo por fuerza, y mi cabello
y mi rostro rasgué de puro enojo.

Oro ni joyas no pedí por ello,
ni puse en precio aquella afrenta indina,
que el cuerpo es cosa infame el revendello.

Viendo esto Febo me juzgó ya dina
de grande premio, y dióme infusa ciencia
del arte santa de la medicina.

Dió a mis manos su dón y suficiencia,
y así cualquier raíz, cualquiera planta
conozco y me es notoria su potencia.

Mas, ¡ay triste de Enone!, que con tánta
fuerza y virtud de hierbas no hay ninguna
que me aproveche, cosa es que me espanta.

Al mal de amor, no cura hierba alguna,
ni misma ciencia, ni arte me ha dejado
la que me sigue siempre es, mi Fortuna.

El mismo Apolo vacas ha guardado,
de Admeto (según fama), dióle guerra
Amor, y con mi fuego fué abrasado.

Aquel remedio, que la fértil tierra
con sus hierbas, ni Apolo darme puede,
tú me lo puedes dar, y en ti se encierra,

Puedes, y lo merezco. No se vede
a mi fe lo que pido, ten mancilla
de esta, que un punto de tu amor no excede.

No vengo yo, con Griegos, en cuadrilla,
con armas de paz vengo a mi marido,
tu esposa abraza, pues a tí se humilla.

Toda soy tuya, tuya sola he sido
desde mi tierna edad, y en tí se emplea
todo mi amor: y agora también pido,
que el resto de mi vida tuya sea.

AMARILIS

(SIGLO XVII)

EPISTOLA A BELARDO

Tanto como la vista, la noticia
de grandes cosas suele las más veces
al alma tiernamente aficionarla,
que no hace el amor siempre justicia,
ni los ojos a veces son jueces
del valor de la cosa para amarla:
mas suele en los oídos retratarla
con tal virtud y adorno,
haciendo en los sentidos un soborno,
aunque distinto tengan el sujeto,
que en todo y en sus partes es perfeto,
que los inflama todos,
y busca luego artificiosos modos,
con que puede entenderse
el corazón, que piensa entretenerse,
con dulce imaginar para alentarse
sin mirar que no puede
amor sin esperanza sustentarse.

El sustentarse amor sin esperanza,
es fineza tan rara, que quisiera

saber si en algún pecho se ha hallado,
que las más veces la desconfianza
amortigua la llama que pudiera
obligar con amar lo deseado;
mas nunca tuve por dicho estado
amar bienes posibles,
sino aquellos que son más imposibles.
A éstos ha de amar un alma osada;
pues para más alteza fue criada
que la que el mundo enseña;
y así quiero hacer una reseña
de amor dificultoso,
que sin pensar desvela mi reposo,
amando a quien no veo y me lastima:
ved que extraños contrarios,
venidos de otro mundo y de otro clima.

Al fin en este, donde el Sur me esconde,
oí, Belardo, tus conceptos bellos,
tu dulzura y estilo milagroso:
vi con cuánto favor te corresponde
el que vió de su Dafne los cabellos
trocados de su daño en lauro umbroso,
y admirando tu ingenio portentoso,
no puedo reportarme
de descubrirme a tí, y a mi dañarme.
Mas, ¿qué daño podrá nadie hacerme
que tu valer no pueda defenderme?
Y tendré gran disculpa,
si el amarte, sin verte, fuere culpa,
que el mismo, que lo hace,
probó primero el lazo en que me enlace,
durando para siempre las memorias
de los sucesos tristes.
que en su vergüenza cuentan las historias.

Oí tu voz, Belardo: mas ¿qué digo?,
nó Belardo, milagro han de llamarte,
este es tu nombre, el cielo te lo ha dado,
y Amor, que nunca tuvo paz conmigo,
te me representó parte por parte,
en ti más que en sus fuerzas confiado:
mostróse en esta empresa más osado,
por ser el artificio
peregrino en la traza y el oficio,
otras puertas del alma quebrantando,
nó por los ojos míos, que velando
están en gran pureza:
mas por oídos, cuya fortaleza
ha sido y es tan fuerte,
que por ellos no entró sombra de muerte,
que tales son palabras desmandadas,
si vírgenes las oyen,
que a Dios han sido y son sacrificadas.

Con gran razón a tu valor inmenso
consagran mil Deidades sus labores,
cuando manijan perlas en sus faldas:
todo ese mundo allá te paga censo,
y este de acá mediante tus favores,
crece en riqueza de oro y esmeraldas.
Potosí, que sustenta en sus espaldas,
entre el hibierno crudo,
aquel peso, que Atlante ya no pudo:
confiesa que su fama te la debe;
y quien del claro Lima el agua bebe
sus primicias te ofrece,
después que con tus dones se engrandece,
acrecentando ofrendas
a tus excelsas y admirables prendas:

yo, que aquestas grandezas voy mirando.
y entretenido en ellas,
las voy en mis entrañas celebrando.

En tu patria, Belardo, mas no es tuya,
no sientas mucho verte peregrino,
plegue a Dios no se enoje el Manzanares,
por más que haga de tu fama suya;
que otro origen tuviste más divino,
y otra gloria mayor, si la buscares.
¡Oh, cuánto acertarás, si imaginares
que es patria tuya el cielo,
y que eres peregrino acá en el suelo!
Porque no hallo en él quien igualarte
pueda, no sólo en todo, mas ni en parte,
que eres único y solo
en cuanto miran uno y otro polo.
Pues, peregrino mío,
vuelve a tu natural, póngante brío,
nó las murallas que ha hecho tu canto
en Thebas engañosas,
mas las eternas, que te importan tánto.

Allá deseo en santo amor gozarte,
pues acá es imposible poder verte,
y temo tus peligros y mis faltas;
tabla tiene el naufragio, y escaparte
puedes en ella de la eterna muerte,
si del bien frágil al divino saltas,
las singulares gracias, con que esmaltas
tus soberanas obras,
con que fama inmortal contino cobras,
empléalas de hoy más con versos lindos
en soberanos y divinos Pindos
tus divinos concetos:

allí serán más dulces y perfetos;
que al mundo a quien lo sigue,
en vez de premio al bienhechor persigue;
y contra la virtud apresta el arco
con ponzoñosas flechas
de la maligna aljaba de Aristarco

Quiero, pues, comenzar a darte cuenta
de mis padres y patria y de mi estado
porque sepas quien te ama y quien te escribe:
bien que ya la memoria me atormenta,
renovando el dolor, que aunque llorado,
está presente y en el alma vive:
no quiera Dios que en presunción estribe
lo que aquí te dijere,
ni que fábula alguna compusiere,
que suelen causas propias engañarnos,
y en referir grandezas alargarnos,
que la filaucia engaña
más que no la verdad nos desengaña,
especialmente cuando
vamos en honras vanas estribando;
destas pudiera bien decirte muchas,
pues atento contemplo que me escuchas.

En este imperio oculto, que el Sur baña,
más de Baco piadoso que de Alcides,
entre un trópico frío y otro ardiente,
a donde fuerzas ínclitas de España
con varios casos y continuas lides
fama inmortal ganaron a su gente,
donde Neptuno engasta su tridente
en nácar y oro fino;
cuando Pizarro con su flota vino,

fundó ciudades y dejó memorias,
que eternas quedarán en las historias:
a quien un valle ameno,
de tántos bienes y delicias lleno,
que siempre es primavera,
merced del sueño de la cuarta esfera,
la ciudad de León fué edificada,
y con hado dichoso,
quedó de héroes fortísimos poblada.

Es frontera de bárbaros y ha sido
terror de los tiranos, que intentaron
contra su Rey enarbolar bandera:
al que en Jauja por ellos fué rendido,
su atrevido estandarte le arrastraron,
y volvieron el Reyno a cuyo era.
Bien pudiera, Belardo, si quisiera
en gracia de los cielos,
decir hazañas de mis dos abuelos
que aqueste nuevo mundo conquistaron
y esta ciudad también edificaron,
do vasallos tuvieron,
y por su Rey su vida y sangre dieron:
mas es discurso largo,
que la fama ha tomado ya a su cargo,
si acaso la desgracia desta tierra,
que corre en este tiempo,
tántos ilustres méritos no entierra.

De padres nobles dos hermanas fuimos,
que nos dejaron en temprana muerte,
aun no desnudas de pueriles paños.
El cielo y una tía, que tuvimos,
snplió la soledad de nuestra suerte:

con el amparo suyo algunos años
huímos siempre de sabrosos daños:
y asi nos inclinamos
a virtudes heroicas, que heredamos:
de la beldad, que el cielo acá reparte,
nos cupo, según dicen, mucha parte,
con otras muchas prendas:
no son poco bastantes las haciendas
al continuo sustento;
y estamos juntas, con tan gran contento,
que una alma a entrambas rige y nós gobierna,
sin que haya tuyo y mío,
sino paz amorosa, dulce y tierna.

Ha sido mi Belisa celebrada,
que ese es su nombre, y Amarylis, mío,
entrambas de afición favorecidas:
yo he sido a dulces Musas inclinada;
mi hermana, aunque menor, tiene más brío,
y partes, por quien es, muy conocidas;
al fin todas han sido merecidas
con alegre himeneo
de un joven venturoso, que en trofeo
a su fortuna vencedora palma
alegre la rindió prendas del alma.
Yo, siguiendo otro trato,
contenta vivo en limpio celibato,
con virginal estado
a Dios con grande afecto consagrado,
y espero en su bondad y en su grandeza
me tendrá de su mano,
guardando inmaculada mi pureza.

De mis cosas te he dicho en breve suma
todo cuanto quisieras preguntarme,

y de las tuyas muchas he leído:
temerosa y cobarde está mi pluma,
si en alabanzas tuyas emplearme
con singular contento he pretendido:
si cuanto quiero das por recibido,
¡oh, qué delio me debes!
y porque estás verdad ausente pruebes,
corresponde en recíproco cuidado
al amor, que en mí está depositado.
Celia no se desdeñe
por ver que en esto mi valor se empeñe,
que ofendido en sus quiebras
su nombre todavía al fin celebras;
y aunque milagros su firmeza haga,
te son muy bien debidos,
y aun no sé si con esto tu fe paga.

No seremos por esto dos rivales,
que trópicos y zonas nos dividen,
sin dejarnos asir de los cabellos,
ni a sus méritos pueden ser iguales:
cuantos al mundo el cetro y honor piden,
de trenzas de oro, cejas y ojos bellos,
cuando enredado te hallaste en ellos,
bien supiste estimallos
y en ese mundo y este celebrallos,
y en persona de Angélica pintaste
cuanto de su lindeza contemplaste:
mas estoyme riendo
de ver que creo aquello que no entiendo,
por ser dificultosos
para mí los sucesos amorosos,
y tener puesto el gusto y el consuelo,
nó en trajes semejantes,
sino en dulces coloquios con el cielo.

Finalmente, Belardo, yo te ofrezco
una alma pura a tu valor rendida:
acepta el dón, que puedes estimallo;
y dándome por fe lo que merezco,
quedará mi intención favorecida,
de la cual hablo poco y mucho callo,
y para darte más, no sé ni hallo.
Déte el cielo favores,
las dos Arabias bálsamo y olores,
Cambaya sus diamantes, Tibar oro,
marfil Cefala, Persia su tesoro,
perlas los Orientales,
el rojo mar finísimos corales,
balajes los Ceylanes,
áloe precioso Sarnaos y Campanes,
rubíes Pegugamba y Nubia algalia,
amestistes Rarsinga
y prósperos sucesos Acidalia.

Esto mi voluntad te da y ofrece,
y ojalá yo pudiera con mis obras
hacerte ofrendas de mayor estima:
mas donde tánto junto se merece,
de nadie no recibes, sino cobras
lo que te debe el mundo en prosa y rima.
He querido, pues, viénd te en la cima
del alcázar de Apolo,
como su propio dueño, único y solo,
pedirte un dón, que te agradezca el cielo,
para bien de tu alma y mi consuelo.
No te alborotes, ténte,
que te aseguro bien que te contente,
cuando vieres mi intento,
y sé que lo harás con gran contento,

que al liberal no importa para asille,
significar pobrezas,
pues con que más se agrada es con pedille.

Yo y mi hermana, una santa celebramos,
cuya vida de nadie ha sido escrita,
como empresa que muchos han temido:
el verla de tu mano deseamos;
tu dulce Musa alienta y resucita,
y pónla con estilo tan subido,
que sea dondequiera conocido,
y agradecido sea
de nuestra santa virgen Dorotea.
¡Oh, qué sujeto, mi Belardo, tienes
con que de lauro coronar tus sienes,
podrás, si no emperezas,
contando desta virgen mil grandezas,
que reconoce el cielo,
y respeta y adora todo el suelo:
desta divina y admirable Santa
su santidad refiere,
y dulcemente su martirio canta!

Ya veo que tendrás por cosa nueva
nó que te ofrezca censo un mundo nuevo,
que a ti cien mil que hubieran te le dieran;
mas que mi Musa rústica se atreva
a emprender el asunto a que me atrevo,
hazaña que cien Tassos no emprendieran:
ellos, al fin, son hombres y temieran:
mas la mujer, que es fuerte,
no teme alguna vez la misma muerte.
Pero si he parecídote atrevida,
a lo menos parézcate rendida,

que fines desiguales
Amor los hace con su fuerza iguales;
y quédote debiendo
nó que me sufras mas que estés oyendo
con singular paciencia mis simplezas,
ocupado contino
en tántas excelencias y grandezas.

Versos cansados, ¿qué furor os lleva
a ser sujeto de simpleza indiana,
y a poneros en manos de Belardo?
Al fin, aunque amarguéis, por fruta nueva,
os vendrán a probar, aunque sin gana,
y verán vuestro gusto bronco y tardo:
el ingenio gallardo,
en cuya mesa habéis de ser honrados,
hará vuestros intentos disculpados:
navegad, buen viaje, haced la vela,
guiad un alma, que sin alas vuela.

FRAY ADRIANO DE ALECIO

(SIGLO XVII)

5
EL ANGELICO

CANTO PRIMERO

Nacimiento de Santo Tomás; anuncios que le preceden; sucesos de su crianza y virtudes de su niñez.

LARGO silencio quebranto,
cantando Varón, y más
armas defensivas canto,
Varón, pues canto a Tomás,
armas, pues su pluma canto.

Desenvuelto de pereza,
si libre no de rudeza,
tratar ingenio presuma
del Príncipe por la pluma,
del Conde por la nobleza.

Los labios al agua den
en el Parnaso difusa,
otros que el engaño excusa;
que en Dios, mejor Eusemén
halla mi sedienta Musa.

Poco el cristal me provoca
de Elicona, porque hallo
que será limpieza poca
donde puso el pie un caballo
poner un hombre la boca.

La caña que suspensión
fué riberas de Ladón
ni busco ni he menester
que es flauta, que fué mujer,
faltaráme en la ocasión.

A mi voz soberbios ríos
no se detengan helados,
que van de caudal sobrados,
serán sordos sobre fríos
a mis versos maltratados.

Al Tracio de aplausos rico,
a quien Tebas muros debe,
ni me inclino ni me aplico,
sin él mi pluma se atreve
que yo canto, no edifico.

De fabulosas no fíes,
socorro sólo confíes
(oh Musa) en la viva fuente
que arroja en larga corriente
por cinco bocas rubíes

Si de otra fuente sagrada
beber quisieres también
a la Madre Virgen ven,
que aunque está fuente cerrada
es al pecado, no al bien.

FRAY ADRIANO DE ALECIO

En Antárticas regiones
llueve Dios como en Europa,
y de américos terrones,
quien los sacó de Antiopa
sabe sacar Anfiones.

Mejor, pues, la pluma enjuta
a España versos tributa,
dirás que a limarse van,
y que el Perú no es Adán
ni el verso vedada fruta.

No por inculta te asombres
en lo que ya determinas,
porque Dios, a quien te inclinas,
de hormigas levanta hombres
para población de Eginas.

Tú. Lima, mi estilo bajo
permite, y aunque imperfecto,
coge el zumo del trabajo,
que apretado de un afecto,
te ofrece tu menor gajo.

El pico a probar me atrevo
con tu calor, que no es nuevo,
coronada madre mía,
pasar a pollo que pía
el que se vió mudo huevo.

Reciba de un Adriano,
pavón de oro Juno vana,
y tú de otro tuyo gana,
en punto de Canto llano,
letra de historia cristiana.

Sacúdete de tibieza,
y tus igenios embarca,
sángrate de la cabeza,
¡de cuántas veces del arca
te sangras dando riqueza!

Registra conceptos míos
y no retarde tus bríos
ver que a plumas navegantes
o escollos son ignorantes
o críticos son bajíos.

No dudo que a honrarte valgan
hijos mil que más ahonden;
pero mis versos responden:
¿es mucho que estrellas salgan
cuando los soles se esconden?

Con tu luz comenzar quiero
mi labor, que en ella gano,
Tomás, y acertarla espero;
diré que empecé temprano
pues empiezo con Lucero.

Dáme en laberinto hilo
arda en tinieblas pabilo,
que tal hacha por delante
tropiezos no temo errante,
en oscuridad de estilo.

Angel, a mi pluma asiste,
o dame la tuya aquí,
escribiremos así
tú lo que de Dios supiste
y yo lo que sé de ti.

FRAY ADRIANO DE ALECIO

Quien más oscuro nació
entre sombras de humildad,
si el cuidado a letras dió,
a luces de calidad
no poca ventana abrió.

Regeneran al villano,
y al hidalgo, al cortesano
enriquecen la limpieza,
siendo letras en nobleza
diamantes en blanca mano.

Rompe el botón rosa bella,
noble tánto que la aclama
el prado, y Reyna la llama;
y el alba después en ella
letras de aljófar derrama.

Como es adorno, aunque frio,
no lo excluye poderosa,
antes sin mostrar desvio,
coge alegre, bebe hermosa
lo menudo del rocio.

Blasona loco desgarro
ser rama de árbol bizarro,
con presunción engañada,
que la sangre mas colada
sale con heces de barro.

Vestirse el noble debia
con hojas de erudición,
atendiendo en su elación,
si él es rama de hidalguia,
que los libros hojas son.

Vil quien su crecer limita,
que el cedro, el laurel más grave,
aunque no la necesita,
le concede albergue al ave
que nido en él solicita.

Nobleza cabal pregono
la que en letras dobla abono
a antigüedad generosa,
como el que letra ingeniosa
la viste de dulce tono.

Conténtanse juventudes
con esplendores ajenos
de pasados, de luz llenos;
sin ver que en honra y virtudes
no ir a más ya es ir menos.

Letras descendencias alzan,
libros familias postradas
de honor visten, de luz calzan,
y memorias bosquejadas
perficionan y realzan.

JUAN DE CAVIEDES

(1652—1694)

6 ROMANCES AMOROSOS

En mis penas inmortales
sin esperanza padezco,
por ser un achaque amor
que se cura con el mesmo.
Cuando sanar solicito
procuro estar más enfermo;
porque los remedios matan
y me mato por Remedios.
Morir quiero de los males
de puro vivir con ellos,
que quien de tristeza enferma
se ha de curar con veneno.
Mueran de mal entendidos
mis cobardes pensamientos,
que quien sin conocer mata
hace su delito menos.
Disculpa, bella homicida,
a tus crueldades prevengo,
que hay rigores que se anuncian
aun antes de padecerlos
De tu hermosura y mi suerte

me colijo mi desprecio,
porque en tu beldad peligra
el mayor merecimiento.
Cuando voy a declararme
mudo me hace tu respeto,
¡Oh! ¡Quién hallara unas voces
que hablasen con el silencio!
Mas si hay ecos en los ojos
que, mirándote, hablan tiernos,
¿por qué, di, no tiene oídos
para escucharlos tu pecho?
Mucho más que no la queja
sentir sabe el sufrimiento,
que las penas que son dichas
dichas son o quieren serlo.
Porque callar un dolor
y disimular sintiendo,
es hacer en el martirio
generosos los tormentos·
Querer y decirlo, es
pedir recompensa al dueño
y yo no quiero hacer deuda
lo que en mi cariño es feudo.

***

Una mañana de mayo
al tiempo que el sol salía,
como el mismo sol, al prado
salióse a pasear Lucila.
Un jazmín brotaba, adonde
para tener mejor vida
haciendo milagro al ver
floreciente lo que pisa,

JUAN DE CAVIEDES

Las rosas se deshojaban
para tener mayor vida,
pues morían luego al punto.
las que en el rosal nacían.
Las fuentes que la miraban
falsamente se reían,
que risa de quien murmura
siempre ha de ser falsa risa.
Acercóse a los cristales
a castigar su osadía,
y les dió una linda mano
más clara que su agua misma.
En Lucila se vengaba
el cristal, porque Lucila
sacó más turbias las manos
cuando las entró más limpias.
Yo, que la estaba mirando,
a mi mismo me decía
lo que a su beldad callaba
sólo por no desabrirla.
Mas con palabras turbadas
a hablarla fué mi osadía,
y enmudeciendo la lengua
empecé a hablarla por vista.
Miróme y volvióme el rostro
con tánto ceño de esquiva,
que la menor atención
no la debí a sus pupilas.

***

Tórtolas, no cantéis tristes
dejadme a mi las tristezas,
porque de darme a pesares
soy avariento de penas.

A todas las quiero alegres
por tener alivio en ellas,
que ser único en desdichas
es suerte de las miserias.
Cantad alegres, y yo
en triste correspondencia
hare en contrapuesto llanto,
cantiga infausta de penas.
Nada encuentro, nada miro
que mis pesares divierta
sino el sentirlos, y así
siento que haya quien los sienta.
Tan hecho estoy a los males
que cualquiera bien me hiciera
mucho mal, que los alivios
nunca usados son violencias.
Cualquiera triaca es veneno
para quien de él se alimenta,
porque halla muerte en lo blando
quien vive de la dureza.

JUAN DE CAVIEDES

(1652—1694)

SONETO

Coloquio amante de un justo que estando para morir le dice a Dios en este soneto:

HOY no el morir, Señor, llego a temer,
pues sé que es numerado el respirar;
desde el nacer me puede recelar,
porque el morir empieza del nacer.

Mi temor más glorioso viene a ser,
pues sólo es mi temor considerar
que si más padecer es el amar,
hoy me quita el morir m's padecer.

Sólo de amor, Señor, quiero morir:
divino amor, la flechas aprestad,
ya os presento por blanco el corazón.

Y es que el tiro no ha de deslucir,
que del blanco, Señor, la indignidad
no desaira el acierto del arpón.

LUIS ANTONIO DE OVIEDO Y HERRERA

CONDE DE LA GRANJA

(1680—1717)

8 ### POEMA SACRO DE LA PASION

INVOCACION

YO aquel que en otro tiempo, con profano
metro canté por destemplada vena,
como el cautivo al són de la cadena,
al compás de los hierros de mi mano,

Hoy, Dios mío, de aquel verdor ya cano
mi plectro emplearse en vuestro culto ordena,
ya que por voz de párvulo disuena,
vos la templáis aun a lo más arcano.

Para llorar vuestra Pasión sagrada
mi espíritu inflamad, que en su memoria
no hay cláusula que no suene a lamento,

Y así mi insuficiencia intenta osada
suplir, al describir tan triste historia,
con el fervor la falta de talento.

LIUS ANTONIO DE OVIEDO Y HERRERA

CONDE DE LA GRANJA

(1680—1717)

9 VIDA DE SANTA ROSA
DE SANTA MARIA, PATRONA DEL PERU

CANTO I

ARGUMENTO

Descríbese la Patria de la Rosa,
su opulencia, su lustre, su belleza;
la del Perú, la infiel, supersticiosa
era de su gentílica rudeza;
la fundación de Lima misteriosa
por Pizarro, debiendo a su destreza,
y a la de la evangélica cultura,
ser vergel en que nace esta flor pura.

I

NO canto las hazañas, las victorias
de varón inmortal, campeón guerrero,
ni de la Fama célebres memorias
que en bronce y mármol esculpió el acero;
de sagrada Heroína canto glorias,
que nació Rosa para ser lucero,
y con humilde corazón profundo,
triunfó de Lucifer, de sí, del mundo.

LUIS ANTONIO DE OVIEDO Y HERRERA

Virtudes canto de la que en su oriente
sazonó el fruto en flor a la esperanza,
y sin poder vivir de penitente,
con la vida llegó donde no alcanza;
de la que, a fuer de austera y obediente,
dió a la naturaleza confianza
para vencer nó sólo a su flaqueza,
sino emular la angélica pureza.

Si a la flor, que es segundo sol del prado,
o estrella de carmín que luz florece;
candor del alba en púrpura bañado;
luna de nácar que a la aurora mece;
fénix, que en llama de rubí abrasado,
su aromático ser rejuvenece;
la Rosa, digo, a cuyo imperio vano
Naturaleza dió culto profano.

Con más razón la América mejora
el que da reverente por más bella,
a otra Rosa de Lima, alba y aurora,
Norte del Sur y de su influjo estrella:
Sol del Perú con nueva lumbre dora
la antigua sombra que la culpa huella:
fénix mejor, pues de su muerte nace
y a inmortal de mortal vida renace.

En tierno lecho de nevada grana
brotó esta flor, cuyo fecundo fruto,
por muestra de primicia peruana,
al Tíber, Rímac le pagó en tributo;
celaje apenas de su luz temprana,
rayó el botón en rescatarla astuto,
cuando la Rosa haciendo del cogollo
clausura, no salió de ser pimpollo.

Ni las rosas que Amor embriagó ufano,
vertiendo en ellas; el licor que bebe;
ni aquellas cuyo antiguo verdor cano
Venus tiñó en rubí con pie de nieve;
ninguna viendo su esplendor lozano
en su presencia a competir se atreve,
pues no hay color en ellas que no venza,
y si les queda alguno es de vergüenza.

Para poder cantar en grave lira
con metro numeroso sus loores,
no invoco el dulce coro, que respira
en profano furor doctos errores:
Tú, Rosa, eres la Musa que me inspira;
presta a la voz retóricos colores,
y tus virtudes díctalas tú propia,
pues sólo tú de ti puedes ser copia.

Sin embargo, esta vez no he de invocarte,
y ya el intento el ánimo revoca;
que en tus elogios temo has de excusarte
y tu modestia sellará mi boca:
pues sólo para ti recelo hallarte
cuando te halla el fervor del que te invoca;
que tu humildad riñendo a mi denuedo
me está anudando el labio con el dedo.

Otra Rosa invocar quiero más pura,
que en Jericó divino jardinero
plantó con celestial agricultura,
por renuevo de aquel árbol primero;
produciendo de rama tan impura
el candor, al cultivo de su esmero,

y en una vara de la nieve al ampo,
cuya raíz brotó la flor del campo.

A tí, pues, Rosa, sol, ave y estrella,
que ya en fuego, ya en agua, tierra y viento,
si planta sacra imprimes a tu huella
debe su ilustración cada elemento;
de tánto golfo un átomo destella
que ilumine mi oscuro entendimiento;
inflúyeme a tu culto metro sabio,
porque pueda elevarse a templo el labio.

Permítete a mi ruego; y de tu oído
pase el despacho a tu piadosa mano,
donde el menesteroso, el afligido
acude siempre y nunca ocurre en vano;
si por mi nó; por sí se ha merecido
divino auxilio, asunto soberano;
mi devoción disculpe la osadía
de aspirar a copiar con sombra el día.

¿Qué pluma crespa, aunque veloz volara,
podrá correr de su virtud la esfera,
cuando águila caudal se remontara
y en cendales febeos se tiñera?
El idioma incapaz desconfiara
si a tu aliento las voces no debiera;
empeño es tuyo, pues tu santuario
cuenta esta Rosa más en su rosario.

Corta el fervor con tu asistencia el velo
al discurso de numen ilustrado;
sin recelar la esfera, gire el vuelo,
pues en ajenas alas va fiado;

y si a lograr llegare mi desvelo
acierto, que temió desconfiado,
vendrá ser en honor de asunto tánto
uno de los milagros de mi canto.

Yace en el polo austral un valle ameno
a quien coronan cerros de esmeralda,
que a viento y mar son diamantino freno
y a sus embates dan robusta espalda;
el pacífico sur besa el terreno
que la tierra dispensa a fértil falda
y en fugitivo aljófar se deshebra
el cristal, que en su orilla el furor quiebra.

En este sitio, entre agua, tierra y viento,
la Ciudad de los Reyes se levanta;
sobre elementos tres fija su asiento,
al uno oprime y a los dos quebranta:
el plan que da a su fábrica cimiento
en cuadro regular tiende la planta,
donde tiraron líneas al acierto
el terreno y el arte, de concierto.

Parece que obedece al gusto el clima,
pues tan benigno es cuanto constante;
ni a Acuario ofende ni a Aquilón lastima,
ni se oye fulminar al dios tonante;
ni contra Lima el tiempo gasta lima,
porque siempre la ve con un semblante,
y opuesta a la común naturaleza
en no ser varia muestra igual belleza.

En la tórrida zona situada
por su constelación la astronomía,
como región estéril dsepoblada.

juzgó que entre los trópicos ardía;
pero el Sur baña con marea templada
al sol los rayos, que la sierra abría,
y se forma un invierno y un estío
de frío y calor, sin ser calor ni frío.

En el día de ayer el de hoy nace;
el tiempo se sucede, no se altéra
o no se funde en otro, y el que yace
en el que se le sigue persevera:
lo caduco parece que renace
en brazos del renuevo que le espera,
y en igual estación siempre florida
no corre a cuenta de la edad la vida.

Baja por el Levante despeñado
Rímac, río que corre con pie undoso,
y por venas y pozos desangrado
los valles riega su cristal frondoso:
en su caudal el cielo le ha librado
la lluvia, que le niega generoso;
pues es al producir flores y fruto,
de las nubes perenne sustituto.

El Nilo, a quien sediento Egipto bebe
y le secunda su corriente grata;
el Indo, que por Asia el paso mueve
y cobra en oro lo que riega en plata;
el Danubio, que a Europa escarcha en nieve
y en sazonados frutos se desata,
ceden al Rímac, porque en varios modos
contiene en sí lo que mendigan todos.

El labrador aquí de la esperanza
o temporal no fía su cosecha;

de su mano en canales la afianza,
y en lluvia el agua que encerró aprovecha;
ya en raudal, que disponga la labranza,
ya en sutil hilo, cuando el fruto acecha;
pingüe la tierra paga su desvelo
y él lo que al cielo da, siembra en el cielo.

Hace su población más divertida
de jardines y huertas el recreo,
y al mirar su república florida
se duda si es ciudad o si es hibleo;
fundada nó, parece producida
de la fecunda idea del deseo
o que, vuelta en pensil su arquitectura
la cultivó prolija arquitectura.

De magníficos templos la eminencia
sube a escalar el cielo y le conquista;
donde la religión con la opulencia
supo sólo esta vez quedar bienquista;
su noble arquitectura y corpulencia
cabe en la admiración más que en la vista,
pues al verla se quedan suspendidos
descansando en los ojos los sentidos.

Compítense en las órdenes y claves
sus fábricas, del Rímac ya narcisos,
la jónica y corintia en cuerpos graves,
compósita y toscana hasta los frisos;
áncoras son los arcos de las naves,
ya vuelen estofados o ya lisos,
venerándose en una y otra parte,
milagros del espíritu y del arte.

Cada cúpula es esfera breve
a donde el sol su eclíptica eterniza:
tíñese en llama el cándido relieve
y en sus molduras esplendores riza;
hidrópico fanal sus rayos bebe
que a reverentes cultos organiza;
siendo una y otra circular lanterna
estrella fija, luminaria eterna.

Las torres divididas en cuarteles,
descuellan su estatura corpulenta
y rematando en varios capiteles,
otra ciudad el aire representa:
a sus hombros el arte echó cordeles
donde soberbias máquinas cimienta;
y de agujas formando una montaña,
sube a peinar el viento y le enmaraña.

Lo interior en adornos y decoro
aventaja a las obras exteriores;
lo menos noble son la plata y oro
y a la materia exceden los primores;
por Montañez copiada y por Medoro
Naturaleza en mármol y colores,
todo su forma original recibe
la planta crece, lo sensible vive.

En sus dilatadísimos espacios
guardando el orden de otros edificios,
se erigen suntuosos los palacios,
que de Conquistadores son hospicios;
parecen artesones de topacios
los que obró el oro, de su lustre indicios,
construyendo el honor, que los aclama
colosos, donde aun hoy vive su fama.

LUIS ANTONIO DE OVIEDO Y HERRERA

Son las casas que pueblan las arenas
del Rimac, con trofeos fabricadas,
nobles solares de españolas venas,
muchas de estirpes regias derivadas,
las que allí el largo tiempo borró almenas,
entre caducos siglos sepultadas,
en este reino con mayor decencia
reedificó el valor y la opulencia.

Dudarse puede a quién deben más glorias
sus héroes: o al origen de sus cunas
o al que teatro fué de sus victorias,
triunfando en mundos dos de dos fortunas:
si heredados escudos son memorias
que acuerdan timbres de eclipsadas lunas,
no es inferior blasón poner por orlas
de Ingas vencidos imperiales borlas.

Al Tormes y al Henares, que en España
son espejos de una y otra ciencia,
Rímac, que su areopago docto baña,
cede en la antigüedad, nó en la eminencia:
no hay a sus hijos arte y ciencia extraña
que no apuren con fácil experiencia;
tan vivos lo que estudian lo comprenden
que ingeniosos mejoran lo que aprenden.

Si en Europa sazona entendimientos
la edad, aquí a su curso adelantados,
cuando allá apenas saben rudimentos,
se hallan en facultades graduados:
no se conoce infancia en sus talentos,
pues de su propio ingenio doctrinados,
apurando a las ciencias aforismos,
discípulos parecen de sí mismos.

Más de cincuenta templos en su orilla
ve el Rimac, donde el arte y la grandeza
la religión traslada de Castilla
mejorando el fervor en la riqueza:
con igual resplandor a un tiempo brilla
el ara y la eclesiástica pureza;
su docto deseo es de la fe archivo,
y cada religioso un templo vivo.

Sobre dos mil de todas religiones
se ocupan en sagrados ministerios;
casi en número igual y perfecciones
de vírgenes florecen monasterios:
réglanse a sus estrechas reclusiones
sin clausura formal otros beaterios,
haciendo coro en esta militante
Nueva Jerusalén con la triunfante.

La caridad, virtud de la riqueza,
fabricó en diez ilustres hospitales
puerto seguro a la naturaleza
contra el mar tormentoso de sus males,
donde a la plebe sirve la nobleza
con sus personas y con sus caudales,
que en las casas de Dios, como dechados,
los cuartos y el servicio andan trocados.

En su gran vecindad y en su opulencia
noble espíritu infunde el estellaje;
todos se portan con igual decencia;
no hay español que vista humilde traje,
ni en los que penden de otra providencia,
por más que la fortuna los ultraje;
la vil necesidad no se declara,
ninguno la conoce por la cara,

Hasta aquí, aunque incapaz al desempeño,
mi corta pluma a bosquejar se atreve
de lo que Lima es sólo un diseño,
como el que cifra un mundo a mapa breve;
del contorno el país siempre halagüeño,
que a todo el año igual verdor le debe,
quintas descubre y mieses alternadas,
entre árboles y frutas emboscadas.

Los jardines que el Rímac fertiliza
Menfis los envidiara en sus primores;
borda cuarteles de su plata riza
y con líquidas perlas cuaja flores;
de tan vistosa variedad matiza
sus cristales teñidos en colores,
que el agua a la floresta semejante,
parece primavera naufragante.

Allí se ve en estanques represada
y en otro sitio en fuentes impelida;
de quieta allí, parece congelada;
de sutil, aquí en aire se liquida;
la vista duda, cuando más se agrada,
al verla espejo o flecha despedida;
y neutral, al querer hacer dictamen,
confunde la elección en el examen.

Calle Pomona en frutas, pues regula
las que puede contar en su distrito;
que aquí de innumerables a la gula
llega a alcanzar de cuenta el apetito;
cualquiera al gusto por la vista adula,
y pica al paladar más exquisito,
pues pendientes de ramas y pezones,
desde el árbol exprimen sus sazones.

Ceres su imperio en los contornos funda,
y anega en mieses una y otra falda;
y según la estación el aire inunda
en olas de topacio o de esmeralda:
ya la hoz siegue el cuello que fecunda,
o en parva, bruto pie huelle su espalda,
siempre entre las aristas mal deshechas,
guardan sus valles cerros de cosechas.

Tan fértil Baco a la campaña inflama
que hasta en lo estéril de la arena prende;
cuando el humor colérico derrama
los poros de una y otra vid enciende:
recata en sutil túnica la llama,
y ampollando el licor, en granos pende;
hierve en lagares la ambrosía exprimida,
materiales espíritus de vida.

Montes de olivos, a nivel plantados,
en escuadrón los valles hermosean;
al peso de sus frutos sazonados
vacilantes los troncos titubean:
las ramas con abrazos jeminados
a la abundancia y a la paz laurean,
pendiente el grano, de la luz renuevo,
de Minerva es licor, sudor de Febo.

La tierra, en otros sitios menos ruda,
cual dulce abeja que a la flor esquila,
y lo que chupa labra, aroma suda,
tejiendo en cañas hebras que el sol hila:
prensa tenaz el vástago desnuda
y la médula néctares destila,
que al delicado paladar desata.
ya corra en oro o se congele en plata.

De las arenas áridas renacen
rosas que alfombran cerros y collados
y de ganados que en sus cumbres yacen
a un tiempo están floridos y nevados;
entre la verde grama estrellas pacen
con la del firmamento equivocados;
y entre flores las pieles confundidas
parecen unas y otras producidas.

Cuanto en lid venatoria corre y vuela.
puebla quebradas y corona cerros.
que despluma el aleto sin piguela
o trincha escuadra de ventores perros;
si es que la mira el arcabuz nivela,
todo es blanco que al pulso excusa hierros,
bosquejando el valor en viento y tierra
una apacible imagen de la guerra.

Aquí las matas can rastrero tala
y al fiel olfato la perdiz barrunta,
si por huir del riesgo el viento escala,
boreal pirata a giros la repunta:
vuelan miedo y valor con igual ala,
lances librando en una y otra punta,
hasta que al vuelo el pájaro la prende
y en la garra colgada al aire pende.

Allá repecha el risco más peinado
el corzo, de los galgos perseguido;
parece en lo veloz viento animado
a quien la espuela hiere del latido;
busca en el precipicio su sagrado,
donde se ve del escuadrón ceñido,
y entre dos riesgos que el pavor le enseña,
del miedo hace valor y se despeña.

Los estanques, los ríos y los mares,
de conchas y de escamas defendidos,
en pesca ofrecen líquidos manjares,
de anzuelos presos o entre red tejidos;
los mismos elementos familiares
franquean ovas, vivares, grutas, nidos;
parece en la abundancia que tributan
que los podan aun más que los disfrutan.

De frutos en común y extraordinarios
vertió Amaltea su fecunda copia,
descerrajó sus fértiles erarios,
sin temer cause el gran consumo inopia;
sus provincias y reinos tributarios
tesoros fundan de cosecha propia,
pues recogen riquezas de sus eras,
como en otras regiones sementeras.

Potosí y Carabaya en plata y oro
del Perú son perennes manantiales;
Guancavelica es líquido tesoro,
mar de azogues, crisol de los metales;
vulgares cerros de inferior decoro
brotan de otros mercurios minerales
y en raudal de sus venas desasidos
corren beneficiados o fundidos.

Naturaleza pródiga reparte
su opulencia por fruto de la sierra,
y la aguja sutil que vientos parte
divide en rumbos senos de la tierra:
en busca de las vetas rije el arte
que a fuego y hierro las intima guerra;
y la que esconde el centro a su noticia
se descubre a la luz de la codicia.

LUIS ANTONIO DE OVIEDO Y HERRERA

Vomitan sus riquezas por la boca
las mismas que mordió diente avariento
y herrados troncos la deshecha roca
pisan con alternado movimiento:
su solidez en átomos desboca
aspa volante que devana el viento,
y el ímpetu de presa cristalina
al agua y al metal vuelve en harina.

Ligado en polvo el magistral digiere
de opuesta cualidad villana raza;
el azogue en espíritus inquiere
la preciosa materia a quien abraza;
incorporado en la que atrae se ingiere
y de su estrecha unión la desenlaza;
no deja poro a quien voraz no chupe
y en pella pura cuanto bebe escupe.

Mar y tierra, ya en conchas y ya en minas,
fragmentos de la luz del sol encierran,
y en perlas netas como en piedras finas,
centellas del abismo desentierran;
ilustrando montañas y marinas,
con precioso fulgor sombras destierran;
y parece estrellado el pavimento
retazo que sobró del firmamento.

....

Esta, pues, corte de la cipria diosa,
emporio celebrado de Amaltea,
del cielo que la influye copia hermosa,
precioso erario de la luz febea;
metrópoli del orbe deliciosa,
real de Palas, tribunal de Astrea,
pobló Pizarro, aquel Marte segundo,
que en sólo esta ciudad fundó otro mundo.

Aquel.... pero del plectro desconfío
que disuena al sumar tántos blasones;
influyeme tu idioma, heroica Clío,
que está ensayando en elogiar facciones;
déme la Fama de su pluma el brío,
y el arte militar dé las razones:
que todos son capaces instrumentos
para cantar hazañas, nó portentos.

Borre la antigüedad ya los anales
en que grabó Alejandro sus victorias;
cedan los Scipiones y Anibales
al que puso en olvido sus memorias;
gocen futuros siglos inmortales
imagen nueva a militares glorias
en Héroe tal, a quien la gloria aclama
por único, por Décimo la Fama.

A otras empresas arduas, si posibles,
pudieron dar los medios confianza;
sólo Pizarro conquistó imposibles,
sin mando, sin poder, sin esperanza:
montes domó de espuma inaccesibles,
sierras que ni a medir la vista alcanza,
sin más pertrechos y sin más guerreros
que su valor y doce compañeros.

Tifis osado, diestro Palinuro,
guió sus Argonautas con pie incierto,
batiendo al Sur el no violado muro,
de leme roto ni de quilla abierto;
sin Norte, sin derrota, halló seguro
rumbo entre escollos al peruano puerto,
que en sus cerros ofrece al peregrino
esquilmos del dorado vellocino.

UIS ANTONIO DE OVIEDO Y HERRERA

Puesta en arma, brotó la feraz tierra
como espigadas haces varias gentes;
armáronse los valles y la Sierra
de altos riscos, de rápidas corrientes;
naturaleza inculta el paso cierra
al pie español, que hollando a riesgos frentes,
allanó en desiguales horizontes
montañas de indios, piélagos de montes.

La fragosa nevada cordillera
que al cielo parte y al Perú divide;
tan rígida, que no hay ave ni fiera
que en sus entrañas áridas anide,
escaló su veloz planta ligera,
y al repecharle el aire tal vez mide,
pues donde a penetrar él no se arroja,
sus dos veces volante campo aloja.

Millones de indios al conflicto fiero
como avenidas de raudal corrían;
contra cada español, monte de acero,
con un formado ejército embestían:
al contrario por sí cada guerrero,
cuando sus diestras rayos esgrimían,
parecía, son ser solo, a tal gloria,
que era escuadrón, ejército, victoria.

Cual suele segador en la campaña,
por uso endurecido en las fatigas,
haciendo de la hoz fatal guadaña,
ir derribando ejércitos de espigas,
así nuestros belígeros de España
iban segando huestes enemigas,
sin hallar en defensas embarazo,
por ser del temple de su acero el brazo.

La hambre, la sed, la desnudez sufrieron,
cuanto mortales fuerzas no alcanzaron:
cada elemento en su región vencieron
y su rebelde obstinación domaron;
millones de tesoros adquirieron
y millones de hombres conquistaron,
para que a Dios y al Rey, con más decencia,
se dilatase el culto y la obediencia.

¡Oh. Españoles! ¡Oh ilustre Campeón fuerte
de quien copió el Valor sus bizarrías,
vive, pues te erigió estatua la Muerte
en el blasón de tus cenizas frías:
que aunque en polvo el cadáver se convierte,
archivo de tu nombre son los días,
para admirar los siglos en tu ejemplo,
y tu sepulcro de la Fama templo.

A una y otra célebre Coluna
que en la tumba del Sol fijó el Tebano
la colocaste hasta su propia cuna,
por confín del estrecho Magallano,
donde grabó el "Plus Ultra" tu Fortuna,
abriendo paso al nuevo Imperio Hispano,
que con la Borla, que al laurel enlaza,
las vasas de los dos polos abraza.

Labró tu acero, en sangre de Ingas tinto,
aquel cerro imperial del Nuevo Mundo,
que se empezó a tornear en Carlos Quinto
y se perficionó en Carlos Segundo,
en nombre y en valor nada distinto,
tronco, en fin, de laureles tan fecundo
que sus renuevos son triunfos perenes,
trepando de sus manos a sus sienes.

LUIS ANTONIO DE OVIEDO Y HERRERA

Digno Vasallo de tan grande Imperio,
Monarca digno de tan gran Vasallo,
Carlos, al fin, que a tánto ministerio
pudo entre sus hazañas educallo;
César invicto que, tratable y serio.
el Tronó gobernó desde el caballo,
y en ambas sillas, Alejandro y Numa,
dió leyes con la espada y con la pluma.

Cuando en campaña su valor regía
los Españoles, Belgas y Germanos,
triunfando de la pérfida herejía,
siendo columnas de la Fe sus manos;
al mismo tiempo Dios le descubria
los extendidos Reinos Peruanos,
y por el alvis que corrió escarlata
dió arenas de oro en Marañón, y plata.

Los abismos de errores y de engaños
la nave de la Iglesia zozobraban,
Africa y Asia en sus comunes daños
con diluvios de sectas se inundaban:
al Supremo Pastor gruesos rebaños
los lobos de la Europa le robaban;
y asi fué menester un mundo nuevo
donde plantar de nuestra fe el renuevo.

Dominaba el Perú con nombre de Inga
Huayna Cápac de estirpe venerada,
sin que el tiempo su real prosapia extinga,
por más de cuatro siglos derivada;
no hay distancia o guarismo que distinga
su imperio y su riqueza inmoderada,
y por Hijo del Sol la infiel creencia,
envuelta en culto le juró obediencia.

Humo impuro exhalaban sacrificios,
en que el Sol de ofendido se escondía,
por no mirar tan cara a cara vicios
que quisieron hacer cómplice al día:
la Noche en sus obscenos ejercicios
horrores con errores confundía;
la tierra atrocidades abortaba
y escándalos el aire respiraba.

Rendían ciegos, por antiguo rito,
adoración al Príncipe de Averno
a Idolo y aras con igual delito
los infamaba el torpe error alterno:
las tres Furias Sirenas del Cocito
poblaron en las Indias otro Infierno,
para que las maldades sin disculpa
coronasen la culpa con la culpa.

Veneraban de Luna y Sol la lumbre
e inmundos animales otras veces;
sin ley eran por bárbara costumbre
de la Deidad que atribuían Jueces;
broncos altares de una y otra cumbre
dedicaban a víctimas y preces;
cometiendo torpezas tan atroces
que al irlas a explicar se huyen las voces.

Pero ofendido Dios del culto vano
en que se acostumbró su infiel malicia,
condujo, en vez de ejércitos, hispano
escuadrón de católica milicia;
corrigió sus errores por su mano,
en su piedad templando su justicia,
pues de ley y dominio mejorados,
con el castigo los dejó premiados.

LUIS ANTONIO DE OVIEDO Y HERRERA

Esta tierra erial, bárbara, inculta,
que en los Indios produjo su maleza,
y del comercio humano tuvo oculta
avergonzada en sí Naturaleza,
mereció derramase mano culta
el grano de la Fe, con tal destreza,
que el auxilio, cual reja, abrió barbechos,
rompiendo dulce, montaraces pechos.

En macollas creció la mies divina
al sudor de evangélicos obreros,
sembrando la católica doctrina,
los hijos de Domingo los primeros;
norte vocal su espíritu encamina
a náufragos por nuevos derroteros,
moviendo a catecúmenos feroces
con su ejemplo, mejor que con sus voces.

Dígalo el gran Valverde, aquel Prelado,
de esta nave eclesiástica Piloto,
que al ver el Evangelio despreciado,
rompió la guerra con furor devoto;
al clarín de su voz siguió esforzado
nuestro escuadrón, y a fuer de terremoto,
los Indios asoló con tal victoria,
que borró de los Ingas la memoria.

¡Oh ilustre Religión de Religiones
que asestando con docta batería
lenguas por rayos, plumas por cañones,
los muros derribáis de la herejía,
pasando a las antárticas regiones
a quebrantar la bruta idolatría,
donde templando pulsos al terreno,
dura cerviz domáis con dócil freno!

Quién podrá referir varones tántos
como en prensas sudaron sus desvelos,
en púlpitos y cátedras o a cuantos
les dictaron las cláusulas los cielos?
¿Quién el copioso almácigo de Santos
de Magisterios, Mitras y Capelos?
¿Quién los muchos que siendo antorcha clara
de nuestra Fe, ciñeron la Tiara?

Columna de la Iglesia Militante
sois, que sustenta su sagrado peso,
tan esforzados, que como otro Atlante,
con los brazos al Cielo tenéis preso;
su justo Imperio, nunca vacilante,
debe a vuestras fatigas su progreso;
familia, al fin, de aquel Guzmán sagrado,
que copió en cada hijo un fiel traslado.

Y así el Cielo, en retorno agradecido,
premiándoos el trabajo de la empresa,
con una Rosa os ha restituido
cuanto en vuestros afanes interesa:
la tierra que de nuevo ha florecido,
aunque de varias flores se empavesa,
con la Rosa que ofrece por tributo,
el tiempo desquitó, que no dió fruto.

Brotando aromas, desplegando olores,
néctar desabrochando en alhelíes,
cual alba entre nevados resplandores
o aurora entre celajes carmesíes,
nació Rosa en Abril, mes de las flores,
y en Lima, que su azahar cambió en rubíes,
pues por darla en la Patria más estima,
no pudiendo en el Cielo nació en Lima.

-UIS ANTONIO DE OVIEDO Y HERRERA

Lima es sólo quien pudo merecerla,
como corresponder a su fortuna:
en riqueza, por nácar de tal perla;
en nobleza, por ser de esplendor cuna;
en la ciencia, por sabia en conocerla;
en virtud, por católica coluna;
y en el sitio, por ser su primavera
pedazo desasido de la esfera.

LUIS ANTONIO DE OVIEDO Y HERRERA

CONDE DE LA GRANJA

(1680—1717)

10 SONETO

EN CELEBRACION DEL NATALICIO DEL REY D. FELIPE V

FELIPE o Marte, pues planeta quinto
sois, si él del cielo, vos del orbe hispano;
tan uno, en lo guerrero y soberano,
que sólo en excederle sois distinto.

Gran nieto de ambos Carlos, cuyo extinto
espíritu renace en vuestra mano:
el Bátavo lo diga y el Britano,
o vuestro estoque ya en su sangre tinto.

El Imperio Germano al vuestro cede;
Lusitania os aclama (aunque alevosa)
conquistador a un tiempo y heredero.

Ya Italia dar a Europa ley no puede
como antes, porque teme en voz medrosa,
más que el brazo del cetro el del acero.

PEDRO PERALTA Y BARNUEVO

(1663—1743)

11 SONETO

EN LA MUERTE DEL VIRREY CASTELL-DOS-RIUS

MURIO el gran Sentmanat, y en su ceniza
yacen poder, grandeza y lucimiento,
donde advierte caduca el sentimiento
la eternidad que el mundo inmortaliza.

La Fama, que ya el duelo solemniza,
de oscuras penas enlutando el viento,
negras las alas y con ronco acento
su nombre a desengaños eterniza.

Caminante, su fin allí te expresa
que la que en él logró feliz victoria
brilla en más alta eternidad impresa.

Atiende a lo que ves en su memoria;
si a su sombra, breve urna es mucha huesa,
el orbe es corta tumba, si a su gloria.

P. PEDRO GONZALEZ

(1779)

12 DELANTE DE JESUCRISTO CRUCIFICADO

Si el haberte yo ofendido,
Señor, te tiene enojado,
Mírate crucificado
Y mírame arrepentido.
Ya conozco lo que he sido
Y sé también lo que soy
Y el mal estado en que estoy,
Por cuyo conocimiento
Lo que he sido y soy lo siento
Y me pesa desde hoy.

EL DOLOR QUE TUVO MARIA SANTISIMA VIENDO A SU SANTISIMO HIJO CORONADO DE ESPINAS

Los arroyos de sangre
De la corona
Como están entre espinas
Parecen rosas

PETICION

Alcanzad, gran Señora,
Que esas espinas
Saquen de nuestros ojos
Lágrimas vivas.

TORIBIO BRAVO DE LAGUNAS

(1754—1884)

SONETO

Yo que al mundo y sus vicios entregado
Tantos años, Señor, triste he vivído,
A tus divinos pies arrepentido
Vengo a llorar mi culpa y mi pecado.

Tarde llego, Señor, pero he llegado;
Tu clemencia y bondad me hace atrevido,
Pues siempre con agrado has recibido
A quien, dejando el mundo, te ha buscado.

De tu rebaño oveja soy perdida,
Pródigo soy que al padre ha abandonado,
Reo que a la Magestad tiene ofendida.

Mas la dulce esperanza en mi se anida
Al contemplar, Señor, que en tí he hallado
Padre, Dios y Pastor, salud y vida.

PABLO DE OLAVIDE Y JAUREGUI

(1725—1803)

14 ## SALMO CXXXVI

SUPER FLUMINA BABYLONIS

SENTADOS a la orilla de los ríos,
qne a la soberbia Babilonia bañan,
vertíamos un llanto dolorido
con la memoria de Sión amada.

Ya pendían colgados en los sauces
nuestros órganos, laudes y guitarras,
todos los instrumentos que otras veces
con tan dulce placer nos deleitaban.

Porque los mismos que nos han traído,
y que nuestra nación han hecho esclava,
querían que cantásemos por fuerza
nuestras canciones dulces y sagradas.

Los mismos que del suelo natalicio
nos arrancaron con violencia tánta,
nos decían: cantadnos los cantares
que se suelen cantar en vuestra patria.

PABLO DE OLAVIDE Y JAUREGUI

Pero ¿cómo cantar con tántas penas,
cómo cantar tampoco en tierra extraña,
cómo cantar los himnos religiosos
en región tan infiel y tan profana?

¡Oh tú, Jerusalén! que otra vez fuiste
del templo del Señor la mejor Arca,
si de tí me olvidare ni un momento,
que mi mano derecha quede manca.

Si de tí no me acuerdo de continuo
con memoria tan viva como grata,
y si no me propongo que tú sola
de todos mis placeres seas causa,

Que en la boca mi lengua se me seque,
y que a mi paladar quede pegada,
a fin de que otra vez cantar no pueda
de nuestro culto las canciones sacras.

Acuérdate, Señor, de la violencia
de los hijos de Edom y de su saña,
de todo lo que hicieron en el dia
en que Jerusalén quedó arrasada.

Y de cómo decian destruídla,
echadla por el suelo y destrozadla,
arrancad hasta el último cimiento,
que caiga todo, y que no quede nada.

¡Oh miserable, oh pérfida, oh inicua
hija de Babilonia desdichada,
dichoso aquel que lograra pagarte
los males que nos hizo tu vil rabia!

¡Dichoso aquel que con su propia mano
coja las criaturas que en ti nazcan,
las tome por los pies, y luego pueda
contra tus mismas piedras estrellarlas!

MARIANO MELGAR

(SIGLO XIX)

15 AL AUTOR DEL MAR

¡QUE grande, que estupenda maravilla!
¡Asombroso crear! El pensamiento
Se abisma....... ¡Oh, elemento!
¡Oh, grandeza en que brilla
Sin poderse borrar en sumo grado
La grandeza del Dios que la ha creado!

El mar inmenso viene todo entero.
Ya parece tragarse el continente,
Aviva su corriente,
Y en eterno hervidero
Choca, vuelve a chocar, ¡ya sobre el mundo
Mayor que el primer golpe da el segundo!

Porque una peña firme le resiste,
Contra ella va, la mina, la combate;
Si su furor rebate,
Con furor nuevo insiste,
De un salto dan sus aguas en la peña
Y un salto a otro más alto las empeña.

En su batir, de ruido el aire llena;
Con un alma eternal vivir parece;
Si se estrecha, si crece,
Susurra siempre y truena;
Y en las colinas que le ven temblando
De una a otra el eco corre retumbando.

¿Cómo es que dura aún la débil tierra
Si todo un mar insiste en destrozarla?
¿Quién puede sustentarla
En su incesante guerra?
Ya debería toda deshacerse
Y a este impulso en arenas resolverse.

Pero nó; las arenas deleznables
Se juegan con el mar y su bravura:
La infinita llanura
En iras implacables
Sale y arrasa todo..,.... dió en la arena,
¡Ya no es más: besa humilde su cadena!

Así lo mandó el Ser que no quería
Que el grande mar su imperio le usurpase,
El mandó que no pase:
Sinó, ya se vió un día
Que alzó su ley, y el Rímac profanado
Sal bebió, hacia los Andes rechazado.

Sabias leyes mandó que obedeciera
Para que al hombre sirva y no amedrente;
Y humilde y obediente
Desde la vez primera
No osa salir, ni sabe otro camino
Que el señalado por su autor divino.

Aunque la luna por sobre él pasando
Quiera llevarse su caudal, y eleve
Sus aguas, porque pruebe
Resistir aquel mando,
No lo hará: antes aumenta su muralla,
Y a par de su furor crece la valla.

Por la exterior corriente las oleadas
Vendrán más y más fuertes hacia dentro;
Pero ellas a su centro
Volverán humilladas:
Una a otra han de cortarse la corriente
Y servirse de grillos mutuamente,

Cuando más aguas levantando vienen
Ya las otras cejando se retiran;
Y como opuestas giran,
Se chocan, se retienen,
Las de allá se alzan más, con fuerza tánta
Que al desplomarse su furor espanta.

Revuelven las arenas con su espuma,
Y encrespadas la playa van trepando;
Poco a poco calmando
Su peso las abruma.
Ruedan a engrillar a otra, y de esta suerte
Sólo es para un placer su enojo fuerte.

Blanca toda la orilla se presenta:
Es un gusto a las olas acercarse,
Seguirlas, retirarse;
Y mirar cómo aumenta
Su reflejo, la luz que viene dando
El sol en las de atrás reverberando.

A ponderar entonces nos convida
Los bienes que produce en todo el mundo;
Cómo riega fecundo
La tierra, y nos da vida;
Y cómo sin él fuera el continente,
Pavoroso desierto solamente.

De aquí hasta donde raya el horizonte
Se ve criar la blanquecina nube;
Se exhala, crece y sube;
Y al valle, al prado, al monte
Va a dar frescura y riego, y sus corrientes
Sustentan y producen los vivientes.

Por hacer sus influjos inmortales
En las altas montañas se recuestan;
Y en sus senos aprestan
Los inmensos raudales
Que socorren al Chili miserable
Y hacen al Marañón tan respetable.

El mar, aun al que habita algun planeta
Quiere auxiliar adonde el sol no alcanza:
Allá la luz se avanza
De esta llanura inquieta;
Y para el que en la luna luz no viera,
La tierra es por su mar grande lumbrera.

¿Pero es dado a un mortal cantar los bienes,
Oh, Mar, que en tí dejó la Providencia?
De su dulce clemencia
Tú mil tesoros tienes.
¡Ah! por tí al Nuevo Mundo pasó un dia
El mayor bien que un Dios hacer podía.

Eterno Rey del mar: sólo tu ciencia
Dará a tu don su precio verdadero.
Yo en tanto añadir quiero
Este himno a tu clemencia.
Cuando al profundo mar me haya entregado,
No niegues a tu hechura tu cuidado.

MARIANO MELGAR

(SIGLO XIX)

YARAVI

TODO mi afecto puse en una ingrata;
Y ella inconstante me llegó a olvidar.
Si así, si así se trata
Un afecto sincero,
Amor, amor no quiero,
No quiero más amar.

Juramos ser yo suyo y ella mía:
Yo cumplí, y ella no se acordó más.
Mayor, mayor falsía
Jamás hallar espero,
Amor, amor no quiero,
No quiero más amar.

Mi gloria fué en un tiempo su firmeza;
Y hoy su inconstancia vil me hace penar.
Fuera, fuera bajeza
Que durara mi esmero,
Amor, amor no quiero,
No quiero más amar.

JOSE J. DE OLMEDO

(1780—1847)

17 CANCION INDIANA

ENTRE las sombras mudas,
Por esta alzada loma,
Yo busco a mi paloma
En alas del amor.
  Yo voy a sorprenderla
Allá en su mismo nido,
Solitario y querido,
Antes que nazca el sol.

  La di un hilo de cuentas,
Que siempre al cuello lleve:
Tres, blancas cual la nieve,
Indican su candor;
  Tres verdes, mi esperanza
De gozar sus favores:
Tres negras, mis temores;
Y tres rojas mi amor.
Yo voy a sorprenderla
Antes que nazca el sol.

Cual conchita de nácar
De perlas guarnecida,
Su boca reducida
Exhala grato olor.
Sus ojos, de paloma
Que arrulla lastimera;
Su larga cabellera,
Es un campo de arroz.
Yo voy a sorprenderla
Antes que nazca el sol.

Sus mágicas palabras
Son bálsamo suave
Que las heridas sabe
Curar del corazón.
Sus pechos son cabritos
En un dia nacidos
De una madre paridos
Y de un mismo color,
Yo voy a sorprenderla
Antes que nazca el sol.

Cubra su dulce aliento
De sombra voluptuosa,
Esta hacha luminosa,
Que mi amor encendió.
Yo alegraré su seno,
Cual alegra el rocío
En el ardiente estío
Las yerbas y la flor.
Yo voy a sorprenderla
Antes que nazca el sol.

¡Oh Mila!, que yo vea
Pendiente de tu seno,

Y de mil gracias lleno
El fruto de mi amor
No temeré, mirando
Su sonrisa agraciada,
Ni la vejez helada
La muerte ni el dolor,
Yo voy a sorprenderla
Antes que nazca el sol.

La Patria en él poniendo
Su gloria y su esperanza,
Le fiara la venganza
De su ultrajado honor.
Y meciendo su cuna,
Fumaré en paz sabrosa
Mi pipa deleitosa
Cantando esta canción,

"Entre las sombras mudas
Por esa alzada loma
Yo busqué a mi paloma
Antes de ver el sol.
Yo vine a sorprenderla
Aquí en su mismo nido,
Solitario y querido,
Y aquí pagó mi amor".

JOSE J. DE OLMEDO

(1780—1847)

18 SONETO

EN LA MUERTE DE MI HERMANA

¿Y eres tú Dios? ¿A quién podré quejarme?
Inebriado en tu gloria y poderío,
¡Ver el dolor que me devora impío
Y una mirada de piedad negarme!

Manda alzar otra vez por consolarme
La grave losa del sepulcro frío,
Y restituye, oh Dios, al seno mío
La hermana que has querido arrebatarme.

Yo no te la pedí. ¡Qué! ¿es por ventura
Crear para destruír, placer divino,
O es de tánta virtud indigno el suelo?

¿O ya del coro absorto en tu luz pura
Te es menos grato el incesante trino?
Dime, ¿faltaba este ángel a tu cielo?

JOSE MANUEL VALDES

(SIGLO XIX)

SALMO XXIII

19 DOMINI EST TERRA

DEL Señor es la tierra,
Y todo lo que en ella se contiene;
Su vasta redondez, cuanto ella encierra,
Y todos los vivientes que en sí tiene.

Porque la crió de nada;
Sobre mares y ríos le dió asiento,
Para que, de aguas sin cesar bañada,
Diese a sus moradores alimento.

¿Y quién al monte santo
Del Señor subirá para alabarle?
¿Quién en el valle de miseria y llanto
Podrá ante su Santuario contemplarle?

Aquel que es inocente
En sus obras y afectos, cuya vida
Dedicada a servirle santamente,
No le fué sin provecho concedida;

Que nunca falso jura,
Ni á su prójimo engaña con malicia,
Y sus palabras conformar procura
A la eterna verdad y la justicia.

Al que en esto es constante,
Bendecirá el Señor; será regido
Por Dios su Salvador, y en todo instante
Por su misericordia protegido.

Así al justo consuela,
Que le busca por fe en las criaturas,
Y cuyo amante corazón anhela
Ver al Dios de Jacob en las alturas.

¡Príncipes celestiales!,
Abrid las puertas y entonad victoria:
Levantáos, ¡oh puertas eternales!,
Pues viene el Rey á entrar en su alta gloria.

¿Quién es, decís pasmados,
Este Rey de la gloria, el poderoso y fuerte
Señor, que combatiendo, derribados
Ha dejado al infierno y a la muerte?

De vuestra corte el velo,
¡Oh príncipes!, alzad: sagradas puertas,
Abríos, para que entre el Rey del cielo,
Por cuyo triunfo quedaréis abiertas.

¿Quién es el Rey laudable
Que entra triunfante en la celeste esfera?
El Dios en las batallas formidable;
El Rey que en todo el universo impera.

JOSE PEREZ DE VARGAS

(1776—1855)

LETRILLA PASTORIL

20 A GLICERA

DESPUES del crudo Invierno,
En la estación florida,
Todo belleza y vida,
Todo respira amor;
La tórtola en la selva
Vuelve a formar su nido,
Y canta allí escondido
El tierno ruiseñor.

Retoza entre las flores
El suave Zefirillo,
Vuelve a cobrar su brillo
La tierra, el cielo, el mar;
Los Faunos y las Driadas
Al són de sus panderos
Acentos placenteros
Se ponen a entonar.

Las olas desafia
La cóncava barquilla,
De Tetis en la orilla
Se afana el pescador;
Al monte, al valle, al río
Con la zampoña al lado
Conduce su ganado
El próvido pastor.

¡Oh! Si la lira délfica
Diestro templar supiera,
Cantar la Primavera
Hoy fuera mi placer;
Cantara yo del campo
Las plantas y las flores,
Y mil y mil primores
Que en él solemos ver.

Mas nó. A más noble empresa
Ya mi Camena aspira,
Ya la virtud me inspira
Su fuego animador;
Sí, la virtud más pura,
Dón singular del Cielo,
Que bajo mortal velo
Nos muestra su esplendor.

No así la flor del prado,
No así el verdor del monte,
No muestra el horizonte
Tan bella claridad;
Cual brilla en tí, Glicera,
De un modo insigne y claro
Ese conjunto raro
De honor y de beldad.

¿Quién con tan digno objeto
Enmudecer podría,
Sin celebrar el dia
Que vida y luz te dió?
Pues ya desde la cuna,
Sabia Naturaleza
Junto con la belleza
Honor te prodigó.

Las Gracias te educaron
En este suelo hermoso,
Do el Rímac bullicioso
Rinde tributo al mar;
Aquí solías las flores
Pedirle al prado ameno;
Y con ellas tu seno,
Y tu frente adornar.

Aquí en el verde tronco
Del árbol mas lozano
Solía tu tierna mano
Letreros esculpir;
Letreros, que leídos
Por todo pasajero,
El Eco lisonjero
Gustaba repetir.

Un límpido arroyuelo
De espejo te servía,
Tu rostro en él se vía
Rosando en su color;
Esa sonrisa plácida,
Ese ademán modesto,
Ese mirar honesto
Mostraba tu candor.

Ya en medio de tus hijos,
Esposa y madre amante
Te ocupas incesante
En su prosperidad;
Ya bordas, ya dibujas,
Ya entonas sobre el piano
Del pueblo peruviano
La cara libertad.

Hoy tierno amor recíproco
Te liga a tierno esposo,
El es por ti dichoso,
Dichosa eres por él;
Jamas la vil discordia
Turbó la paz entrambos,
Siempre gozásteis ambos
De amor el más fiel.

Vive y prospere el cielo
Los años de tu vida,
Y la Parca homicida
Respete tu virtud;
Vive, y tu prole al lado
De tan virtuosa madre
Iguale a tu buen padre
En dicha y rectitud.

JOSE PEREZ DE VARGAS

(1776—1855)

21 A LICINIO

ANACREONTICA

MEJOR Licinio mío
Podrás pasar la vida,
Si tu nave atrevida
No engolfas el mar;
Ní a la fatal ribera
Con ánimo cuitado
La arrimas demasiado,
Temiendo naufragar.

El que a un prudente medio
Se atiene, bien lo pasa
En una pobre casa
Sin susto, sin temor;
Ni le envanece el lujo
De un palacio encumbrado;
Contento con su estado
No tiene un sinsabor.

Mas pronto el Austro, el Noto
Destroza, rompe, arruina
A la soberbia encina
Que firme se creyó.
Con más ruidoso estruendo
Cae derribada al suelo
La torre que hasta el cielo
Ayer casi llegó.

Veloz corriendo el rayo
Sobre nuestro horizonte
Del más alzado monte
La cumbre viene a herir.
En la desdicha espera
Un alma bien formada
Que de la suerte airada
Triunfante ha de salir.

Teme si la fortuna
Propicia le sonríe,
Y el aura no la engríe
De la prosperidad.
El proceloso invierno
Siempre no persevera;
Torna la Primavera
Huye la tempestad.

Si el cielo en oprimirte
Hoy con rigor porfía;
Tal vez esotro día
Propicio te será:
También la lira a veces
Tañe el divino Apolo,
No con el dardo solo
Siempre asestando está.

Muéstrate en las desgracias
Grande, animoso y fuerte;
El despreciar la muerte
Es saberla vencer.
Y si, aunque favorable,
Te sopla recio el viento,
Tus velas al momento,
Cuida de recoger.

JOSE MARIA DE PANDO

(1787—1840)

EPISTOLA A PROSPERO

¡GUERRERO excelso!, si benigno atiendes
De un vate a los acentos, no receles
Que vil lisonja contamine el verso,
Aunque cabe las moles habitara
Que al cielo empinan la soberbia cumbre,
Do bajo el brillo de techumbres áureas
A los solios en torno velan siempre
La torpe adulación, la fraude, el dolo;
Jamás mi pecho al seductor contagio
Se rindió; ni jamás ante las aras
Del Vicio, o del Poder, ofrecí incienso.
Y cuando aspiro las salubres auras
De libertad, que soplan desde el Ande
Por tu penacho ondeante suscitadas
¿Prostituiré la majestad del plectro,
El honor de mi Patria y tu alto nombre,
Con loores serviles? — ¡Antes caiga
Sobre mi cuello la segur ibera,
Y mi nombre se entregue a infamia eterna!

¿Ni qué alabanza a tu sublime esfuerzo
Adecuada sería? ¿La trompa heroica
Celebró nunca tan grandiosos hechos?
¿Qué son de Aquiles la ira, los trabajos
Del hijo de Laerte, ni del Lacio
La conquista famosa, comparados
Con el tema inmortal que tú presentas?
Medio planeta emancipado; rotas
Cadenas de tres siglos, remachadas
Por la superstición y el fanatismo;
Despedazada la ominosa página
Que a los ciegos mortales inculcaba
De "legitimidad" el impío dogma;
Y en su lugar profundamente escultos
Los derechos del hombre imprescriptibles
Que el Supremo Hacedor le concediera......
He aquí, Próspero, tu obra portentosa
Que aterra al genio que cantarla osase.
Su adamantino escudo la Constancia
Ante tu pecho sin cesar tendiera;
Y en tres lustros de afanes y combates
Tu cuadriga impertérrito hostigando
Del Orinoco al Apurímac raudo,
Bajo tus pies la inmensa cordillera
Sus cimas aplanó porque sellaras
En Junín y Ayacucho los destinos,
No de América sola, — de la tierra.
¡Ayacucho, Junín, nombres suaves!
¿Hay corazón tan duro americano
Que al recordar los campos venturosos
De gratitud y gozo no palpite?
¡Oh, quién diera a mi voz robusto acento
Y a la mente inflamada estro divino
Para ensalzar vuestro denuedo heroico

Nobles propugnadores de mi Patria!
Timbre y orgullo del peruano suelo
Que el férreo hispano yugo quebrantásteis,
¡Esforzados campeones!, os tributo
De respeto y amor puro homenaje.
Vivid profundamente en la memoria
De todo americano, mientras haya
Virtud y honor en los humanos pechos;
Y sobre los sepulcros do descansan
Las cenizas ilustres de los mártires
De nuestra independencia, que florezcan,
Cabe el alto laurel inmarcesible,
Fragantes violas y purpúreas rosas.
  Ya marcial gloria te sació. Victoria,
Con alas rutilantes, sobre el asta
De la bandera tricolor fijóse;
Y desde Tumbes a la cima helada
De Potosí argentífero, tremolan
Los triunfantes pendones que dividen
De albo y rojo matiz tres zonas bellas.
Cual leve arista el aquilón furioso
Disipaste las huestes opresoras.
Asaz, asaz regaste los altares,
Sacros a Libertad y a la venganza,
Con la terrible y necesaria ofrenda
De sangre de tiranos y de esclavos.
Suspende en alto ese fulmíneo brazo
En acto de amagar. Tan sólo el brillo
De tu terrible espada infunde espanto
Al déspota sañudo, y al insano
Fautor de turbulencia. Es tiempo, Próspero,
Que en torno al lauro que la sien te ciñe—
Pues con desprecio miras la diadema
Que con falso esplendor deslumbra al siervo—

De dulce oliva rama se entreteja
Cuyo verdor pacífico presagie
Próximo fin de nuestra larga angustia.
   Tiende, Señor, tu penetrante vista
Por esta tierra de dolor, marchita
Do quiera que la holló la planta impura
Del insolente Godo.—Campos yermos,
Pueblos quemados, huérfanos, viudas,
Luto, tristeza, lágrimas, silencio,
Tan sólo advertirás. Cada familia,
Reducida a indigencia, llora víctimas
Sacrificadas al orgullo estólido
O la feroz codicia del tirano.
Las santas leyes su benigno imperio
Perdieron. Aflojáronse los lazos
Que el doméstico hogar hacen tan grato;
Y estragadas costumbres y egoísmos,
La sociedad minando en su cimiento,
Disolución parece le amenaza.
   ¿Quién podrá reparar males tamaños
Con imparcial tesón, sino tú mismo,
Amaestrado a la par por las lecciones
De adversidad y de filosofía?
¿Quién sofocar podrá del monstruo infando
De la anarquía las cien cabezas de hidra
Sino tu hercúlea respetada mano?
Piloto experto fuiste en la borrasca
Cuando roto el timón, rota la antena,
Rugian los vientos en discordia horrenda:
Ora, guía la nave al puerto ansiado,
De festones alegres coronada,
Y la Esperanza sobre la alta prora.
En tu grande alma, no, caber no puede
Pensamiento mezquino; aqueste suelo

De los Incas, salvaste; ¡él es tu patria
Como la margen del feliz Catuche!
Bello es triunfar en las sangrientas lides,
Y bajo el pie del espumante bruto
Del postrado enemigo hundir la frente;
¡Cuánto mas bello aún de Jano el templo
Cerrar las férreas puertas con la diestra
Que aterró a las falanges orgullosas,
Fundar de Astrea el reino, y a la sombra
De las erguidas palmas de Gradivo
Dar al pueblo la paz y bienandanza!
De tántos que azotaron a la tierra
Con su loca ambición y sus hazañas
De ominoso renombre, ¿qué vestigios
El filósofo observa? Soledades
Formadas por su espada, o bien ruina
De pirámides tristes, amasadas
Con el sudor y lágrimas de esclavos.
De luto se reviste, se estremece
Naturaleza cuando nace un héroe.
¡Cuán diferente, Próspero, es la gloria
Noble, pura, inmortal, que te circunda!
De la abyección infame de colonos
A la alta dignidad de ciudadanos
Nos levantaste tú, contento sólo
Con ser de ellos primero; desdeñando
Esa púrpura regia, que consume
Con veneno fatal, cual la funesta
Dádiva recibida por Alcides
Del celoso furor de Deyanira.
Deja ladrar a la calumnia infame
Que en todos tiempos vierte su ponzoña
Sobre la alma virtud. ¿Vivir no quieres
En los siglos futuros? pues desprecia

Ruines clamores, miramientos vanos,
Acaso ingratitud: tu misión cumple;
El duro casco y la coraza arroja;
Y la cándida toga revistiendo,
Dócil a las inspiraciones de Minerva,
Sabias, justas, estables, danos LEYES.
De la inconstante Atenas la discordia,
Por facciones frenética rasgada
Y el injusto furor del ostracismo,
Hasta que bajo el yugo de Filipo
La altanera cerviz triste humillara
Tú nos haras huir. No de la adusta
Bárbara Esparta ejemplo tomaremos,
Ciegamente admirando sus virtudes
Insociables y atroces. Ni la gloria
Será que nos deslumbre de los hijos
De Quirino feroz, tras cuyas huellas,
Con torrentes de sangre señaladas,
Servidumbre espantosa y exterminio
Al mundo todo enmudecer hicieron:
Mientras en plebiscitos tumultuarios
La agraria ley contaminó los rostros;
Y allí donde se oyeron los acentos
De Tiberio, de Cayo, y Marco Tulio,
Se vió el tremendo tribunal de Sila
Sobre cráneos de víctimas erguido,—
Y expiró libertad. En vano, en vano
César cayó bajo el puñal de Bruto,
Ella despareció; que nunca mora
Entre hombres corrompidos, devorados
Por vicios torpes y por sed del oro.
¡Oh de insensata Galia dura suerte!
¿No lo pregonas con terribles ecos?
Del humilde tugurio al alto alcázar

La segur se paseó con feral pompa
Sin cansarse jamás; ni edad, ni sexo,
Ni virtud, ni conciencia, desarmaron
La delirante furia demagógica,
Que ¡Igualdad! ¡Libertad! gritando siempre
A los crudos verdugos aguijaba,
Hasta que sobre escombros y cadáveres
Levantó Despotismo la audaz frente,
Y el indignado y oprimido pueblo
Cual presente del cielo le aclamara.
   Y tú, Iberia infeliz, envuelta en duelos
Sin consuelo ni término; tú, albergue
Perenne de dolor y de impericia,
Que de la teocracia el yugo besas
Sin saber ni servir ni emanciparte,
¿A los pueblos atónitos no clamas
Con voz desfalleciente, que se aparten
De ese horrible sendero que condujo
Perpetuamente a perdición y ruina?
   ¡Oh tierra de Colón! ¡oh Patria mía!
Si escarmiento fatal no te alecciona,
Si dañosas y pérfidas doctrinas
E hipócritas consejos no rechazas;
¡Antes que verte en la carrera odiosa
De disensión, de llanto y de licencia
Mis tristes ojos dura parca cierra!
   Mas no: presagio mas risueño invoco,
Huésped del cielo, Libertad divina,
Tu hermoso rostro a este hemisferio vuelves
Como Palas armada, y sostenida
Por tí, oh Próspero, su hijo predilecto.
Siento inflamarme de un furor fatídico.
Del porvenir entre la densa niebla
Veo tu fama brillar, sublime, inmensa;

El río de olvido arrastra tus errores,
Mas tus grandes virtudes serán rocas
Al embate del tiempo incontrastables.
Piensa con noble orgullo que la América
Por tí se eleva a colosal grandeza.
Uu día vendrá que la vetusta Europa,
Bajo el peso agobiada de tus crímenes
Y por la servidumbre degradada,
Reciba beneficios por injurias.
En vez de destrucción y de cadenas
Llevarán nuestros nietos fuego hermoso
De libertad, para encender la antorcha
De civilización que se extinguiera.
¡Oh! ¡quién lucir os viera, días gloriosos!
Anticiparos en la mente férvida
Hace feliz al Vate, a quien devora
De Humanidad el sacrosanto afecto.

MANUEL ASCENSIO SEGURA

(1805—1871)

23 A UNA VIUDA

MUY temprano se apagó
la antorcha de tu himeneo,
¡ay señora!
Parece que se citó
la muerte con el deseo
a una hora.

Aun la guirnalda de flores
ceñía tu frente hermosa,
y el abrego
sopló con tales rigores
que puso en lugar de rosa
crespón negro.

De noche, jardín florido
de delicias conyugales
se engalana:
luego tumba del olvido,
de fantasmas sepulcrales
la mañana.

Ayer manto virginal,
luego corona de esposa
te ceñías,
y hoy, al albor matinal
ya de toca luctuosa
te cubrías.

Grito de muerte retumba
en la bóveda sonora
que se abriera.
Aléjate de esa tumba,
y tu juventud, señora,
que no muera.

De la vida en el desierto
solitario peregrino
sin amor,
es como sombra de un muerto
que aparece en el camino
con terror.

Aun le queda en lozanía
al rosal que hiriera el rayo
mucha rosa
Aun tienes, señora mía,
despues del abril el mayo
de la hermosa.

Torna, pues, a coger flores,
para otro dia nupcial
más dichoso,
y presidan los amores
el tálamo conyugal
delicioso.

MANUEL ASCENSIO SEGURA

Ya de dos la unión sagrada
tu segunda primavera
solicita,
la segunda más preciada
y también que la primera
más bonita.

¿Qué es una perla sin dueño?
¿Qué es solitario diamante
aunque hermoso?
¿Qué es la vida sin el sueño?
¿Qué es la bella sin amante,
sin esposo?

Deja, oh viuda, el morir
y torna al pie del altar
muy lucida;
vuelve, señora, al vivir,
vuelve al vivir del amar,
que es la vida.

Todo en la tierra es mortal,
¿y ha de ser el luto eterno
sin consuelo?
¿Siempre velo funeral,
siempre imagen del Averno,
siempre duelo?

Ofendido amor, reclama
sus derechos naturales
suspendidos;
amor, señora, te llama
a los festines nupciales
prevenidos,

MANUEL ASCENSIO SEGURA

Deja, oh viuda, el morir
y torna al pie del altar
muy lucida;
vuelve, señora, al vivir,
vuelve al vivir del amar
que es la vida.

FELIPE PARDO Y ALIAGA

(1806—1868)

24 LA DESPEDIDA

AMOR, tus raudas alas
Al céfiro confía
Lleva a la amada mía,
Mi postrimer adiós;
Y dile que en la ausencia
Que fiera nos divide,
La sacra fé no olvide
Jurada por los dos.

¡Instante de amargura,
Eterno en mi memoria,
En que el hado, mi gloria
Sañudo acibaró!
No más me martirices,
Que por mi dulce encanto,
Ya bien copioso llanto,
Mis párpados regó.

¿Y de qué sirve ¡ay triste!
Que brote hora abundante

Y hasta mi pecho amante
No cese de correr;
Si respirando ausente
¿No puede mi adorada,
De amores abrasada
Mis lágimas beber?

Destrenzado el cabello,
Blancos los labios rojos,
Todo llanto los ojos,
El pecho todo amor;
Así te vi al dejarte;
Y así vive grabada
Tu imagen adorada,
En mí por el dolor.

Tu delicada mano
Aun con mi mano estrecho;
Aun cerca de mi pecho,
Juntas las siento arder:
Y aun el adiós escucho,
Sentido y balbuciente,
Que sofocó tu ardiente
Sollozo postrimer.

¡Tú me amas, vida mía!
¡Consoladora idea!
¡Cuál mi alma se recrea,
Su dicha al contemplar!
¡Tú me amas!.....¿Y tu amado
Habrá de abandonarte'
Y fiero condenarte,
A triste suspirar?

¿Qué importa que las glorias
De amor te haya enseñado,
Si también despiadado
Te enseño yo a sufrir?
La suerte así lo ordena,
Mi bien; culpa a la suerte:
Que yo, mejor la muerte
Quisiera, que partir.

¡Parto!..... El alma se entrega
A ciego desvarío,
Y con el verso mío,
Ansia volar a ti .....
¡Tú lloras!..... Sí, y mi labio
Envanecido clama:
«El llanto que derrama
«Mi querida, es por mí».

¡Parto, mi amor!..... Tu imagen
Idolatrada y bella
Llevo conmigo: en ella
Mil besos sellaré:
Y tu adorado nombre,
En medio a mis tormentos,
Mezclado con lamentos,
Al aura entregaré.

Tú, blando Amor, tus alas
Al céfiro confía:
Lleva a la amada mía
Mi postrimer adiós.
Y dile que en la ausencia
Que fiera nos divide,
La sacra fe no olvide
Jurada por los dos.

JOSE PARDO Y ALIAGA

(1820—1873)

25 CONTESTACION

AL PEDIDO DE UNA FLOR

Si del desierto en la extensión remota
Humilde planta solitaria crece,
Y si la brisa cariñosa mece
La débil flor que entre sus ramas brota;

Cuando el soberbio vendabal la azota,
Tímida, delicada, se estremece,
De sus vivos colores palidece
Y en caprichosas tumbas vuela rota.

Así la flor de mi esperanza bella
Arrancó el huracán, árido y yerto:
Un triste corazón murió con ella.

Y hoy no queda del pecho en el desierto
Más brote de la planta peregrina
Que dolorosa y enconada espina,

RICARDO PALMA

(1835—1919)

BALADA

I

—¿DONDE vas?—A coger flores.
—¿Sola? — Con mi pensamiento.
—¿Qué piensas? — En mia amores.
—¿Amas? — Ese es mi tormento.
—¿Tienes celos? — Matadores.
—¡Pobre niña!
¡Niña de mi corazón!
No seré yo quien te riña,
pues sé lo que celos son.

II

—¿De dónde vienes? — Del prado.
—¿Traes flores? — No las busqué.
—¿A quién hallaste? — A mi amado.
—¿Y no te habló el desdichado?
—En brazos de otra le hallé.
—¡Pobre niña!
¡Niña de mi corazón!
No seré yo quien te riña;
sé lo que desdenes son.

III

—¿Y lloras? — Morir quisiera.
—¿No amas la vida? — Me hastía.
—¿Y si el perjuro volviera?
—Jamás olvidar pudiera........
—¿Su desamor? — Su falsía.
—¡Pobre niña!
¡Niña de mi corazón!
No seré yo quien te riña,
pues sé lo que agravios son,

RICARDO PALMA

(1835—1919)

CAMINO DEL CIELO

¡VEDLA! Cubren su belleza
albos, transparentes tules;
así una estrella circundan
ledas nubes.
No la despertéis, que duerme
la niña de ojos azules,
y sueña con sus hermanos
los querubes.

Cuando al lucir la mañana
el sol dilata sus luces,
y sobre cuanto es creado
calor y vida difunde,
no llores, madre, no llores;
y alienta el consuelo dulce
que va camino del cielo
la niña de ojos azules.

CARLOS AUGUSTO SALAVERRY

(1831—1890)

28 ## ¡ACUERDATE DE MI!

¡OH! cuánto tiempo silenciosa el alma
Mira en redor su soledad que aumenta,
Como un péndulo inmóvil, ya no cuenta
        Las horas que se van!
¡Ni siente los minutos cadenciosos
Al golpe igual del corazón que adora
Aspirando la magia embriagadora
        De tu amoroso afán!

Ya no late, ni siente, ni aun respira,
Petrificada el alma allá en la interno;
Tu cifra en mármol con buril eterno
        Queda grabada en mi!
No hay queja al labio ni a los ojos llanto;
Muerto para el amor y la ventura,
Está en tu corazón mi sepultura
        Y el cadáver aqui!

En este corazón ya enmudecido
Cual la ruina de un templo silencioso,

Vacío, abandonado, pavoroso,
Sin luz y sin rumor:
Embalsamadas ondas de armonía
Elevábanse un tiempo en sus altares:
Y vibraban melódicos cantares
Los ecos de tu amor.

¡Parece ayer!..... De nuestros labios mudos
El suspiro de «¡Adiós!» volaba al cielo,
¡Y escondías la faz en tu pañuelo
Para mejor llorar!
Hoy..... nos apartan los profundos senos
De dos inmensidades que has querido,
¡Y es más triste y más hondo el de tu olvido
Que el abismo del mar!

Pero ¿qué es este mar? ¿qué es el espacio?
¿Qué la distancia, ni los altos montes?
¿Ni qué son esos turbios horizontes
Que miro desde aquí,
Si al través del espacio y de las cumbres,
De ese ancho mar y de ese firmamento,
Vuela por el azul mi pensamiento
Y vive junto a tí?

¡Sí yo tus alas invisibles veo,
Te llevo dentro el alma, estás conmigo,
Tu sombra soy, y a donde vas te sigo
De tus huellas en pos!
Y en vano intentan que mi nombre olvides;
¡Nacieron nuestras almas enlazadas,
Y en el mismo crisol purificadas
Por la mano de Dios!

Tú eres la misma aún; cual otros días
Suspéndense tus brazos de mi cuello;
Veo tu rostro apasionado y bello
Mirarme y sonreír;
Aspiro de tus labios el aliento
Como el perfume de claveles rojos,
Y brilla siempre en tus azules ojos
Mi sol, mi porvenir.

Mi recuerdo es más fuerte que tu olvido;
Mi nombre está en la atmosfera, en la brisa,
Y ocultas al través de tu sonrisa
Lágrimas de dolor;
Pues mi recuerdo tu memoria asalta,
Y a pesar tuyo por mi amor suspiras,
Y hasta el ambiente mismo que respiras
Te repite: ¡Mi amor!

¡Oh! Cuando vea en la desierta playa,
Con mi tristeza y mi dolor a solas,
El vaivén incesante de las olas,
Me acordaré de tí;
Cuando veas que un ave solitaria
Cruza el espacio en moribundo vuelo,
Buscando un nido entre la mar y el cielo,
¡Acuérdate de mí!

CARLOS AUGUSTO SALAVERRY

(1831—1890)

A LA ESPERANZA

Yo sé que eres un ave fugitiva,
Un pez dorado que en las ondas juega,
Una nube del alba que despliega
Su miraje de rosa y me cautiva.

Sé que eres flor que la niñez cultiva
Y el hombre con sus lágrimas la riega,
¡Sombra del porvenir que nunca llega,
Bella a los ojos y a la mano esquiva!

Yo sé que eres la estrella de la tarde
Que ve el anciano entre celajes de oro
Cual postrera ilusión de su alma, bella;

Y aunque tu luz para mis ojos no arde,
Engáñame, ¡oh mentira!, yo te adoro,
Ave o pez, sombra o flor, nube o estrella.

CLEMENTE ALTHAUS

(1835—1881)

30 ## ULTIMO CANTO DE SAFO

LA excelsa roca pisa,
De amantes desamados visitada,
Con planta no indecisa,
La lesbiana divina poetisa
Del ingrato Faón enamorada.

Escucha en lo hondo y mira,
Impávida, agitarse en són horrendo
Del mar la indócil ira,
Y por última vez pulsa la lira,
Al aire estos lamentos esparciendo:

«Adiós por siempre, ¡oh vida!
Adiós ¡oh mundo! sin dolor ni llanto
Os doy mi despedida,
Que bien sé que en vosotros no se anida
Para Safo infeliz sino quebranto

«Muerte anhelo, y cualquiera
La pena sea que al mayor pecado
En el Averno espera.

Jamás las ansias igualar pudiera
De un furibundo amor menospreciado.

«A los males sin cuento
Con que os abruma el que su eterna fiesta
Halla en vuestro tormento,
Es, ¡oh mortales!, único descuento,
Sola ventura que gozáis es esta:

«Que, si del hado impío
Fué decreto fatal el nacimiento,
Es rey vuestro albedrío
De acelerar, como acelero el mío,
De vuestras vidas el final momento.

«Y que, si fué la entrada
A la prisión oscura de la vida
Forzosa e ignorada,
Dogal, y salto, y tósigo y espada
Siempre libre encontraron la salida.

«Tú que las crudas penas
Que lloro lloras, yo a romper te enseño
Tus odiosas cadenas;
A padecer tú mismo te condenas,
Sabiendo que eres de tu muerte dueño.

Usa tu alto derecho;
Y o da veneno a la callada boca,
O el cuello a lazo estrecho,
O con agudo acero abre tu pecho,
O ven conmigo a la Leucadia roca.

«No más tu pena aguarde:
Mas, si escoges vivir lloro no viertas,

Cesa queja cobarde;
Culpa tuya será que se abran tarde,
Cautivo vil, de tu prisión las puertas.

«Vive, vive, tolera
Tus fieros males cada vez mayores,
Y la vejez postrera
Haga que apures tu desgracia entera
Que mal ninguno de la vida ignores.

« Morir, morir escojo,
Y rebelde al tirano omnipotente,
Me burlo de su enojo,
Y de la vida con desdén le arrojo
El falso funestísimo presente.

«Y tú, mancebo ingrato,
A quien desesperadamente adoro,
Tú a quien con insensato
Furor mil veces convidé a mi trato,
Pospuesto el casto femenil decoro:

«Vive feliz, si pudo
Consentirlo a mortal el negro encono
Del destino sañudo:
Tu eterno desamor, tu desdén mudo,
Y mis tormentos todos te perdono.

«No fué amarme en tu mano;
Tuya no fué la culpa; el rigor lo hizo
De Júpiter tirano
Que, con avara diestra, velo humano
Me dió, desnudo de beldad y hechizo.

«El alma que era bella
No pudiste mirar; si la miraras,
Te enamoraras de ella,
Menospreciando la beldad de aquella
Por quien a Safo triste desamparas.

«Oh ponto, cuyo asalto
La excelsa roca azota, hirviente espuma
Arrojando a lo alto,
No del mortal irrevocable salto
Arredrarme tu cólera presuma.

«Tu amenaza e insulto
Mirando estoy impávida, que calma
Es el ciego tumulto
De tus olas, al lado del que oculto
Amoroso huracán dentro del alma ».

Dice la triste amante
Y se arroja veloz; la mar hinchada
Se abre y cierra sonante,
Y, de las ondas a merced errante,
Aquí y allí la leve lira nada.

CLEMENTE ALTHAUS

(1835—1881)

31 AL PETRARCA

¡BENDITA sea la feliz tibieza
Con que, celosa de su pura fama,
Pagó tu amor la aviñonense dama
Que igualó su virtud con su belleza!

¡Benditos el rigor y la esquiveza
Que acrisolaron tu amorosa llama,
Y te valieron la gloriosa rama
Que hoy enguirnalda tu feliz cabeza!

Así Apolo que a Dafne perseguía,
Cuando a abrazarla llega, sus congojas
Siente de un árbol la corteza fría.

Mas en sus ramas la deidad doliente
Halla las verdes premiadoras hojas,
Digna corona de su altiva frente.

JOSE ARNALDO MARQUEZ

(1830—1904)

A SOLAS

A MI MADRE

¡Mi corazón rebosa de armonía!
Nadie sabe el aroma y la pureza
De esa olvidada flor que noche y día
De su rincón perfuma la maleza.
¡Ah! sólo tú conoces, madre mía,
El tesoro de amor y de nobleza
Que con la amarga hiel de las congojas
Dios puso un día entre sus blancas hojas.

¿Por qué esta sed de amor y de ternura?
¿Por qué estos sueños de placer y calma?
¿Por qué al mirar la ajena desventura
Siento oprimida de dolor el alma?
¿Por qué cuando contemplo la hermosura
Pienso verla ceñida con la palma
De juventud, de amor y de consuelo,
Como estarán las vírgenes del cielo?

¿Por qué este vago, misterioso arrullo
Con que viene a adormirme la esperanza,
Como de agua y de hojas el murmullo
Que allá a lo lejos el viajero alcanza?
¿Por qué al ver de los grandes el orgullo
Ambicioso mi espíritu se lanza
Y hacer cenizas a mis plantas quiere
La mano vil que al desvalido hiere?

Ah! ¿Por qué tengo el corazón, Dios mio,
Tan lleno de ternura y de pesares,
Si ya no tienen sobre el mundo impío,
¡Ay!, ni el amor, ni el infortunio altares?
El cielo tiene luz, la flor rocío,
Y hasta las olas de los turbios mares
Visten de espumas el azul salobre.,....
Yo sólo tengo lágrimas. . . . ¡Soi pobre!

Para encantar mi juventud no anhelo
Sino un poco de paz y melodía,
De un noble amor el esmaltado cielo,
Y el cielo azul de la conciencia mía:
Tener para el que sufre algun consuelo,
Dejar que lleve una limosna el dia,
Y si lo quieres, voluntad sagrada,
Nunca me dés sobre la tierra nada.

¡Pero tengo una madre! Para ella
Busco gloria, grandezas y ventura,
¡Ay! ¡Ha nacido tan sensible y bella,
Tan llena de piedad y de dulzura!
Del firmamento la mejor estrella,
De tus santas auroras la mas pura,
¡Y hasta del mismo Edén el primer dia
Por mi madre, Señor, no trocaria!

«El alma que era bella
No pudiste mirar; si la miraras,
Te enamoraras de ella,
Menospreciando la beldad de aquella
Por quien a Safo triste desamparas.

«Oh ponto, cuyo asalto
La excelsa roca azota, hirviente espuma
Arrojando a lo alto,
No del mortal irrevocable salto
Arredrarme tu cólera presuma.

«Tu amenaza e insulto
Mirando estoy impávida, que calma
Es el ciego tumulto
De tus olas, al lado del que oculto
Amoroso huracán dentro del alma ».

Dice la triste amante
Y se arroja veloz; la mar hinchada
Se abre y cierra sonante.
Y, de las ondas a merced errante,
Aqui y alli la leve lira nada.

¡Oh! la hiel toda del dolor me irrita,
Hierve sangre de fuego entre mis venas;
Veo en la vida, para mí maldita,
Horas surgir de pesadumbre llenas.
¿Por qué, Dios mío, el corazón palpita
Y al infierno en que yace le encadenas,
Si en él pusiste, por mi mal, más fuerte
La sed de la virtud que de la muerte?

LUIS B. CISNEROS

(1837—1904)

A LENALAH

Si alguna vez en el campo
Fuiste, niña encantadora,
A ver de la azul aurora
El sereno despertar;
Viendo la tierra inundada
De luz, de vida, de aromas,
¿No te sentiste impulsada
A arrodillarte y orar?

Cuando en lecho de jacintos
Se alza el alba, y las montañas,
Campos, torres y cabañas
Va inundando su esplendor;
Cuando aun brilla solitario
Del crepúsculo el lucero
Y suspira el valle entero
De paz, de dicha, y amor:

Cuando más azul y puro
Va haciéndose el horizonte,

Y la cúspide del monte,
Se ve dorada surgir;
Cuando a la luz, que en el éter
Lentamente se derrama,
Se abre al fin un panorama
De oro, perlas y zafir;

Cuando las aguas dormidas
De los lagos se estremecen
Al primer rayo, y parecen
Acariciarlo al pasar;
Cuando en las pintadas flores
Brilla y se mece el rocío;
Y, cual ola de colores,
Se ven las aves cruzar;

Cuando la mirada absorta
En derredor se pasea
Y allá el monte, aquí la aldea
Reconociéndose va;
Allí el triste cementerio
De blanco muro cercado;
Aquí la cuesta; acá el prado;
La cruz del camino allá;

Cuando a la mansa corriente
De humilde y escaso río,
Que cubre el ruinoso puente,
Grupos de mujeres van;
Y en el fondo de la choza
La oración de la mañana
Al niño enseña la anciana
Con tierno, cristiano afán;

Cuando del monte esparcidas
Se ven en la verde falda,
Anfiteatro de esmeralda,
Pintadas reses pacer;
Cuando el pescador del rio
Ata a un tronco su barquilla,
Y en las piedras de la orilla
Va sus redes a tender;

Cuando los rudos pastores
En sus carros por las calles
De la aldea y por los valles
Comienzan a atravesar,
Y las devotas mujeres
Van a alzar una plegaria
En la iglesia solitaria,
Pobre y triste del lugar;

En esa hora, iluminada
Por pálido, azul destello,
¿Qué fué lo que de más bello
Halló tu alma virginal?
¿Cuál fué tu impresión mas viva
En ese cuadro sublime,
De homérica y primitiva
Poesía pastoral?

¿No saliste nunca, niña,
Al dintel de una cabaña?
¿No subiste a una montaña
Ese cuadro a contemplar?
¿No sentiste tu alma virgen
De luz y aroma inundada?
¿No te sentiste impulsada
A arrodillarte y orar?

PEDRO PAZ SOLDAN Y UNANUE

(1839—1895)

34 LA BELLEZA DE TUS OJOS

¡De la beldad los ojos refulgentes
Son su hechizo mejor y el que más dura!
¡Sólo la muerte apaga la luz pura
De esas perennes lámparas ardientes
Del templo celestial de la hermosura!
Cuando el seno y el talle y el cabello,
Los labios y los dientes y la tez,
Las lindas manos y el gracioso cuello
Se resientan unánimes del sello
Que imprimen o el dolor o la vejez;
Cuando llegue la edad de los enojos,
Cuando rastro ninguno se distinga
De tu belleza de hoy hecha despojos,
Sólo un encanto habrá que no se extinga....
¡Sólo con vida quedarán tus ojos!
Sobreviviendo victoriosos ellos
A cuanto con el tiempo se amortigua,
Derramarán entonces sus destellos
Como entre ruinas dos luceros bellos,

PEDRO PAZ SOLDAN Y UNANUE

Como un fanal en una estancia antigua.
De males por venir no te amedrentes,
Los años que aun te faltan no los cuentes,
Pues cuando todo se hunda en sus abismos,
Espirituales siempre y refulgentes,
¡Siempre tus ojos han de ser los mismos!

MANUEL N. CORPANCHO

(1830—1863)

35 LA HAMACA DEL JARDIN

CANCION

YA que su frente serena
La blanca luna ha mostrado,
Ven a dormirte a mi lado
En la hamaca del jardín.
Aquí, al compás de las auras
Que van meciendo las flores,
Se sueñan dulces amores,
Mi adorado serafín.

Es grato, entre la arboleda
Que besan los arroyuelos,
Mirar tus dulces ojuelos
Bañados de compasión;
Y al mecido de la hamaca
Ver flotando tus cabellos,
Y estampar en todos ellos
El beso de la pasión.

La buena tarde se ha abierto
Cayendo el sol a Occidente;
¡Hermosa! tu alma inocente
Abre así a mi puro amor:
Y entonces verás cuán grato
Bajo la espesa enramada
Es gozar, enamorada,
Del perfume de una flor.

¡Ven! No tardes; nuestra frente
Acaricia el manso viento
Y este blando movimiento
Dulce sueño presta al fin.
Y al olor del chirimoyo,
Bajo el plátano acogida,
Quiero verte adormecida
En la hamaca del jardín.

CONSTANTINO CARRASCO

(1841—1877)

36 ¡AY DE MI!

¡AY! ¡Valle es este de perpetuo llanto!
¿Quién se entrega a dormir en blando lecho,
Mientras oye en el fondo de su pecho
Del ajeno infortunio el eco santo?

¿Quién eximirse puede del quebranto,
Al ver, del mundo en el turbión deshecho,
La virtud sucumbiendo sin provecho
Y sordo el cielo a sacrificio tánto?

Cuando veo, ¡oh dolor!, que mis hermanos
Son vil presa de bárbaros tiranos
O esclavos gimen de destino adverso,

Ni paz encuentro, ni placer diviso....
Para ser yo feliz era preciso
Que lo fuese también el universo.

MANUEL CASTILLO

(1814—1871)

A TI....

YO te busqué con mis ojos,
Yo te busqué con mis manos
En los profundos arcanos
Que tiene mi corazón;
Y no hallé en él ni tu sombra
Porque te habías huido,
Y estaba caliente el nido
Que te sirvió de mansión.

En sus vastas soledades
Sólo encontré una memoria
De nuestra pasada historia,
Que al tocarla se perdió.
Y era el lúgubre epitafio
De mi amor, de mi ternura,
Y era la honda sepultura
Que tu ingratitud labró.

Y, hubo silencio..... hubo calma
En su desierto infinito,

Y contemplé de hito en hito
Mis ilusiones de ayer,
Que en la bruma del pasado
Cadavéricas surgian,
Mas luego desparecían
Para nunca más volver.

MANUEL GONZALEZ PRADA

(1871—191)

A UNA ORQUIDEA

CUARZO viviente, colibri sin alas,
Quimera realizada en una flor,
Tú del extraño mundo submarino
Venir pareces a mirar el sol;

Tú no difundes orgulloso aliento
Ni cálidos efluvios de pasión:
En tu fragancia tímida y agreste
Respiras la modestia y el pudor.

Como poeta mudo y abstraído
Que en su alma eleva cántico sin voz,
Tú soñadora vives, entonando
El himno silencioso del color.

MANUEL GONZALEZ PRADA

(1871—191)

39 PANTUM

A la escondida rosa del jardín
El viento imprime un ósculo de amor;
Yo, entre corolas de ámbar y carmín,
Corro a buscar mi predilecta flor.

El viento imprime un ósculo de amor,
Robando al cáliz su fragancia y miel;
Corro a buscar mi predilecta flor
Entre jacinto, anémona y clavel.

Robando al cáliz su fragancia y miel,
Arroja el viento soplos de huracán;
Entre jacinto, anémona y clavel,
En són de muerte, mis suspiros van.

Arroja el viento soplos de huracán,
La dalia deshojando y el jazmín;
En són de muerte, mis suspiros van
A la escondida rosa del jardín.

RICARDO ROSSEL

(1841—1904)

40 NO MORIRA

SE apagará la misteriosa llama
Que aquí encendida en mi cerebro siento,
Mi fe, mi inspiración;
Se helará el corazón que ahora derrama
Dentro del pecho con latir violento,
La vida y el amor.

Esta envoltura material, que vive
Sólo al calor de la inmortal centella
Esencia de mi ser,
Perecerá; la mano que esto escribe,
Como toda esta máquina, sin ella,
Tornará a lo que fué.

El tiempo pasará..... Sobre mi losa
De sus alas el roce habrá borrado
Mi fúnebre inscripción;
Y nadie entonces del que allí reposa
Se acordará, ¡que, al fin, sólo un puñado
De polvo seré yo!

¿Todo acaso habrá muerto? ¿Eterno olvido,
Como la piedra que mi tumba cierra,
Mi nombre cubrirá?
¡Ah, no! Mi pensamiento aquí esculpido
Vivirá en esta página. ¡En la tierra
No morirá jamás!

CARLOS G. AMEZAGA

(¿-1906)

OJOS Y CIELO

LA flor del tropical algodonero
no es más blanca que tú,
ni ante el cristal movible de tus ojos,
el cielo es más azul.

El cielo. . . . ¡todos hablan de este cielo!
Inspiración común,
nada dice en favor de una belleza
cual la que tienes tú.

Al cielo un claro sol presta sus rayos;
ya es negro, ya es azul. . . .
En tus ojos no hay noche; ellos son astros,
y al cielo de tu rostro le dan luz.

JOSE SANTOS CHOCANO

( )

42 ## LA MAGNOLIA

EN el bosque, de aromas y de músicas lleno,
la magnolia florece delicada y ligera,
cual vellón que en las zarzas enredado estuviera
o cual copo de espuma sobre lago sereno.

Es un ánfora digna de un artífice heleno,
un marmóreo prodigio de la Clásica Era;
y destaca su fina redondez, a manera
de una dama que luce descotado su seno.

No se sabe si es perla, ni se sabe si es llanto;
Hay entre ella y la luna cierta historia de encanto,
en la que una paloma pierde acaso la vida;

porque es pura y es blanca y es graciosa y es leve
como un rayo de luna que se cuaja en la nieve
o como una paloma que se queda dormida . . . .

JOSE SANTOS CHOCANO

( )

3 DE VIAJE

AVE de paso,
fugaz viajera desconocida:
fué sólo un sueño, sólo un capricho, sólo un acaso;
duró un instante, de los que llenan toda una vida.

No era la gloria del paganismo,
no era el encanto de la hermosura plástica y recia.
Era algo suave, nube de incienso, luz de idealismo.
¡No era la Grecia:
era la Roma del Cristianismo!

Ida es la gloria de sus encantos,
pasado el sueño de su sonrisa.
Yo lentamente sigo la ruta de mis quebrantos;
ella ha fugado como un perfume sobre una brisa.

Quizás ya nunca nos encontremos;
quizás ya nunca veré a mi errante desconocida;
quizás la misma barca de amores empujaremos;
ella de un lado, yo de otro lado, como dos remos,
¡toda la vida bogando juntos y separados toda la vida! . . . .

JOSE SANTOS CHOCANO

(   )

44 ### EVOCACION

HAY un rumor denso y febril,
como labor en un panal:
los abanicos de marfil
dicen un leve madrigal;
y en la sutil conversación
se desenvuelve un rigodón,
en que el orgullo de las golas
resalta, en lírico vaivén,
sobre las olas de las colas
que van paseando su desdén. . . .

Esta es la hora evocadora
de un tiempo amable que pasó:
el candelabro que la llora,
sabe en el mármol que esta hora
late en el bronce del reló.

En los espejos venecianos
ríe la pompa colonial;
piedras preciosas en las manos;
prismas sonoros y livianos
en las arañas de cristal. . . .

No sé qué vieja golondrina
(pienso en aquella que una espina
quitó a la sien del Redentor)
viene a anidar trémula y fina
en la peluca de un Oidor. . . .

Los ornamentos de brocado
en la casaca del Virrey
secretamente han palpitado,
bajo la luz que les ha dado
tu impertinente de carey. . . .

Tras el respaldo de tu asiento,
de pie y la mano al corazón,
te voy contando un lindo cuento,
mientras que, a un paso suave y lento,
se desenvuelve el rigodón.

Cierta embriaguez hay en el giro
de los danzantes: ¿No es quizás
mejor la calma en que te miro
y te recojo en mi suspiro
y voy hablandote a compás? . . . .

Esta es la hora evocadora
de un tiempo amable que pasó:
nostalgia oculta me devora,
por la elegancia de esta hora
con que tú sueñas como yo.
Esta nostalgia es la que llena
mi corazón que enfermo está.
¿Por qué el misterio de esta pena
que turba mi hora más serena?
¿Por ti? . . . . ¿Por mi? . . . . ¿Por quién será?

JOSE SANTOS CHOCANO

( )

45 LA CANCION DEL CAMINO

ERA un camino negro.
La noche estaba loca de relámpagos. Yo iba
en mi potro salvaje
por la montaña andina.
Los chasquidos alegres de los cascos,
como masticaciones de monstruosas mandíbulas,
destrozaban los vidrios invisibles
de las charcas dormidas.
Tres millones de insectos
formaban una como rabiosa inarmonía.

Súbito, allá a lo lejos,
por entre aquella mole doliente y pensativa
de la selva,
vi un puñado de luces como tropel de avispas.
¡La posada! El nervioso
látigo persignó la carne viva
de mi caballo, que rasgó los aires
con un largo relincho de alegria.

Y como si la selva
lo comprendiese todo, se quedó muda y fría.

Y hasta mí llegó, entonces,
una voz clara y fina
de mujer que cantaba. Cantaba. Era su canto
una lenta.... muy lenta.... melodía:
algo como un suspiro que se alarga
y se alarga y se alarga.... y no termina.

Entre el hondo silencio de la noche
y a través del reposo de la montaña, oíanse
los acordes
de aquel canto sencillo de una música íntima,
como si fuesen voces que llegaran
desde la otra vida....

Sofrené mi caballo;
y me puse a escuchar lo que decía.

—Todos llegan de noche....
todos se van de día....

Y formándole dúo,
otra voz femenina
completó así la endecha
con ternura infinita:

—El amor es tan sólo una posada
en mitad del camino de la Vida....

Y las dos voces luego
a la vez repitieron con amargura rítmica:
—Todos llegan de noche,
todos se van de día....

Entonces, yo bajé de mi caballo
y me acosté en la orilla
de una charca.

Y fijo en ese canto que venía
a traves del misterio de la selva,
fuí cerrando los ojos al sueño y la fatiga.
Y me dormí arrullado; y, desde entonces,
cuando cruzo las selvas por rutas no sabidas,
jamás busco reposo en las posadas;
y duermo al aire libre mi sueño y mi fatiga,
porque recuerdo siempre
aquel canto sencillo de una música íntima:

—Todos llegan de noche,
todos se van de día.
El amor es tan sólo una posada
en mitad del camino de la Vida....

JOSE SANTOS CHOCANO

( )

46 ## CIUDAD DORMIDA

CARTAGENA de Indias: tú, que, a solas
entre el rigor de las murallas fieras,
crees que te acarician las banderas
de pretéritas huestes españolas;

tú, que ciñes radiantes aureolas,
desenvuelves, soñando en las riberas,
la perezosa voz de tus palmeras
y el escándalo eterno de tus olas....

¿Para qué es despertar, bella durmiente?
Los piratas tus sueños mortifican,
mas tú siempre serena te destacas;

y los párpados cierras blandamente,
mientras que tus palmeras te abanican
y tus olas te mecen como hamacas....

JOSE SANTOS CHOCANO

( )

47 ### EL ARBOL BUENO

SEÑOR, tú sabes que soy bueno, bueno
como un árbol con frutas y con flores.
Ni hay en mis frutas jugos de rencores,
ni hay en mis flores gotas de veneno.

Mi corazón es fuerte y está lleno
de hojas frescas y pájaros cantores:
no tendrá nidos, pero tiene amores;
y es como una protesta sobre el cieno.

Si el Sol me ha dado savia de poeta,
tuyo es ¡Señor! el numen que me inquieta,
tuya es ¡Señor! la fiebre que me abrasa.

Un árbol soy, con alma y con sentidos;
y mis versos, apenas los ruídos
que hace el viento en las hojas cuando pasa. . . .

JOSE SANTOS CHOCANO

( )

LA QUENA

No la flauta del dios, alegre avena
del bosque griego, en que trinar solía:
es flauta cual paloma en agonía
la que en las noches de los Andes suena.

¡Cuán profundo lamento el de la quena!
La quena, en medio de la puna fría,
desenvuelve su larga melodía
más penetrante cuanto más serena.

Desgranando las perlas de su lloro,
a veces hunde el musical lamento
en el hueco de un cántaro sonoro;

y entonces finge, en la nocturna calma,
soplo del alma convertido en viento,
soplo del viento convertido en alma....

JOSE SANTOS CHOCANO

( )

49 ## NOSTALGIA

HACE ya diez años
que recorro el mundo.
¡He vivido poco!
¡Me he cansado mucho!
Quien vive de prisa no vive de veras:
quien no echa raíces no puede dar frutos.

Ser río que corre, ser nube que pasa,
sin dejar recuerdos ni rastro ninguno,
es triste; y más triste para quien se siente
nube en lo elevado, río en lo profundo.

Quisiera ser árbol mejor que ser ave,
quisiera ser leño mejor que ser humo;
y al viaje que cansa
prefiero el terruño:
la ciudad nativa con sus campanarios,
arcaicos balcones, portales vetustos
y calles estrechas, como si las casas
tampoco quisiesen separarse mucho....

Estoy en la orilla
de un sendero abrupto.
Miro la serpiente de la carretera
que en cada montaña da vueltas a un nudo;
y, entonces, comprendo que el camino es largo,
que el terreno es brusco,
que la cuesta es ardua,
que el paisaje es mustio. . . .

¡Señor!, ya me canso de viajar, ya siento
nostalgia, ya ansío descansar muy junto
de los míos. . . . Todos rodearán mi asiento
para que les diga mis penas y triunfos;
y yo, a la manera del que recorriera
un álbum de cromos, contaré con gusto
las mil y una noches de mis aventuras
y acabaré con esta frase de infortunio:
—¡He vivido poco!
¡Me he cansado mucho!

JOSE SANTOS CHOCANO

( )

50 PANDERETA

MADRE Andalucía, caja de alegría,
pandereta heroica de vibrante són:
es a tí a quien debo, madre Andalucía,
los desbordamientos de mi fantasía
y las marejadas de mi corazón.

Río con tus risas, peno con tus penas:
sangre de tu sangre corre por mis venas,
que si soy de Lima tú has estado allá;
y desde la altura de esa Edad remota,
viene a mí tu sangre cual si fuese gota
que por cuatro siglos destilando está.

Amo tus balcones llenos de macetas
y las coplas tristes con que tus poetas
pulsan la guitarra y hacen el amor:
la sospecha muda, la venganza mora,
y el galán furtivo, la mujer traidora
y el puñal desnudo de su matador.

Amo las corridas de tus regios toros,
en que los cohetes de impetus sonoros
mienten en el cielo rúbricas de luz;
y en que los toreros, todos relumbrantes,
hunden con el puño, lleno de diamantes,
los estoques hasta la sangrienta cruz.

Amo la elegancia de tus bandoleros,
una mitad zafios y otra caballeros,
que el orgullo sienten de su propio rol:
tal es cómo a veces diez cabalgaduras
trotan por tus sierras y por tus llanuras,
bajo el peso a plomo de aplastante Sol.

Amo el regocijo de tus zambras locas,
en que los claveles rien como bocas
y el dorado vino baila en el cristal;
y en que esbelta maja, de sensual donaire,
desenrosca un tango. . . . y echa por el aire
frescos puñaditos de menuda sal.

Madre Andalucia, caja de alegría,
pandereta heroica de vibrante són:
es a ti a quien debo, madre Andalucía,
los desbordamientos de mi fantasía
y las marejadas de mi corazón.

LASTENIA LARRIVA DE LLONA

(   )

51 ULTRATUMBA

A MIS HIJOS

CUANDO me halle lejos, muy lejos, muy lejos,
En ese ignorado remoto país
Al que todos, todos, más pronto o más tarde,—
Tras esta existencia,—hemos de partir;
Cuando ya tan sólo quede la memoria,
Tenue y esfumada, de aquello que fuí;
Y como en un sueño, muy vago, muy vago,
Mi voz, mis consejos, os parezca oir;
Si el «Dos de Noviembre», día de los Muertos,
O en mis cumpleaños, u otra fecha así,
Suena en vuestros labios mi nombre; y, ansiosos,
Vuestros nietezuelos, antes de dormir,
Os piden «un cuento» muy largo, muy largo,
Con claras noticias acerca de mí,
E incrédula os dice su voz asombrada:
«—¿Tú tuviste madre? ¿Fuiste chiquitín?
«—¿Era hermosa y buena? ¿Te besaba siempre?
«¿Como tú nos quieres, te quiso ella a tí?»—

Entonces, entonces, doblad sus rodillas,
Y sus manecitas color de jazmín
Sobre el pecho crucen, y al Dios de los Cielos,
Que atiende los ruegos del labio infantil,
Que oren, enseñadles, que oren por aquella
Que cumplió el precepto de amar y sufrir;
Y aunque esté mi cuerpo muy hondo, muy hondo,
Sus mágicas voces irán hasta allí;
Y aunque mi alma arriba, muy alta, muy alta,
Feliz reposando de la humana lid,
Se encuentre,—¡no importa! que ese eco bendito
Espíritu y cuerpo lo habrán de sentir!

JOSE FIANSON

(   )

52 HORTUS CONCLUSUS

JARDIN cerrado, apenas entrevisto
A través de una red de mallas de oro
Que oculta a las miradas un tesoro
De orquídeas y mimosas nunca visto.

Extraña floración de encanto misto
Con esa palidez de lo incoloro,
Con esa arcanidad de lo insonoro
Y esa fascinación de lo imprevisto.

¡Cuánto vago deseo al alma impulsa
De sorprender a la inviolada flora
Tras el tapiz de tréboles, convulsa!. . . .

Asi mi corazón, os ha deseado,
Mas no temáis, sonreid, que vos, Señora,
Sois para mi como jardin cerrado.

JOSE FIANSON

( )

53 LA NEBLINA

LA Neblina es la virgen entumecida de formas pálidas,
Hecha de vahos níveos, vapor de mares, polvo de estrellas,
Que va dejando, pura, nerviosa y triste, sus finas huellas
En mañanas sonoras, en tardes de oro y en noches cálidas.

Ella es la rica veste con que se cubren de las Castálidas
Cuerpos en que se mezclan con alabastros rosas doncellas,
O estremecida gasa con la que esfuman sus tintas bellas
Grupos de mariposas que alegres surgen de sus crisálidas.

Los brillantes matices sinfonizados en primaveras,
Los sutiles aromas embebecidos en esperanzas
Que se desvanecieron sobre las ondas de mis dolores.

Fugazmente volaron en la neblina de mis quimeras,
De profundas nostalgias, vagos anhelos y remembranzas
De países lejanos, de medioevales fiestas de amores.

JOSE FIANSON

( )

54 EL BAÑO DE LAS NINFAS

AL claro de luna, nimbada la frente
de rosas y mirtos, discurren las ninfas
por bosques, sintiendo deliciosamente
la frescura interna de plateadas linfas.

El céfiro apenas si mueve las frondas;
su hálito a verbena, menta y mejorana,
embalsama el río de apacibles ondas
donde juguetea la celeste Diana.

Desnudez sagrada de finos diseños,
a la que esa tibia noche de dulzura
desmaya de aroma e invita al descanso,

hila el oro antiguo de tranquilos sueños,
bajo la mirada de Selene pura,
sobre las dormidas aguas de un remanso.

AMALIA PUGA DE LOSADA

(   )

55 FLUJO Y REFLUJO

(En la costa oriental de Norte-América)

De fiebre de pasión enardecido,
Se acerca el mar a la brillante playa;
Canciones mil con su rumor ensaya,
Unas veces, soberbio; otras, rendido.

Por palpar sus contornos, atrevido,
Sobre la arena el piélago se explaya
Y gimiendo a sus plantas se desmaya
Cual Sansón por Dalila adormecido.

Mas, ¡ay!, bien pronto la gentil ribera
Ha de llorar su desventura a solas,
De este amor comprendiendo la quimera,

Mientras, fervientes, besarán las olas,
Al otro lado de la enorme esfera,
Orillas lusitanas y españolas.

MANUEL BEINGOLEA

(   )

56 DIALOGO

—CALLA. No llores más. No más te apenes. . . .
He tardado, es verdad, mucho he tardado. . . .
¡Cuánto, cuánto en mi ausencia habrás llorado
Pero, en fin, aquí estoy, aquí me tienes!

Tus pies sangran. Tu pecho desgarrado
deja ver las entrañas. En tus sienes
hay heridas, hay máculas. . . . ¡Oh! ¿Quiénes
te ultrajaron así, mi bien amado?

Pero ya estoy aquí. Traigo el olvido.
En mi seno hallarás calor de nido.
Tómame. Tuya soy. Fuerte, muy fuerte,

estréchame. No temas. Ven: te espero. . . .
—¡Oh, gracias, alma generosa! . . . . Pero
dime, al menos, quién eres. . . .
—Soy la Muerte.

MANUEL BEINGOLEA

(   )

57 ### ARICOTA

EN las noches de estío la laguna
se dilata besando las montañas
que con amor le ofrecen sus entrañas
y la adormecen como en pétrea cuna.

El viento fuerte y agrio de la puna
hace temblar las rectas espadañas
y con cabriolas ágiles y hurañas
riela en sus aguas la plateada luna.

Condenado a vivir entre la austera
y muda lobreguez del pétreo abismo,
imagen es del alma prisionera;

pues como la laguna entre los montes
reclusa el alma está, sin horizontes,
en las cuatro paredes de uno mismo.

JOSE LORA Y LORA

( )

58

HISTORIA

PUES es ésta la historieta
Que el viento con voz discreta
Me refirió aquella tarde:

«El era niño y poeta
Y amante y pobre y cobarde.»

Ella le decía: «Eterno
Ha de arder el fuego interno
De mi amor, Esposo, Hermano....»
Le fué fiel todo un verano,
Más cuando llegó el invierno,

El me dijo entre un lamento:
«La vida pesar la siento
Como una piedra mortuoria....»

Mas huyó súbito el viento
E ignoro el fin de la historia.

JOSE LORA Y LORA

( )

59 CIUDAD SILENTE

Es mi fuente de Juvencio
El armonioso silencio
De tu alma. Yo me sentencio

A conllevar tu sombría
Carga de melancolía,
Versalles, hermana mía.

Mezcla tu aliento pradial
A un soplo primaveral
Un aroma fraternal.

En el rumor de tus hojas
Confidencian sus congojas
Las dalias blancas y rojas.

Las rosas charlan inquietas;
Y las discretas violetas
Dicen palabras discretas.

Aprisionas las tempranas
Caricias de las mañanas
En las lunas venecianas.

De tus lagunas. El Sol
Por tu enorme parasol
Entreteje su arrebol.

Fresca la tarde y risueña,
Sobre tu regazo sueña
Como una hermana pequeña.

Y el melancólico Amado
De las noches, en tu prado
Bebe el licor del pecado.

Mientras se diluye el són
De una galante canción
En las salas del Trianón.

¡Oh, Versalles! Tu sombría
Carga de melancolía
Es hermana de la mía;

Mas mi tristeza se mece
Bajo tu sombra y decrece,
Y mi juventud florece,

Cual rota estatua pagana,
Al recibir la temprana
Caricia de la mañana.

RENATO MORALES

( )

60 ## CANTAR

I

RECIEN comenzaba
su pecho a latir,
y una noche soñó con un niño
de aspecto gentil.
—¿Quién es aquel niño? "Amor" es su nombre
—Decidle que quiero con él sonreír;
decidle que siempre
se acuerde de mí.

II

Después que empezaba
la niña a sentir,
otra noche soñó que un espectro
la hacía infeliz.
—¿Quién es el espectro?—Se llama el "Olvido".
—Decidle que quiero dichosa vivir,
decidle que nunca
se acuerde de mí.

III

Y cuando empezaba
la niña a sufrir
cierta noche soñó que ya un ángel
le hacia feliz.
—¿Quién es aquel ángel?—La "Muerte" se llama.
—Decidle que quiero tranquila dormir;
decidle que pronto
se acuerde de mí.

DOMINGO MARTINEZ LUJAN

( )

A MI DIESTRA

No te crispes silente, cariñosa,
mi más humilde, mi mejor hermana;
persígname, para eso eres cristiana,
y dime, como ayer: "en mi reposa".

Abierta, noble, fuerte, generosa,
eres fin y principio por lo humana;
insigne aventura castellana
que lidias con mi verso y con mi prosa.

No te crispes: sé tierna, sé propicia,
hoy que hasta el peso del ideal me abruma:
asume tu presencia tribunicia.

¡Viña: que tus sarmientos me consuma,
que tu pluma se cambie por caricia,
pues tendrás la caricia por la pluma!

DOMINGO MARTINEZ LUJAN

( )

62 MEDIOEVAL

HUNDIDO está en el cuello, cortando la gorguera
la daga que un esposo cobarde dió a un malsín:
el adorable busto del noble calavera
cayó sobre una planta, que aun tiene por cojín.

Junto a él, como un testigo que la justicia espera,
aúlla, dilatando los ojos, un mastín;
y allá abre su abanico de gradas la escalera
como para que fuguen las flores del jardín.

Es la capilla ardiente: color, aroma, canto;
no falta ni el rocío para que finja el llanto,
no faltan ni rumores que finjan la oración....

Pero sobre el cadáver la adúltera se arroja
y sin las timideces que pone la congoja,
¡mis cartas!, le repite, rompiéndole el jubón....

LUIS FERNAN CISNEROS

( )

SOL

BAJO el peso del sol, el caserío,
reclinado en el monte, duerme a plomo,
como sumido en el dolor y como
si se arrullara en el roncar del río.

Lento el humo de un tren sube al vacío,
y surge en el confín, como de un cromo,
el buey paciente, de pintado lomo,
que se duerme de pie, solo y sombrío.

Pueblo sin alma, quémase y fulgura
con fiero resplandor. En la montaña
y sobre el claro azul del firmamento,

pone una cabra, inmóvil, su figura:
silba un viejo pastor en su cabaña,
y el silbido se duerme sobre el viento.

LUIS FERNAN CISNEROS

( )

64 ### LUNA

CON clámide de perlas, blanca y pura
la noche se durmió: luz marfileña,
plateando el ambiente, duerme y sueña
sobre el cristal del río que murmura.

Ciñe el monte celeste vestidura,
y en la amorosa claridad sedeña
como un hilo de plata se diseña
el paso del Ensueño por la altura.

Blanca la noche está: trémula y clara
surge bajo la luna en mis sentidos
la imagen de las penas que olvidara;

y es la nostalgia de mis sueños idos
como una blanca sombra que pasara
delante de mis ojos adormidos....

LEONIDAS N. YEROVI

(   )

65 ## PECADORA

EN medio a la borrasca de la orgía
se levantó la horizontal. Y dijo:
Bebo. . . . por el sagrado crucifijo
que de mi pecho en mi niñez pendía;

por el supremo instante de agonía
del sér, que el sér me diera y me maldijo;
por el rubor quemante de mi hijo
cuando me llama a solas madre mía,

Por las amargas hieles de mis gozos,
por el frívolo amante que me besa,
por la alegre reunión que me acompaña. . . .

Y explosionado el pecho de sollozos,
se detuvo. Y quebró contra la mesa
la finísima copa de champaña.

Junto al blanco mantel se irguió su amante
y dijo: Por las bellas pecadoras

que entregan al amor sus breves horas
con la sonrisa ambigua del farsante.

Por la mujer voluble e inconstante
que acude a las orgías turbadoras,
y se arrepiente en todas las auroras
con arrepentimientos de bacante.

Por la lejana fecha de sus bodas;
por el niño que tuvo en su regazo;
porque como ella se arrepientan todas,

¡pero todas tan tarde como ella!....
y detonó en la sala el taponazo
alegre y triunfador de otra botella.

LEONIDAS N. YEROVI

(   )

RECONDITA

CON un ir y venir de ola de mar,
así quisiera ser en el querer:
dejar a una mujer para volver,
volver a una mujer para empezar....

Golondrina de amor en anidar,
huir en cada otoño del placer,
y en cada primavera aparecer
con nuevas tibias alas que brindar.

Esta....Aquella....La otra....Confundir
de tántas dulces bocas el sabor,
y al terminar, la ronda repetir,

y no saber jamás cuál es mejor,
y siempre ola de mar, ir a morir
en sabe Dios qué playa del amor....

LEONIDAS N. YEROVI

( )

67 VIAJEROS DE IDA Y VUELTA

—¿QUE si me fué muy bien? Quizá me iria....
Yo triunfé a mi manera por ahí
(Ya tú conoces la manera mia),
Hice la vida que me prometía,
no incensé a nadie y vuelvo como fuí....

Vuelvo, a exactas mitades,
con mis parsimoniosas cualidades
y mis grandes defectos;
si los viajes enseñan, asegura
que aun guardo la remántica locura
de no querer saber de sus efectos....

Me llevó una nostalgia obsesionante,
y otro me trajo,—incierto caminante
que añora el punto que al partir dejó—;
y he sentido el efluvio amable y vago
del aplauso, sentí su dulce halago,
pero no me cambió....

Viví autónomo, esquivo. . . . Mi campana
no azoró a las comarcas con su estruendo;
la de mi campanario no es tan vana. . . .
Yo viví para mí. Terco, y haciendo,
tal como soy, lo que me vino en gana.

Cuando la Fama, dama tan coqueta,
me mostró desde lejos su trompeta,
sentí tal desencanto en el vencer
que ni un don Juan ahito, aunque liviano,
que en la primera cita, de antemano,
sabe cómo se entrega una mujer.
Y volviendo a esa dama, que es la Fama,
las espaldas, no sé si por hastío,
aquí estoy otra vez, leve bien mío,
sin saber aun hoy mismo si me aclama
—al fin mujer—quizás por mi desvío. . . .

Ya ves, yo soy así. . . .
Vuelvo como partí. . . .
¿Y la gloria? ¿El honor de la victoria?
—Yo no sé de eso. Para mí la gloria. . . .
¿quieres que diga que la cifro en tí?
—¡Adulador!
—De amor, que es permitido. . . .
—Pero, ¿por qué volviste de repente?
—Yo mismo no lo sé. Quizá habrá sido
algún día de niebla en que he sentido
mis nostalgia más viva y persistente.
—¿De niebla?
—Sí. De niebla y desconsuelo,
en que advertí de pronto estos antojos
que me han traído, de mirar el cielo,
pero este de mi patria y en tus ojos. . . .

—¿De veras?

—Sí.

—¿No mientes?

—Niña inquieta,
ve a mi maleta y busca en su secreta
una rubia botella de champaña
que por beber por tí trajo el poeta
que te ama, que te quiso y no te engaña....
Pero déjame en orden la maleta.
—¿Piensas partir de nuevo?

—No, bien mío.
Sería ahora un torpe desvarío.
Pero, mañana....

—¿Qué?

—¡Quién lo sabrá
Mañana, pequeñísima tirana....
Bebamos hoy. Mañana,
el destino dirá....
El amor y el viajar, todo es lo mismo:
anhelo, tentación, repentinismo,
satisfacción y decepción, fulgor....
Cuestión de escaso empeño,
a veces de un ensueño,
a veces de un vapor....
El sentirse viajero es de un instante,
igual que en el marino en el amante;
y no se sabe nunca qué escoger
entre dos emociones a elegir:
si la fruición tan triste del partir
o la fruición tan dulce del volver....
¿Qué es eso? ¿Lloras? ¡Niña! ¡Si es un credo
que me enseñó en el viaje otro poeta
y que yo por alarde me concedo!
Yo te amo....Por tí vine....Yo me quedo.
¡pero no me deshagas la maleta!

FELIPE SASSONE

( )

68 ### CANCION DE PRIMAVERA

ESTA vaga inquietud de primavera
que a tu belleza de emoción llenara
en la verde quietud de la pradera
brilla en los oros de la tarde clara
y en los rizos de tu áurea cabellera,

El carmín de tus labios sensuales
que con tus besos al amor inmolas,
triunfa de tus mejillas virginales,
como la sangre de las amapolas
en la rubia extensión de los trigales.

Los arroyos su música de plata
del campo en los rincones más floridos
dicen en fresca y juvenil cantata,
y vibran en tu carne los sonidos
y el paisaje en tus ojos se retrata.

Va cayendo la tarde. Los pastores
conducen el rebaño a los rediles:

el sol va ya menguando sus ardores,
y el eco de las flautas pastoriles
resuena como un cántico de amores.

tú sigues ensoñando en la pradera:
los cándidos albores de una toca
monjil, la luna finge, y yo quisiera,
viendo tu soledad que a amar provoca,
apagar en la frente de tu boca
esta vaga inquietud de primavera.

JOSE GALVEZ

(   )

69 TU PALABRA ME ADUERME....

TU palabra me aduerme como una
Vieja canción para dormir a un niño
Y tiene la dulzura del cariño
Que nos meció en la cuna.

Entre su encanto musical me pierdo,
Y de mi corazón el eco brota,
Apagado y doliente, cual recuerdo
De una canción remota.

Tiene un temblor de brisa que murmura
Larga tranquila y amorosamente,
Y entre la idealidad de su ternura
Vaga un cantar de fuente.

Semeja su dulcísimo sonido
La doliente inquietud de las congojas,
Y el caer blandamente dolorido
De las últimas hojas....

JOSE GALVEZ

( )

70 LA RONDA

"JUGUEMOS a la ronda,
la ronda y el rondón".

En el florido patio los niños van en ronda
cantando su canción,
y al escucharlos siento que la añoranza ahonda
dentro mi corazón.

Una extraña amargura, como un eco olvidado,
me viene a despertar;
y ante la canción vieja repite mi pasado
su doliente cantar.

¿Por qué la tonadilla que antaño me alegrara
tiene hoy tan triste són?
¿Dónde están mi entusiasmo, mi inocente algazara,
mi infantil corazón?

¿Esta inquietud perenne, esta sombría duda
que conmueve mi ser,
esta tristeza, huésped que de mi no se muda,
dónde estaban ayer?

¿No es la canción la misma canción que yo cantaba,
alegre de vivir?
¿Es que tengo otro espiritu que entonces se ocultaba
dejándome reír?

¡Anima triste y frágil! ¿No sabes conocerte
en la canción de ayer?
¿En la jocunda ronda no iban también la Muerte,
la Duda, el Padecer?

¿O es que tienes dos almas para verte en la vida,
¡oh pobre Humanidad!,
y una de ellas, la alegre, pasa desconocida
a la madura edad?

¿Por qué no enfrentas tu alma al Tiempo y al Destino?
¡No importa tu sufrir!
¡Sobre la muerta rama aun desata su trino
el ave del vivir!

Unete a la algazara de la chiquilleria,
canta y juega otra vez;
volverás a ser niño dentro de tu sombria
e inquieta madurez.

Y piensa que mañana—ese oscuro mañana
que te hace temblar,—
la vieja tonadilla retoñará lozana
en este mismo lar.

Y cuando ya no seas, y en la calma más honda
duerma tu corazón,
tus hijos, de la mano jugarán a la ronda
cantando la canción.
¡Piensa, poeta, en esta santa consolación!

"Juguemos a la ronda,
la ronda y el rondón!"....

ADAN ESPINOSA SALDAÑA

( )

71 REJONERO IMPERIAL

EN palafrén moro que piafa sonoro
ardiendo entre rútilos paramentos de oro,
el César hispano rejonea un toro:

su brazo, que hiere lleno de arrogancia,
es el brazo augusto, Señor de Numancia,
que hendió la armadura gloriosa de Francia.

Rodean al circo peones y jinetes,
las picas de Flandes, los férreos almetes,
y las alabardas de los lansquenetes;

en grandes tablados, entre seda y flores,
y en los alminares y en los miradores
hierve España entera con sus mil clamores.

El César sonríe mientras muge el bruto.
De pronto, extendiendo su brazo absoluto,
galopa solemne hacia el monstruo hirsuto;

y el monstruo, que inmóvil medita su asalto,
de súbito rompe los aires de un salto.
Magnífico, el César, se yergue y hace alto,

y, firme la diestra que el rejón comporta,
el tremendo empuje del toro soporta
ante el mudo asombro de la España absorta.

Sin mirar el hórrido fulgir del acero,
revuelve la bestia con rugido fiero,
y otra vez se arroja sobre el Caballero;

mas, cuando embistiendo, la cerviz humilla,
en el testuz roto siente la cuchilla,
y ante el Rey potente dobla la rodilla.

De sol y de sangre la tierra se baña.
Y el circo retumba gritando la hazaña
con todas las voces feroces de España.

ADAN ESPINOSA SALDAÑA

( )

72 ## CHANTILLY

Al amor de fontanas y jardines
y del fino clamor de los violines,
en el parque otoñal bulle la fiesta
del gran señor ducal. Hora encantada,
entre soplos fragantes de floresta
y ritmos de balada, ya olvidada,
que sonríe en la orquesta: sutil onda
perenne de alegría: melodía
que se une incierta al fulgurar del día
y vaga por la fronda como ronda
de arrullos y murmullos. . . .

Amplios trajes
de pintados ramajes, faldellines
constelados de rosas y jazmines,
casacas y espadines y plumajes
lucen bajo el azul de los boscajes.
Y por doquier—sobre la verde alfombra,
junto a las claras fuentes y a la sombra
de los olmos y acacias—resplandecen
las sonrisas, las gracias, los colores,

Hay níveas manos que temblar parecen
al deshojar con lentitud las flores,
soñando en sus amores. Apiadadas,
hay bocas locas que al negar se ofrecen
y hay pálidas mejillas que florecen
con súbitos rubores. Hay miradas
estrechas y afiladas, como espadas.
Y hay un ágil vaivén de resplandores.

ADAN ESPINOSA SALDAÑA

( )

73 EN EL PARQUE

EN el parque ya dormido
a los rayos de la luna,
enlazadas las parejas
bajo los árboles cruzan.

Una voz dulce y lejana
tristes canciones modula;
yo no sé si canta amores
o si llora desventuras.

Entre las hojas desliza
hilos de cristal la luna
y ellos, temblando, en el césped
mil flores de luz dibujan. . . .

Yo camino lentamente;
el dolor mi pecho inunda.
¿Por qué, corazón, no sabes
olvidar tus amarguras?

Yo voy caminando a solas
con mi alma taciturna,
y sólo tengo los besos
blancos que me da la luna.

ENRIQUE A. CARRILLO

( )

4 ### LA MUERTA VIVA

AYER pensé en mi dulce muerta viva.
Vino un amigo ayer y me habló de ella,
y sentí que se me iba a la deriva
el corazón hacia la sombra bella.

Dejó el pasado en mi doliente huella;
pero el olvido mi pasión esquiva,
y,—loco enamorado de una estrella,—
amo el recuerdo de una muerta viva.

Al impulso de extraño desvarío,
los tesoros de mi alma sembré al viento
y sólo guardo lo que ya no es mío;

que hay amores que mueren cuando quieren
y otros hay, que, en su sed de sufrimiento,
quieren sin esperanza hasta que mueren.

ENRIQUE A. CARRILLO

(   )

75 VESPERTINA

LA dama de la tarde barranquina
se envuelve en chal de muselina azul
y es su gracia tan frágil y tan fina
como un ensueño visto tras de un tul.

La dama de la tarde barranquina
contempla del poniente el arrebol
y su dulce quimera se ilumina
con el destello postrimer del sol.

La dama de la tarde barranquina
en querellas de amor soñando va
y sobre ella su lluvia disemina
de leves flores el jacarandá.

La dama de la tarde barranquina
siente anhelos de amar y de sufrir
y en su fiebre secreta se adivina
que aquel a quien espera va a venir.

La dama de la tarde barranquina
le ve llegar como a través de un tul
y toda la ternura vespertina
flota en su chal de muselina azul.

VENTURA GARCIA CALDERON

( )

76 BLASON

(Sobre un tema de Samain)

Quand méme!

CADA mañana parte mi esperanza
del Arca incierta en que muriendo vivo.
Cada mañana parte mi Esperanza
buscando paz y la rama de olivo.

A la ribera azul de mi añoranza
lleva en el cuello un mensaje cautivo;
mas la viajera de su lontananza
nunca regresa al palomar nativo.

Desde el más alto palo de mesana,
el alma está, como la hermana Ana,
oteando el vasto y funerario mar.

¡Ay!, a despecho de la espera vana,
salen a naufragar cada mañana,
nuevas palomas de mi palomar.

VENTURA GARCIA CALDERON

( )

77 ### LA CARTA QUE NO ESCRIBI

APARTA tus vivaces primaveras
de mi destino solitario y vano.
No me quieras, mujer, si no quisieras
sólo querer a un pensativo hermano,

Mi historia es larga, mi ventura breve:
dilapidé mi juventud, mi vida.
Por eso crispo una sonrisa aleve
como los que respiran por la herida.

Con amores de tránsito y de viaje
colmé mal mi apetito de ilusión;
nadie me agradecía el hospedaje
y una posada fué mi corazón.

¿Amé? Tal vez, cuando apuntaba el bozo.
¿Vivi? Quizás, cuando cantar solia.
Iba curvado desde el tiempo mozo
por la fatiga de mi melodia.

De amores idos y de mis quimeras
vivo forjando este delirio estulto;
me equivoqué al pensar que tú pudieras
apaciguar el interior tumulto.

No me preguntes por qué ciertos días
soy tan huraño; no me pidas calma;
doctor en letras y melancolías
tengo erizada de rencor el alma.

Y sin embargo las gaviotas solas
nunca vinieron sin hallar amparo;
un faro blanco elevo ante las olas;
cándido soy como guardián de faro.

¡En cuantas noches evité quebrantos!
Ningún navío se arriesgó hasta aquí,
y en la alborada de mis desencantos
dije tal vez: ¿quién me consuela a mí?

Consolarme de estar en este mundo,
consolarme si lloran los demás,
penas inconsolables y el inmundo
pudridero para siempre jamás.

Me han quitado mi lámpara festiva;
mírame bien las sienes a la luz;
tengo en las manos una llaga viva
y en la frente la sombra de la cruz.

JOSE M. EGUREN

( )

78 ### REVERIE

Y soñé de un templete bajaban
dos dulces bellezas matinales;
y oí melancólicas hablaban
de las nobles dichas forestales.

Las vi en el blasón de la poterna
azulinas y casi borradas,
despierto, años después, la cisterna
las mecía medio retratadas.

Y al fin las divisé lastimosas
por los caminos y por las abras;
y hablaban las bellas melodiosas,
pero no se oían sus palabras.

Así su memoria me traía
las baladas de Mendelssohn claras;
pero ni Beethoven poseía
la tristísima luz de esas caras.

JOSE M. EGUREN

(   )

LOS ROBLES

EN la curva del camino
dos robles lloraban como dos niños,

Y había paz en los campos
y en la mágica luz del cielo santo.

Yo recuerdo la rondalla
de la onda florida de la mañana.

En la noria de la vega,
las risas y las dulces pastorelas.

Por los lejanos olivos
amoroso canto de caramillos.

Con la calma campesina,
como de incienso el humo subia.

Y en la curva del camino
los robles lloraban como dos niños.

JOSE M. EGUREN

( )

80 LIED V

LA canción del adormido cielo
dejó dulces pesares;
yo quisiera dar vida a esa canción
que tiene tánto de tí.
Ha caido la tarde sobre el musgo
del cerco inglés,
con aire de otro tiempo musical.
El murmurio de la última fiesta
ha dejado colores tristes y suaves
cual de primaveras obscuras
y listones perlinos.
Y las dolidas notas
han traido melancolía
de las sombras galantes
al dar sus adioses sobre la playa.
La celestia de tus ojos dulces
tiene un pesar de canto,
que el alma nunca olvidará.
El ángel de los sueños te ha besado
para dejarte amor sentido y musical

y cuyos sones de tristeza
llegan al alma mía,
como celestes miradas
en esta niebla de profunda soledad.
¡Es la canción simbólica
como un jazmín de sueño,
que tuviera tus ojos y tu corazón!
¡Yo quisiera dar vida a esta canción!

JOSE M. EGUREN

(   )

81 LIED VI

CAVAS panteonero
tumba de dolor.
—Murió en la mañana
la virgen Sol.
—Cavas panteonero
en mi corazón;
que la niña muerta
es mi amor.
—Hora guadañero
sin són, sin són;
para que le digas:
adiós.
—Cava panteonero
tumba para dos;
que llega mi noche
sin la virgen Sol.

JOSE M. EGUREN

( )

LA PENSATIVA

EN los jardines otoñales,
bajo palmeras virginales,
miré pasar muda y esquiva
la Pensativa.
La vi en el azul de la mañana
con su mirada tan lejana
que en el misterio se perdía,
de la borrosa celestia.
La vi en rosados barandales
donde lucía sus briales;
y su faz bella, vespertina
era un pesar en la neblina.
Luego marchaba silenciosa
a la penumbra candorosa;
y un triste orgullo la encendía;
¿qué pensaría?
¡Oh, su semblante nacarado
con la inocencia y el pecado!
¡Oh, sus miradas peregrinas
de las llanuras mortecinas!

Era beldad hechizadora:
era el dolor que nunca llora;
¿sin la Virtud y la Ironía,
qué sentiría?
En la serena madrugada,
la vi volver, apesarada,
rumbo al poniente, muda, esquiva
la Pensativa.

JOSE M. EGUREN

( )

83 ### LA SANGRE

EL mustio peregrino
vió en el monte una huella de sangre;
la sigue pensativo
en los recuerdos claros de su tarde.

El triste, paso a paso,
la ve en la ciudad dormida, blanca,
junto a los cadalsos,
y al morir de ciegas atalayas.

El curvo peregrino
transita por bosques odorantes
y los reinos malditos;
y siempre mira las rojas señales.

Abrumado le mueven
tempestades y Lunas pontinas,
mas, allí transparentes
y dolorosas las huellas titilan.

Y salva estremecido
la región de las nieves sagradas,
no vislumbra al herido,
sólo las huellas que nunca se acaban.

ENRIQUE BUSTAMANTE Y BALLIVIAN

( )

84 RUMBO

¿A dónde vas peregrino
de las pupilas de ensueño?
Tiene abrojos el camino.
—Voy en pos de un triste sueño,

—Yo soy la que en la ventana,
cuando sale el sol, espera
al que vendrá una mañana
caballero en la Quimera.

La de pupilas ansiosas
de remotas armonías,
la que sueña con las rosas
floreciendo en lejanías.

¿Quién sabe eres el que espero,
y soy la buscada en vano?
He soñado que te quiero
y te imagino un hermano.

—Siento que atraen tus ojos,
mas es vagar mi destino.

Iré soñando en tus rojos
labios más dulces que el vino.

Hay que buscar un ideal,
por no hallado o por perdido.
¿Quién sabe sea mi mal
el no haberlo conocido?

ENRIQUE BUSTAMANTE Y BALLIVIAN

(   )

35 ELOGIO

EL misterioso encanto de las claras albercas
en que se duerme el agua con un viejo añorar
morisco, guardaría, a sombra de las cercas
de arrayanes, tu cuerpo de blancura lunar.

Cuando bajo las gasas flotantes te me acercas,
pienso en las favoritas, en las flores de azahar,
en la Alhambra lejana y en las claras albercas
en que se duerme el agua con un viejo añorar.

Para amarte quisiera ser como los zegríes,
alma de sensualismo y color, y volcara,
como un kaleidoscopio de encantación, rubíes,

carbunclos y zafiros, el caudal de Aladino,
para formarte el lecho del culto de Dzohara
en mi tienda de errante del eterno camino.

PERCY GIBSON

( )

86 AUTUMNAL

BRILLAN al sol poniente
los oxidados árboles de otoño,
y por la vieja carretera
el viento barre la hojarasca de oro. . . .

Llora lueñe la esquila
de trashumante recua, por el hondo
camino. . . . y mudo la contemplo
perderse, envuelta entre dorado polvo. . . .

Como un mendigo viejo
descanso mi fatiga en este poyo,
bajo esta paz. . . . y estoy tranquilo,
feliz lejos del mundo, solo. . . .

PERCY GIBSON

( )

¡OH. DULCE AMANECER....!

¡OH dulce amanecer, tras la lluvia, con arco
iris y con polluelos chillando entumecidos,
erizadas sus pobres plumas, entre sus nidos,
en ramajes que dora la lumbre de un sol parco!

¡Oh dulce amanecer con hondo cielo zarco,
leve aire, vahear de los bueyes uncidos,
asno humilde que trota por senderos floridos,
voz de agua, bordes húmedos y espejeante charco!

¡Oh dulce amanecer con sones de campana
y aleluyas de armónium en celeste capilla
donde está el niño Dios con su madre aldeana!....

Dios no está en todas partes, sino en la ingenua villa,
durmiendo en el establo sobre la paja sana,
y en el corazón puro de la gente sencilla....

PERCY GIBSON

(   )

88 ### LA MASCARADA

Es una pampa gris inmensa
que con desolación medita
bajo la bóveda infinita
que también tristemente piensa.

Azul banal y plomo raso:
indiferencia y pesadumbre.
Su esplendor trágico la lumbre
fantasmagórica de ocaso
pone en el cielo y la llanura.

Ya la agostada fantasía
en su crepúsculo fulgura
y ciñe aureolas de locura
al tedio y la melancolía.

De los confines del desierto
con doloroso fausto incierto
se ve surgir la mascarada. . . .
Muda y patética desfila
sobre la arena calcinada. . . .

Se oye un doliente són de esquila,
són melancólico y cristiano
como el de un Angelus lejano:
es una recua peregrina
que lenta, lánguida, camina....
Triste el piadoso azul divino
llora el lucero vespertino....

Mis ojos, con dolor profundo,
hoy una lágrima han llorado
también sobre mi desolado
espíritu meditabundo.
¡No hallaréis dicha, ilusos ojos,
los que bañados de amargura
tuvisteis esa visión dura!

Con dominós naranjas, rojos,
ámbares, verdes, ocres, lilas,
van los espectros; sus pupilas,
bajo las máscaras borrosas,
dilatan su oro luminosas,
relampagueantes y tranquilas,
mirando el yermo fatigoso
por donde plañen las esquilas
y el viento vaga suspiroso....

Vírgenes tristes del espacio
pálidas nubes, con disfraces
de vaporosa, tenue gasa,
azafrán, púrpura y topacio,
bajo sus leves antifaces,
la caravana ven que pasa....

Poniente rojo de crueldad,
cielo impasible, pampa yerma,

me habéis dejado el alma enferma
de luz, silencio y soledad. . . .

Y hoy que en el mundo de las farsas
veo pasar otras comparsas,
en ellas miro las del yermo
con su irreal boato enfermo.

ALEJANDRO N. HERRERA

( )

DUO DE QUENAS

ES la noche de la puna . . . .
Tras un pico de la nivea cordillera,
se recorta, dulce y pálida, la Luna
como un disco virginal de blanca cera.

Vibra el eco doloroso de la quena,
de recóndita amargura siempre llena,
y en su voz vaga y exigua,
va dejando en el espíritu la pena
de los indios, tan profunda como antigua.

Y en la cumbre blanquecina, a aquel acento
que el dolor del indio arrulla,
un lanudo y fuerte perro soñoliento,
se incorpora, tiende el cuello y, luego, aúlla.

Y el aullido quejumbroso
con el eco de la quena, tembloroso,
se confunden en las muertas lejanias
en un solo y largo acorde doloroso
en que abrázanse esas dos melancolias.

En los lúgubres aullidos que da el perro,
dilatados en la calma
que rodea mustiamente cada cerro,
se diría que hay las lágrimas de un alma
que llorase de nostalgia en un destierro.

Y en el flébil yaraví del indio triste,
los pesares de una raza soñadora,
la amargura de algo así que ya no existe,
de remota pesadumbre que subsiste
y se llora sin saber por qué se llora. . . .

Indio y perro dan sus ayes en la puna
hacia el astro de los pálidos reflejos,
cual si el bien de su dolor, como la Luna,
estuviera de los dos así, tan lejos.

En el trémulo lamento
de esos seres, se retuerce un sufrimiento,
que es en ambos uno mismo:
quizá lloran en un solo sentimiento.
ignorándolo, un idéntico ostracismo.

¿Y quién sabe, del secreto en lo profundo,
lo que viene a ser el mundo?
Este mundo de tinieblas circundado;
edén, tránsito o destierro. . . .
Y ¿quién sabe si igualmente desdichado,
dentro el cosmos, es el hombre como el perro?

¿Sabrá el perro de la angustia que germina
en los ayes de esa triste flauta andina?
Yo lo ignoro; pero a su eco, cuando asciende,

como un trémolo infinito hasta la cumbre.
aúlla el perro, revelando que comprende
todo el duelo de esa intensa pesadumbre.
. . . .
. . . .
. . . .

El acento de la quena y el aullido
van a unirse, al expirar, en un gemido
que se pierde en el misterio de la calma,
como si antes uno solo hubieran sido
y volvieran a su sola y única alma.

ALEJANDRO N. HERRERA

( )

90

PAISAJE MUERTO

LENTAMENTE
en el lago donde duerme una tortuga,
pasa una onda deslizándose, indolente,
y la tersa superficie de aquella agua muerta arruga.

Un ciprés allá en la orilla
se recoge silencioso como un grave cenobita;
hay dolor, penas e insomnios en la faz siempre amarilla
de ese tronco macilento que parece que medita.

Todo duerme, todo reza....
y la Luna—blanca virgen, melancólica bohemia—
vierte pálidos fulgores de tan cruel y honda tristeza
que parece que en silencio devorásele la anemia.

El paisaje es libro viejo
cuyas páginas extrañas en sus líneas misteriosas,
hablan mudas de un pasado que proyecta su reflejo
sobre negras mansas aguas y el orín de viejas cosas.

Biblia es del pueblo muerto
pueblo antiguo que ya el tiempo devorara entre sus fauces,
de otros seres cuyas almas yerran hoy en el desierto
y parece que bajaran en las noches a los sauces.

¡Ah! ¡Quién sabe del misterio
dentro el plano nebuloso funeral del mundo físico!
¡Ah! ¡Quién sabe lo que dicen de un ruinoso cementerio,
las extrañas proyecciones en su negro jeroglífico.

ALBERTO J. URETA

( )

91 YA PERFILAN LAS COSAS....

YA perfilan las cosas su silueta indecisa
a los primeros rayos del sol de la mañana,
y escucho el toque lento con que llaman a misa,
desde la vieja torre de una iglesia lejana.

Los cirios languidecen en la alcoba vecina,
reflejando en los muros su claridad incierta,
y un perfume de rosas envuelve la divina
y marmórea blancura de la adorada muerta.

Vuelven a mi memoria, con no sé qué fragancia,
misteriosos recuerdos, como en un desvarío,
alzándose a mis ojos la visión de su infancia;

y al ver que esto que sufro es dolor sólo mio,
siento que en mi alma flota, como flota en la estancia,
un ambiente de muerte, de terror y de frio.

ALBERTO J. URETA

( )

92 EL ALMA DE LAS FLORES....

EL alma de las flores del jardín ha volado,
y el jardín de mi alma se ha quedado sin flores.
¿Qué es del blanco y el rosa de las rosas que he amado
en tánta primavera de aroma y de colores?

Ya no hay blanco, ni hay rosa, ni hay jardín. Ha vencido
el gris en el paisaje con su melancolía.
Acaso, cuando vuelvan las flores, me habré ido,
sin llevarme en el alma algo de pradería.

Cuando vuelvan las flores del jardín, si me he ido,
cuida de ellas, por ellas hice vida de ensueño.
Tal vez si el aire lleve a mi rincón de Olvido
un perfume de rosas que perfume mi sueño.

ALBERTO J. URETA

(   )

93 ## AÑOS VENDRAN....

AÑOS vendrán más tarde en que tu risa
pierda todo su encanto;
en que el soplo bendito que la anima
se escape de tus labios,
como al volar a la mansión divina
se desprenden las almas de los santos.

Años vendrán más tarde en que tu risa,
como una evocación del desengaño,
al brotar de tu espíritu se extinga
en un perfil amargo;

años en que te olvides de tí misma
por mirar al pasado;
que asistas al entierro de esa vida
que viviste de amor y de entusiasmo,
y la ola de pasión muera tranquila,
dejando espuma en tus cabellos blancos.

ALBERTO J. URETA

( )

94 SE QUEMA EL TIEMPO....

Se quema el tiempo sin cesar. Las horas
caen hechas ceniza
y ruedan al abismo de la nada
las dichas y las penas confundidas.
Cada hora que se quema es una lágrima,
alguna vez—muy rara—una sonrisa,
y siempre una amenaza que nos sigue
y nos acecha al borde de la vida.

Si es que sufres más tarde,
si el Destino de una ilusión te priva,
piensa—el poeta te lo dice—piensa
que al volar de los días,
cuando el pasado sea ante tus ojos
como una flor marchita,
han de quedar tan sólo
de todo tus dolores y alegrías
un recuerdo muy tenue que se esfuma
y un puñado de tiempo hecho ceniza.

ALBERTO J. URETA

(   )

95 **LIED**

Aquel que pasa sin mirar las cosas
e ignora adonde ha de llegar al fin,
¡qué bien ha de dormir sobre las rosas
ajadas del festín!

Aquel que espera siempre en un risueño
panorama que alivie su dolor,
¡qué bien ha de dormir cuando en su sueño
surja el sueño de amor!

Y aquel que busca para su alma enferma
remedio que jamás ha de encontrar,
¡qué bien ha de dormir cuando se duerme
para no despertar!

ALBERTO J. URETA

( )

96 TU AMOR ES COMO UNA....

TU amor es como una de esas viejas consejas
que mientras son más viejas son más inolvidadas,
que tienen el prestigio de las cosas añejas
y el perfume de sándalo de las cosas guardadas.

Tu amor es más. Es como esos sueños que a veces
dudamos si són sueños o si son realidad,
que compensan lo duro de la vida con creces,
y que entreabren las puertas de la felicidad.

Es mucho más tu amor. Es como el cristalino
acariciar del agua que pasa sonriente,
y que deja la dulce huella de su camino

escrita sobre el bruno peñasco de la fuente.
Es todo eso tu amor; ese amor que en mi vida
ha dejado una huella y ha cerrado una herida.

ABRAHAM VALDELOMAR

(   )

97 · TRISTITIA

Mi infancia, que fué dulce, serena, triste y sola,
se deslizó en la paz de una aldea lejana,
entre el manso rumor con que muere una ola
y el tañer doloroso de una vieja campana.

Dábame el mar la nota de su melancolía;
el cielo, la serena quietud de su belleza;
los besos de mi madre, una dulce alegría
y la muerte del sol una vaga tristeza.

En la mañana azul, al despertar, sentía
el canto de las olas como una melodía
y luego el soplo denso, perfumado, del mar,

y lo que él me dijera aun en mi alma persiste;
mi padre era callado y mi madre era triste
y la alegría nadie me la supo enseñar. . . .

ABRAHAM VALDELOMAR

(,)

98 LA DANZA DE LAS HORAS

HOY que está la mañana fresca, azul y lozana;
hoy que parece un niño juguetón, la mañana,
y el sol parece como que quisiera subir
corriendo por las nubes, en la extensión lejana,
hoy quisiera reír. . . .

Hoy, que la tarde está dorada y encendida;
en que cantan los campos una canción de vida
bajo el cóncavo cielo que se copia en el mar,
hoy, la Muerte parece que estuviera dormida;
hoy quisiera besar. . . .

Hoy, que la Luna tiene un color ceniciento;
hoy, que me dice cosas tan ambiguas el viento,
a cuyo paso criza su cabellera el mar;
hoy, que las horas tienen un sonido más lento,
hoy quisiera llorar. . . .

Hoy, que la noche tiene una trágica duda
en que vaga en las sombras una pregunta muda;
en que se siente que algo siniestro va a venir,
que se baña en el pecho la Tristeza desnuda,
hoy quisiera morir. . . .

ABRAHAM VALDELOMAR

( )

99 ### ABRE EL POZO....

ABRE el pozo su boca, como vieja pupila
sin lágrimas. El ñorbo se envejeció trepando.
El horno que en la pascua cociera el bollo blando
como una gran tortuga, silencioso, vigila,

La araña, en los rincones, nerviosa y pulcra, hila,
la artera geometría de su malla enredando.
Las abejas no vienen de libar, como cuando
miel destilaba el pecho que ahora dolor destila.

Los restos de mi dulce niñez busco en la obscura
soledad de las salas, en el viejo granero,
y sólo encuentro la honda tristeza del pasado.

El corazón me lleva por el viejo granero
y encuentro en los despojos, viejo, decapitado
el caballo de pino del que fuí caballero.

CESAR A. RODRIGUEZ

( )

100 EL ANGEL DEL SILENCIO

EL ángel del silencio
de cara pálida
tiene entre sus dedos sonrosados
una flauta;
y no sabe qué música antigua
poner en ella. Nada
le inspira la vida,
ni una nota vaga
de las que solia poner en sus labios
la dulce esperanza. . . .

Sus alas
desfallecidas tiemblan,
como una túnica en la espalda;
y su mirada lenta
recoge el paisaje en una lágrima
centuplicada en las facetas;
su boca se olvidó las palabras:
parece que no piensa
porque no habla;

pero su frente marfilina se hincha,
como burbuja de agua
y deja mirar las ideas
que hacia el misterio nadan. . . .
Bajo la cauda de la noche ciega
el ángel del silencio calla.
Su voz no tiene voz:
no es de la arcilla humana;
su figura inmortal nadie la ha visto
de tan clara,
sólo, en la curva inmensa
del infinito, luminosa y alta,
una estrella podría intuírnos
su leve sustancia;
y sólo abstrayendo,
pensando en un vidrio que se adelgazara
hasta hacerse tenue como una quimera
hasta hacerse nada,
podría enseñarnos la ruta
de su alma. . . .
El ángel del silencio
de cara pálida,
bajo la cauda de la noche ciega,
se calla. . . .

II

Está pensativo, sentado,
oyendo el temblor de la ramas
del gótico ciprés junto a las tumbas.
El cuarto menguante de la luna blanca,
invertido al cenit,
parece una guadaña.
El viento suspirante

se queja y se alarga
más allá de las negras altitudes
por sobre las cimas de toda distancia
No sabe qué quiere,
No sabe encontrar. Su mirada
se cae rendida
a sus mustias plantas,
donde un océano de escombros
se ensancha
formando horizonte
como en una playa....

Allí están en montón inseguro
todas nuestras ansias,
nuestra vida toda:
la infancia,
los días benditos
de albas prolongadas,
la carne jugosa
sonrosada y casta,
el primer suspiro,
la bruma primera, la primera lágrima,
el primer cansancio de no haber andado
el amor, el dolor, la nostalgia....
La duda royendo los huesos
de nuestra derrota. La saña
vestida de bruja,
volcando bebidas amargas....

El fiero escuadrón de la muerte
cantando victoria con luengas espadas,
porque nuestros días son como los reos
que van al suplicio con cada minuto que se desparrama
Nuestros monumentos de belleza suma:

nuestra ciencia vana,
nuestra joven carne llena de inquietudes
que se torna escuálida
y el jardín lozano de las ilusiones
desgajada en troncos por las crueles rachas
del reumático invierno
que avanza;
y con pies de plomo conduce a la hoguera
esa verde leña, que en llamas
rizadas y rubias termina,
donde todo se arde, donde todo es nada.

El ángel del silencio
de cara pálida
en el abismo de la noche ha roto
su flauta;
y, recogiendo en pliegues deslumbrantes
su túnica talar—túnica blanca—,
con el índice fijo sobre el labio,
desplegando sin ruido sus dos alas,
alza para siempre el vuelo
hacia el país del sueño y de la muerte, para,
posando en Dios sus estelares sienes,
dormir en calma....

LOS NUEVOS

(NACIDOS DESDE 1890)

ALBERTO HIDALGO

I MANUEL GONZALEZ PRADA

ERA al final de un siglo. La Selva estaba oscura;
cien sombras se extendian sobre la cresta pura
de la alta cordillera del pueblo indo-español.
Mas, un día, de pronto, parado sobre el lomo
de un monte, se vió un hombre. Su llegada fué como
si en la noche, de súbito, apareciera el Sol.

Y el Hombre habló. Su gesto tenía gallardía.
Su verbo era tan fuerte que a veces parecía
escucharse las voces de un enorme titán;
ensordeció a los débiles con su viril estruendo
y sonorosamente se fué repercutiendo
de ladera en ladera, de volcán en volcán,

Bajó a todas las simas, subió a todas las cumbres,
en justas oraciones habló a las muchedumbres
con voz tan poderosa que nunca tal se oyó;
y cuando la esperanza de la Patria vencida
se apagaba, este bravo la conjuró a la vida
y el dormido coraje del pueblo despertó.

Repartió sus dicterios cual nobles cintarazos,
vació en ágiles rimas como en helenos vasos,
el embriagante vino de su espíritu azul;
en giros torrenciales dijo su rebeldía,
imágenes grandiosas forjó su fantasía
y unas veces fué tigre y otras veces bulbul.

Así llegó hasta mi. Dió un relincho estridente
mi corazón, a modo de un potro adolescente,
al escuchar la verba de este ínclito varón,
que hace pensar, al verle firmemente parado,
en una estatua griega que se hubiese animado
al conjuro quimérico de una osada ilusión.

Por eso, hoy, en mis loc as audacias de poeta,
reverente, pronuncio con mi heroica trompeta
el nombre de este hombre que me enseñó a pensar;
y, de orgullo, de alardes, de egoísmo desnudo,
consagro ante sus plantas las armas de mi escudo
y con ellas mi espíritu bravío como el Mar. . . .

ALBERTO GUILLEN

2 ### ESPERANZA

AUNQUE el Dolor te hostigue
y vacile tu planta,
y des con tus espaldas
sobre la tierra dura:
mientras prosiga erguido
tu Espíritu en la Vida,
¡no pierdas la esperanza!

Aunque se obstine el Hado
en burlar tu esperanza,
y te malogre el fruto
de tu mejor simiente:
mientras tengas confianza
en tu germen de esfuerzo,
¡no pierdas la esperanza!

Aunque tu amor no encuentre
las manos extendidas,
y halles el áspid pérfido
en tu mejor capullo:
mientras quede un latido
de amor en tus arterias,
¡no pierdas la esperanza!

Aunque tu mano tiemble
ante el umbral oscuro
de ese país helado
de donde nadie ha vuelto:
si viviste sembrando
lo Eterno a cada paso,
¡no pierdas la esperanza!

PABLO ABRILL DE VIVERO

3 NO ALUMBRARA EL DISTANTE....

NO alumbrará el distante fulgor de unas estrellas
las zarzas y asperezas hostiles del camino,
y he de seguir la senda que me trazó el Destino
sin encontrar tus pasos y sin besar tus huellas.

En una torturante visión retrospectiva
tu peregrina imagen surgirá del pasado;
cuando se abria mi alma de amores, a tu lado,
y me miraba tu honda mirada pensativa. . . .

No escucharé tu acento ni te veré más nunca
y lloraré la pena de mi quimera trunca
en mis eternas noches de hermético negror;

sin esperar siquiera la fuente de otros labios,
porque el inexorable dolor de tus agravios
me ha convertido en paria, proscrito del Amor. . . .

DANIEL RUZO

4 ### ILUSION

ILUSION, por un beso de tus labios,
toda mi vida diera.

Me duele el alma bajo el cielo muerto,
sin claridad de estrellas;
camino lentamente, solitario,
con mi dolor a cuestas,
y la noche, callada y cristalina,
ante mis pasos tiembla.

Ilusión, por un beso de tus labios
toda mi vida diera.

Los árboles obscuros
llenos de sombras negras,

los rincones amados
y las vetustas soledades muertas
no arrancan a mi alma
su vibración inmensa.

Hay vacíos enormes en mi pecho
y ansiedades eternas.

Ilusión, por un beso de tus labios
toda mi vida diera.

CESAR A. VALLEJO

5 ALDEANA

LEJANA vibración de esquilas mustias
en el aire derrama
la fragancia rural de sus angustias.
En el patio silente
sangra su despedida el sol poniente.
¡El ámbar otoñal del panorama
toma un frío matiz de gran doliente!

Al portón de la casa,
que el tiempo con sus garras torna ojosa,
asoma silenciosa
y al establo cercano luego pasa,
la silueta calmosa
de un buey color de oro,
¡que añora con sus bíblicas pupilas,
oyendo la oración de las esquilas,
su edad viril de toro!

JOSE LUIS BUSTAMANTE Y RIVERO

Al muro de la huerta,
aleteando la pena de su canto,
salta un gallo gentil, y, en triste alerta,
¡cual dos gotas de llanto,
tiemblan sus ojos en la tarde muerta!

Lánguido se desgarra
en la vetusta aldea
el dulce yaraví de una guitarra,
en cuya eternidad de hondo quebranto
la triste voz de un indio dondonea,
como un viejo esquilón de camposanto.

De codos yo en el muro,
cuando triunfa en el alma el tinte oscuro
y el viento reza en los ramajes yertos
llantos de quenas, tímidos, inciertos,
suspiro una congoja,
¡al ver que en la penumbra gualda y roja
llora un trágico azul de idilios muertos!

JOSE LUIS BUSTAMANTE Y RIVERO

6

LA ESPIGADORA

¿DONDE está? ¡Qué sé yo! Tal vez se iría
como todas: diciendo con los rojos
claveles de sus labios que volvía,
y diciendo «¡no vuelvo!» con los ojos.

Yo no la vi partir. Se alejó un día,
dejándome mi campo hecho rastrojos.

Vino a espigar dentro del alma mía,
y se llevó mis sueños en manojos.

Mañana volverá. Vendrá buscando
un húmedo rinçón, donde pudiera
trocarse esa gavilla en sementera
de un nuevo retoñar: pero yo, cuando

vea doblarse su gentil figura
para cavar los huecos
en que ha de echar el dolorido grano,

la diré con piadoso disimulo:
¡Pobre mujer! Espigaréis en vano:
¡Mis campos están secos!....

A. BELISARIO CALLE

7

ESTANCIAS MARINAS

I

VISION del mar, imponderable, enorme,
sonora, fuerte, triste en la alborada,
cuando la niebla del invierno envuelve,
como el dolor, el sueño de las almas....

II

Hoy ha llegado un barco
misántropo y oscuro:
abrió sus escotillas;

desembarcó sus bultos. . . .
Los marinos arriaban
todo el cordaje, mudos,
y había en sus semblantes
amargo gesto adusto. . . .
Después. . . . alzaron anclas
y siguieron su rumbo. . . .

III

Bajo la tarde diáfana
sobre el mar apacible,
de un largo viaje las gaviotas vuelven
en pos de un viejo, abandonado esquife,
y en su actitud hierática
hay un motivo insigne
de incomprendidas cosas habituales
a tántas gentes tristes. . . .

GMO. LUNA CARTLAND

8 CEMENTERIO HUMILDE

CEMENTERIOS de labriegos,
cementerios apacibles,
donde brotan las retamas
y los sauces
solariegos
hacen sombras con sus ramas
lacrimosas y flexibles.
Cementerios que atraviesan manantiales

musicales
que reflejan en sus cauces
cruces negras.
Camposantos sin las huecas incripciones de las losas,
donde se abren como surcos largas fosas
y se entierran ataúdes como trágicas semillas. . . .
Cementerio de mi hacienda, cementerio que te alegras
con el sol de las mañanas estivales
y que vibras con los trinos
matutinos
de chilalas y zorzales.
Cementerio
que te cubres en las tardes de penumbra y de misterio.
Triste huerto
descuidado,
siempre abierto
y olvidado,
donde se abren tumbas nuevas
entre el verde de la alfombra
como recientes heridas. . . .
Viejos troncos de amplia sombra
que cobijan los poemas de los nidos
en sus ramas rumorosas escondidos. . . .
Camino inmóvil que llevas
hacia la Muerte las vidas,
florido altar donde traen desde lejos
sus ofrendas funerarias los cortejos.
Tierra mía generosa,
madre sacra que me brindas cariñosa
como un tranquilo remanso
tu silencio y tu descanso.
Cementerio sin tristezas, sin enigmas, sin dolores,
donde ocultan sus amores
y guarecen sus rebaños los pastores;

donde llega
de la siega
la canción;
donde llegan los rumores
de las trillas
y el balido de corderos y de cabras.
Cementerio que no tienes sobre el mármol
la mentira sepulcral de las palabras.
Camposanto donde rezan misereres
vientos lúgubres en los anocheceres
y las aguas cristalinas al pasar
se detienen reverentes a llorar. . . .

¡Oh, cementerio labriego
tan calladamente triste,
acogedor y sereno!
Cuando se extingan las llamas
de este mi fuego interior,
cuando me venza el dolor,
cuando en mis ojos se borre la visión de lo que existe,
quiero que sean tus árboles los que amparen con sus ramas
mi sepulcro de poeta. . . .
Quiero dormir el cansancio de mi triste vida inquieta
a la sombra de tus muros derruídos;
quiero dormir olvidado
entre el rumor de tus sauces y entre el cantar de tus nidos;
y sentir sobre mi cuerpo los latidos
de esta tierra que he amado
y he cantado. . . .
Quiero que a mi tumba lleguen del sol de estío los besos
y que revivan mis huesos
de la sierra con la eterna juventud
Cementerio campesino
pon al fin de mi camino

tu silencio y tu quietud. . . .
Camposanto de mi hacienda,
cuando rendido me tienda
en el dolor del ocaso,
préstame el tibio regazo
de tu silencio y tu calma,
para reposo del cuerpo, para descanso del alma.

LUIS GONGORA

9 SEÑOR, MI CORAZON ERA VIDA. . . .

SEÑOR, mi corazón era vida, era fuego
y creía querer como nadie quería.
Señor, si caminaba completamente ciego
y ese amor era lo único que a mi ser conmovía;

si mi voz, que hoy impreca, era amoroso ruego;
si su vida era el fin de la existencia mía. . . .
¿adónde he de encontrar el reposo, el sosiego,
o un dolor menos hondo que esta cruel agonía?

¿En el triste Leteo de las ondas heladas?
¿En las tierras distantes o en las luengas jornadas?
¿En la consagración de mi vida al Dolor?

¿Cómo he de hallar la paz sin destrozarme el pecho,
sin rogar al Silencio que comparta mi lecho
sin pedir que me acojas en tu mano, Señor?. . . .

LUIS BERNINSONE

10 VOLUPTUOSIDAD

Es la plácida hora de la siesta....
Reclina muelle su expresión gozosa,
descansando, la grácil perezosa,
una ilusa nupcial noche de fiesta....

Y, tentando su dulce extenuamiento,
azulea un temblor de ojeras lilas,
entonando el azul de sus pupilas
un pícaro y perverso pensamiento....

De lágrimas sus ojos están llenos,
y es violeta el turquí de sus ojeras
y tiemblan de deseo sus caderas,

y trémulos asómanse sus senos
entre un tenue tisú muy delicado,
sintiendo el cosquilleo del Pecado....

LUIS A. RIVERO

11 LLORARE CONTIGO

La campiña, el lago, los dormidos cielos,
de melancolía todo se reviste
y las almas vierten hondos desconsuelos
en el vaso rosa de la tarde triste.

Sobre el viejo monte fulgura un celaje
y en la florecida pompa del ramaje

canta del crepúsculo suave la canción
el enjambre alado de los trovadores;
la armonía vive cerca de las flores
como el desengaño junto al corazón. . . .
El trino del ave vibra en la desierta
avenida antigua, como si llorara
toda la ternura de la dicha muerta,
como si evocara. . . .

Y hoy, que veo negro todo cuanto alienta,
todo cuanto existe,
me pareces una margarita triste
que ajó la tormenta.
Déjame en la gracia de tu pecho amigo
reclinar la frente,
y así, dulce niña, lloraré contigo
nuestros hondos duelos, infinitamente.

JUAN PARRA DEL RIEGO

12 SURCO

¡OH Surco, melancólico y desierto!
¡Oh Surco, viejo pueblo campesino!
Eres así como ataúd abierto
y olvidado a la vera del camino.

Al ver tu soledad siento la mía,
y entre esta doble sensación de espanto,
de abandono y mortal melancolía
no sé cuál de las dos es la que canto.

¡Oh tu iglesia caduca y empolvada,
ante la triste plaza despejada
por donde un són de esquilas va pasando!

Tiene un místico encanto tan silente
que recuerda a una abuela que rezando
se quedara dormida derrepente.

JUAN TASSARA

13 SOLES PONIENTES

(De Paul Verlaine)

UN albor muy tenue
por los campos vierte
la melancolía
de soles ponientes,
La melancolía,
arrullando, mece
a mi alma, extasiada
ante el sol poniente.
Y sueños extraños,
bermejos fantasmas,
cual ponientes soles
en remotas playas,
desfilan sin tregua,
desfilan y pasan,
como grandes soles
en remotas playas.

14 EL SILENCIO

EL silencio, aquel viejo metafísico
de las cumbres calladas;
el primer habitante de los mundos;
el que cuenta en las blancas
y gélidas regiones de los polos
cada siglo que pasa;
el señor de los hondos cementerios
y de las quietas alamedas glaucas;
el sumo sacerdote de los templos,
es amigo de mi alma:
Y cual antiguo servidor, él cuida
mi desierta morada,

En esta tarde, cuando el sol ponía
su incendio en mi ventana
y el mundo iba durmiéndose, y el tiempo
como que se filtraba
en el reloj del muro, y los instantes
al fondo de la nada
caían como gotas; de la calle
una música lánguida
traía la pureza y la ternura
de un poema de lágrimas. . . .

El silencio, el amigo de los tristes,
quedamente decía su plegaria. . . .

J O S E   C H I O I N O

15 LUZ DE LUNA

LUNA te compadezco: das tu luz amarilla
que le pides prestada a tu empresario el Sol.
¡Qué triste allá en lo alto tu vida de mendiga,
sin un bello astro amigo que te diga su amor!

Por eso es que los hombres te quieren: te comprenden;
los tristes, tus hermanos, te salen a buscar,
te cuentan sus dolores, te dicen sus quimeras,
mientras las niñas pálidas se ponen a soñar.

Comprendo que tú vives humilde, avergonzada
de no poder enviarnos alguna luz mejor;
y, sin embargo, logras efectos admirables
sobre este oscuro astro que tiene vida y Dios,

El cielo es tu perpetua pobre decoración,
pálida bailarina del sistema del sol.

ERNESTO MORE

16 EL TRAUMEREI

¡Oh muerte en la vida, los días idos!
TENNYSON.

HE abierto de mi mismo la ventana
del pasado a las húmedas praderas,
y he visto la niñez o la mañana....
He cerrado, he cerrado esa ventana,
y el rocio ha quedado en las vidrieras.

17 HUBIERA SIDO....

HUBIERA sido dulce y delicada
y silenciosamente compasiva,
como sobre la mar gris-azulada
una puesta de sol meditativa.

De su cuerpo en el ánfora sagrada,
odorífera, grácil y cautiva,
a sus místicos ojos asomada,
su alma fuera una frágil sensitiva.

Fuera triste y sumisa como esos
mediodías de Otoño, mudos, mansos,
que lloran sus angustias sobre presos

corazones, en lánguidos remansos
de ensoñación.... Y hubiérase extinguido,
silenciosa flor casta, en el Olvido.

LUIS AURELIO LOAYZA Y SILVA

18 ME DIJERON QUE ME AMAS....

ME dijeron que me amas, y he dudado
de los que ayer tal cosa me dijeran;
tan al dolor estoy acostumbrado
que me parece raro que me quieran.

Y, si aquello es verdad, lo sentiría,
no obstante que me gustas; mas ¡qué quieres!:

si he de serte sincero, no sabría
querer como les gusta a las mujeres.

Te querría de un modo. . . . Bueno, al mío;
yo no sé si con ansia o con hastío,
pero sin verso, luna, ni jardín;

y un día, sin saber por qué yo mismo,
por la inquietud de mi romanticismo,
en el poema escribiría FIN.

SEACABODEIMPRIMIRESTELIBROENLA
CIVDADDELOSREYESDELPERVELDECIMO
OCTAVODIADEJVNIODELAÑOMCMXXI
DELSEÑORYCDELAINDEPENDENCIA
NACIONALENLAIMPRENTAEV-
FORION LAVSDEO




ΕΥΦΟΡΙΟΝ

